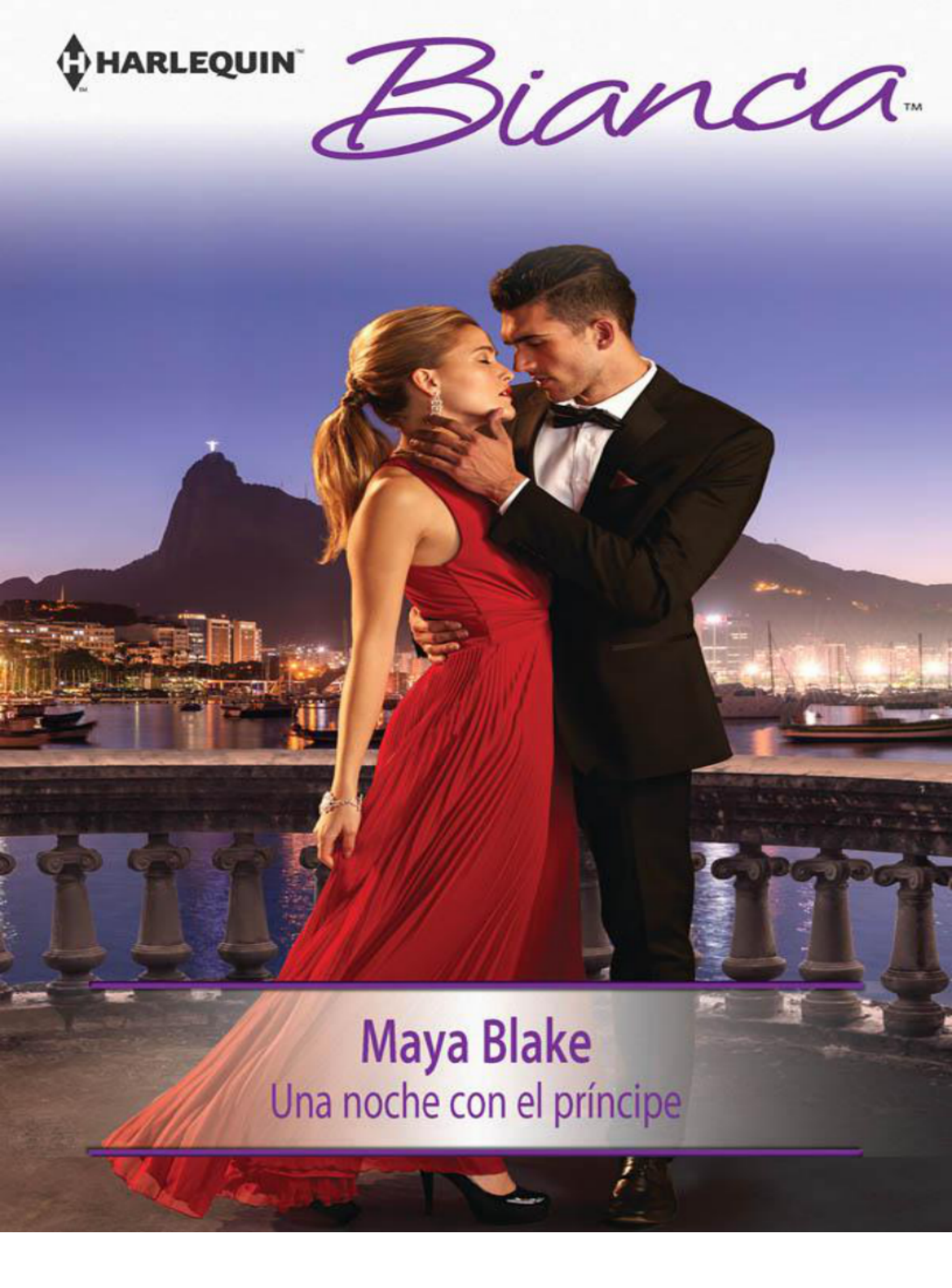

HARLEQUIN
Bianca
Maya Blake
Una noche con el príncipe



Maya Blake

Una noche con el príncipe



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Una noche con el príncipe, n.º 2414 - septiembre 2015
Título original: Married for the Prince's Convenience
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-6789-5

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1

ERA una ladrona.

¡Una ladrona!

A Jasmine Nichols le latía con fuerza el corazón al pensar en ello. Todavía no había robado nada, pero eso daba igual. Había recorrido miles de kilómetros con el único objetivo de hacerse con algo que no le pertenecía.

Decirse que no tenía otro remedio no servía de gran cosa, pues solo conseguía aumentar su sensación de impotencia.

Al final de la noche, llevaría la etiqueta de ladrona tan pegada a la piel como el vestido negro de diseño que lucía en aquel momento.

Porque el fracaso no era una opción.

El miedo y la vergüenza luchaban en su interior, pero saber que no podía dar la espalda a su familia era lo que la impulsaba a avanzar por la alfombra roja hacia la maravillosa casa que albergaba el Museo de Arte, posada sobre un acantilado con buenas vistas de Río de Janeiro. Ni siquiera la esplendorosa belleza de lo que la rodeaba conseguía distraerla.

Había ido allí a robar.

La sonrisa rígida que adornaba su rostro desde que había bajado de la limusina amenazaba con resquebrajarse. Para calmar sus nervios, recitó mentalmente la lista de cosas que tenía que hacer.

Primero tenía que localizar al príncipe Reyes Vicente Navarre.

Y ese era su primer problema.

En su búsqueda por Internet no había encontrado fotos de aquel príncipe ermitaño, excepto una imagen granulosa tomada en el funeral de su madre cuatro años atrás. Desde entonces no había fotos públicas de la familia real del reino sudamericano de Santo Sierra. Protegían su intimidad con un rigor que bordeaba el fanatismo.

Como si aquello no fuera ya bastante malo, de acuerdo con sus informes, el príncipe heredero había dejado su reino solo tres veces en los tres últimos años, y pasaba casi todo el tiempo cuidando de su padre, gravemente enfermo. Se rumoreaba que el rey Carlos Navarre no sobreviviría al verano.

Todo aquello significaba que Jasmine no tenía modo de identificar al príncipe Reyes Navarre.

¿Cómo podía acercarse a un hombre desconocido y distraerlo el tiempo suficiente para hacerse con lo que había ido a buscar antes de

que su madre, y lo más importante, su padrastro, Stephen Nichols, el hombre que le había salvado la vida y le había dado su apellido, descubrieran lo que se proponía?

A Stephen se le partiría el corazón si sabía que la estaban chantajeando.

Un escalofrío le subió desde las plantas de los pies y tuvo que apretar los dientes para impedir que castañetearan. Sonrió aún más, e intentó convencerse de que podía hacer aquello. Al día siguiente a esas horas estaría de vuelta en su casa.

Y lo más importante, Stephen estaría a salvo.

Si todo iba bien.

«Basta». Los pensamientos negativos hacían fracasar muchos planes. ¿Cuántas veces le había dicho eso Stephen?

Siguió sonriendo y entró en el vestíbulo principal del museo, pero no pudo reunir entusiasmo suficiente para admirar los cuadros y esculturas que se exhibían allí.

Se acercó un camarero con una bandeja de champán. Ella aceptó la copa de líquido dorado, posó una mano temblorosa en el collar de perlas que le rodeaba el cuello, ignoró el temblor nervioso de su vientre y se dirigió a la terraza donde se congregaban los invitados para las copas previas a la cena.

Hasta el momento, el plan preparado por Joaquín Esteban, el hombre que amenazaba la vida de su padrastro, había ido según lo previsto. Su nombre estaba en la lista de invitados, como le habían prometido, al lado de líderes mundiales y famosos a los que solo había visto en la tele y en la prensa rosa. Mientras esperaba a que los de Seguridad comprobaran el chip electrónico de su invitación, había temido por un momento que la pillaran y le hicieran marcharse. Pero el hombre que tenía el destino de su padrastro en sus crueles manos había tenido en cuenta todos los detalles.

Todos excepto el de proporcionarle una foto del príncipe de treinta y dos años.

La primera fase de la firma del tratado tendría lugar media hora después en la Sala Dorada que había detrás de ella. Y como esa ocasión coincidía con el cumpleaños del príncipe Méndez de Valderra, se había pedido a los invitados que salieran a la terraza a presenciar la espectacular puesta de sol y la llegada del príncipe antes de que empezaran la firma y las celebraciones del cumpleaños

Al príncipe Reyes lo esperaban a las ocho en punto. Una rápida mirada al reloj indicó a Jasmine que faltaban cinco minutos. Sus nervios se tensaban más y más a cada segundo que pasaba.

¿Y si la descubrían? Desde luego, tendría que despedirse de su empleo de bróker y mediadora. Pero, aunque tuviera éxito, ¿cómo podría llevar la cabeza alta en adelante? Se había esforzado mucho

por superar su pasado, lo había conseguido durante ocho años y ahora, a los veintiséis, volvía a estar en el disparadero.

¿Porque quien delinquía una vez, delinquiría siempre?

No. Hacía años que no se dejaba atormentar por aquella frase de su compañera de celda y no iba a empezar ahora.

Y sin embargo, no pudo controlar la desesperación mezclada con ansiedad que sintió cuando su mirada se desvió desde el agua de reflejos anaranjados hacia la sorprendente silueta del monte Pan de Azúcar.

En circunstancias normales, aquella vista la habría llenado de admiración. Aquel tipo de vistas no eran «normales» para una chica de su pasado y su educación. Pero aquellas no eran circunstancias normales. Y el miedo amenazaba con bloquear todas las demás emociones.

Lo cual era peligroso. No podía permitirse fracasar. Sin embargo, el éxito solo le procuraría vergüenza.

Pero la realidad era que su padrastro había ido demasiado lejos esa vez, se la había jugado, literalmente, con la persona equivocada.

Joaquín, con su voz suave y su sonrisa letal, le había dado tranquilamente dos opciones.

Ir a Río o ver a Stephen pudrirse en la cárcel.

Por supuesto, Joaquín había contado con el hecho de que, aparte de la humillación pública que supondría que fuera despedido de su puesto de funcionario por jugarse dinero del gobierno, el amor de Stephen Nichols por su esposa implicaba que haría lo que fuera por ahorrarle la angustia de verla sufrir. Y Jasmine también.

Incluso cuando era niña, mucho antes de que Stephen entrara en sus vidas, la fragilidad de su madre había hecho que ella, la hija, tuviera que asumir el papel de cuidadora. Su madre no sobreviviría a la pérdida de Stephen.

Por eso estaba allí Jasmine, a punto de meterse en un lodazal del que no sabía si podría salir nunca.

–Ya está ahí.

Jasmine salió de su autocompasión sensiblera. Una rápida mirada le dijo que eran las ocho en punto. El corazón se le subió a la garganta. Cuando su estómago amenazó con seguir el mismo camino, tomó un sorbo de champán. Pero eso no consiguió darle más valor y las mariposas de su estómago se convirtieron en cuervos feroces.

Miró el pie del acantilado. Una lancha motora se acercaba creando olas de espuma a su paso. Aumentó la velocidad al acercarse a la orilla, giró en el último momento y creó un gigantesco arco de agua que se precipitó a la orilla en una ola gigante antes de retirarse del embarcadero.

El piloto ejecutó una serie de maniobras arriesgadas que arrancó

respingos de placer a la multitud e hizo que los otros dos ocupantes, guardaespaldas a juzgar por el volumen de sus músculos, se agarraran a los costados con rostro sombrío.

Finalmente, el hombre vestido de esmoquin colocó la canoa a lo largo del muelle, saltó a la proa y desde allí al embarcadero. Sonrió al aplauso entusiasta de los invitados, cruzó las manos ante sí e hizo una reverencia profunda.

Jasmine soltó el aire que guardaba en los pulmones. Aquel era el príncipe Reyes Navarre. Teniendo en cuenta su fama de ermitaño, le sorprendía que hubiera elegido una entrada tan narcisista y exagerada. Arrugó la nariz.

–¿No le impresiona la maestría marítima de Su Alteza Real? –preguntó una voz detrás de su hombro izquierdo.

Jasmine se sobresaltó y se giró. Había asumido que estaba sola en la terraza y todos los demás habían corrido al vestíbulo principal a recibir al príncipe.

¿Cómo se había movido aquel hombre tan silenciosamente detrás de ella? No había sentido su presencia hasta que había hablado. Jasmine alzó la vista hasta que chocó con los ojos grises oscuros de él.

De inmediato deseó apartar la vista para bloquear aquella mirada inquisitiva. No sabía por qué, pero el impulso fue tan abrumador que retrocedió un paso.

Una mano fuerte la tomó del brazo.

–Cuidado, pequeña. Hay una larga caída desde la terraza y la noche es demasiado hermosa para mancharla con una tragedia.

Ella miró a sus espaldas y se dio cuenta de que se había acercado peligrosamente al muro bajo que bordeaba la terraza.

–Oh. Gracias –musitó. Sus sentidos estaban pendientes de la mano cálida que la sujetaba. Miró los dedos elegantes posados en su piel y respiró con fuerza. El contacto de él le transmitía una sensación extraña a través de la sangre.

Tal vez él sentía lo mismo, pues sus dedos se tensaron casi imperceptiblemente y un segundo después la soltó. Señaló con la cabeza el espectáculo de abajo.

–¿No le gustan las lanchas? –preguntó.

Ella intentó apartar la vista de la cara de él, pero solo consiguió mover la cabeza un poco y quedar de nuevo hipnotizada por el espectáculo de su boca.

Era maravillosamente sensual. Como sus ojos, las líneas de sus labios atraían irremediablemente el interés de ella. Sin detenerse a analizar su reacción, se encontró de pronto alzando la mano hasta el rostro de él.

Cuando estaba a punto de tocarlo, vio que él abría mucho los ojos. A Jasmine se le aceleró el corazón por el horror y la vergüenza de lo

que había estado a punto de hacer. Retiró la mano con brusquedad.

–¿Por qué dice eso? –preguntó.

–Tiene un rostro muy expresivo –la hermosa voz profunda de él sonaba solemne.

–Oh –ella intentó pensar. ¿Qué podía decir sin ofender?–. Están bien, supongo. Es decir, no son lo mío. Demasiado rápidas.

Por no mencionar que le recordaban las veces que Stephen la había sacado en su barco poco después de que su madre y ella se fueran a vivir con él. Jasmine estaba entonces en su fase destructiva y se lo había hecho pasar mal en aquellas salidas. Una parte de ella seguía sin fiarse, tenía miedo de que acabara siendo como todos los hombres de los que se había enamorado su madre en el pasado. Por supuesto, no lo había sido, pero ella todavía no podía mirar un barco sin recordar aquel angustioso periodo.

–Pero algunos encontrarían eso emocionante, ¿no?

Jasmine respiró hondo.

–No lo sé. Nunca he viajado en una. Principalmente porque me mareo solo con acercarme a la playa.

–Eso es una lástima. Yo encuentro una tranquilidad en el agua que no encuentro en ninguna otra parte.

La idea de que aquel hombre musculoso, imponente y aparentemente seguro de sí mismo, buscara tranquilidad la conmovió interiormente.

–Mi padrastro también ama el agua –musitó.

–¿Pero haya algo en ella que la entristece? –la voz de él sonaba más suave y sus ojos parecían más solemnes.

Ella lo miró sorprendida.

–¿Por qué dice eso?

–Habla con ternura, pero sus ojos se oscurecen de infelicidad.

La intuición de él la perturbó, le hizo sentirse vulnerable. Apartó la vista y miró a su alrededor. La terraza estaba desierta, pero las exquisitas arañas de cristal relucían y alumbraban a los invitados, que llenaban lentamente el amplio salón.

El salón en el que debería estar ella intentando establecer contacto con el príncipe Reyes Navarre.

En vez de eso, estaba sola con aquel hombre curiosamente cautivador.

Un hombre al que no conocía.

Aunque se había convencido a sí misma de que no todos los desconocidos querían hacerle daño, sabía mejor que mucha gente qué situaciones debía evitar. Estar a solas con un hombre que le doblaba el tamaño no era buena idea.

Pero no era miedo, sino excitación, lo que fluía por sus venas. El corazón le golpeaba con fuerza en los oídos cuando inhalaba. Volvió a

mirar al hombre, casi arrastrada por una fuerza invisible. Sus pómulos altos y su barbilla fuerte lograron que le cosquillearan los dedos por el impulso de tocarlo.

Él apretó los labios en una línea fina, como si reprimiera alguna emoción. La intensa necesidad de tocar aquellos labios, conocer su textura firme y suavizarlos con su pulgar creció aún más. Lo miró a los ojos y vio que él la observaba esperando una respuesta.

–Tengo problemas con el agua –dijo ella–. Dejémoslo así.

Él la miró como si fuera a preguntar más. Pero se limitó a asentir.

–Dígame su nombre –dijo con autoridad.

–Jasmine Nichols.

Una sonrisa entreabrió los labios de él.

–Lleva el nombre de la flor que crece en los jardines de mi casa. Jazmín. Es una flor frágil pero resistente que nos ha calmado con su fragancia embriagadora durante miles de años.

Ella, abrumada por la mezcla igualmente embriagadora de emociones que la embargaba, soltó una risita nerviosa.

–Espero no parecer así de vieja.

–Le puedo asegurar que no.

La sonrisa de él desapareció, pero ella sospechaba que seguía divertido. Esa idea le provocó un chisporroteo alegre en la sangre. Le daba la impresión de que aquel hombre, quienquiera que fuera, no había sonreído ni reído en mucho tiempo.

–Estupendo. Vivir hasta los mil años puede ser divertido, pero seguro que más de eso es una pesadez. Aunque yo me conformo con unas cuantas décadas más. Tengo cosas que hacer, gente a la que impresionar.

Él la recompensó con otra sonrisa.

–No me cabe duda de que dejará su huella en el mundo antes de abandonarlo –hizo una pequeña reverencia con la cabeza–. Disfrute del resto de la velada.

Se alejó de ella con pasos llenos de gracia.

Lo abrupto de su marcha la dejó sorprendida. Vio cuatro figuras que se apartaban del umbral en sombra y caminaban detrás de él. No hacía falta que le dijeran que eran guardaespaldas.

Pensó que hacían bien. Aquel hombre era demasiado letal para ir por ahí sin una escolta armada.

Jasmine bajó las escaleras que llevaban al salón principal y se dio cuenta de que no le había preguntado su nombre. Sin pensar lo que hacía, corrió tras él, pero se detuvo a los pocos pasos.

¿Qué hacía? No había ido a Río a enamorarse del primer hombre enigmático que la mirara con ojos profundos y solemnes. Aquel hombre, quienquiera que fuera, no tenía nada que ver con su misión allí.

Una misión que debía ser lo único que ocupara su mente.

Apretó el bolsito gris que llevaba en la mano e intentó pensar con claridad, pero no era fácil. El olor de él, la sensación de su mano en la piel y la intensidad de su mirada oscura seguían grabados a fuego en ella.

Se recordó que lo que sintiera no importaba, que aquel no era su objetivo allí. Solo importaba encontrar al príncipe Reyes, conseguir el tratado y salir de allí sana y salva.

Cuando entró en el salón, lo primero que vio fue que el hombre con el que había hablado estaba en el otro extremo de la habitación. Aunque estaba rodeado de hombres vestidos también de esmoquin, parecía curiosamente distante, destacaba de un modo tan espectacular que todos los demás se veían insignificantes a su lado.

Apartó la vista y miró a su alrededor. Notó con ansiedad que casi todas las conversaciones eran en portugués. Ingenuamente, había asumido que, como la mayoría de los empleados de su hotel hablaban inglés, todos los demás habitantes de Río lo hablarían también.

Y el hombre con el que había hablado en la terraza hablaba un inglés perfecto.

«Pregúntale a él».

Pero no podía. Tendría que cruzar la habitación para hacerlo y cada vez lo rodeaba más gente. Si se metía en aquel grupo, llamaría la atención y el anonimato era fundamental para lo que había ido a hacer allí.

Una campanilla que sonó cerca la sobresaltó. Los invitados empezaron a ocupar sus puestos en la larga mesa del banquete. Encontró su lugar y acababa de sentarse cuando un hombre rubio se instaló a su lado.

La miró esperanzado.

–Por favor, dígame que habla usted inglés.

Jasmine le sonrió aliviada.

–Sí, lo hablo.

–¡Gracias a Dios! Yo creía que mi portugués no era muy malo hasta que me han hecho una pregunta y de pronto lo he olvidado todo. Por cierto, soy Josh.

–Jasmine.

–Es una locura, ¿verdad?

Jasmine lo miró de soslayo.

–¿El qué?

Él señaló el grupo de hombres que se sentaba en el extremo más alejado de la larga mesa.

–Es increíble que entre esos dos controlen casi la mitad del acero y las piedras preciosas del mundo.

Ella, que no quería demostrar su ignorancia, musitó:

–Es verdad.

–Lástima que sus relaciones comerciales sean un desastre. Con suerte, la firma del tratado traerá un poco de orden o el caos no hará más que empeorar –Josh movió la cabeza–. Pero el príncipe Reyes ha hecho un gran trabajo con ese tratado. Eso hay que reconocérselo –tomó un buen trago de champán.

Jasmine respiró hondo para calmar sus nervios y preguntó:

–¿Cuál de ellos es el príncipe Reyes?

Su vecino de mesa la miró un momento sorprendido. Se encogió de hombros.

–Entiendo que se confunda. Después de todo, tienen la misma sangre –señaló con la cabeza–. Méndez, el más bajo, el que ha llegado en la lancha, es el del cumpleaños, cumple cuarenta. Está al mando de Valderra, el más grande de los dos reinos. El más alto, en la cabecera de la mesa, el que habla con el primer ministro, es Reyes. No me interprete mal. Aunque su reino sea el más pequeño, es el más influyente.

Jasmine sintió que se le helaba la sangre.

En aquel momento aumentaron las luces y dos hombres de aspecto oficioso subieron a dos pódiums gemelos con maletines negros. Jasmine, con el corazón en la garganta, se dio cuenta de lo que había hecho.

Había hablado con el príncipe Reyes Navarre y le había dicho su nombre.

La primera fase de la firma del tratado terminó después de un discurso. Jasmine observó cómo volvían a guardar los documentos en los maletines.

Le sudaban las manos. Todos sus instintos le decían que saliera de allí corriendo y no parara hasta subir al primer avión que la devolviera a Londres.

¿Pero cómo iba a hacerlo? Aunque vendiera su apartamento de dos dormitorios en Londres y encontrara el modo de pagar el medio millón de libras que su padrastro le debía a Joaquín, este poseía todavía pruebas documentales suficientes para acabar con él.

A Jasmine le dio un vuelco el corazón. Su familia estaba muy lejos de ser perfecta, pero Stephen Nichols se había encargado de que su madre y ella tuvieran una segunda oportunidad. Y ella no le iba a dar la espalda en aquel momento.

Tragó saliva con nerviosismo.

–Entonces, el príncipe Reyes es el alto –comentó.

–Ahora mira hacia aquí –murmuró su compañero de mesa con un asomo de sorpresa en la voz.

Ella alzó la vista y unos ojos grises se posaron en los suyos. El desconocido de la terraza la miraba fijamente.

Solo que ya no era un desconocido.
Era el hombre al que había ido allí a robar.

Capítulo 2

LA VERGÜENZA debería haber sido la emoción que dominara a Jasmine cuando su mirada permanecía clavada en la del príncipe Reyes.

En lugar de eso, sentía de nuevo la emoción de antes y todo lo demás desaparecía a su alrededor. Asustada, apartó la vista. Durante la cena, que apenas probó, se obligó a conversar con Josh, pero aunque no volvió a mirar al príncipe Reyes, sentía la mirada de él clavada en ella.

En cierto momento, oyó que su compañero de mesa carraspeaba un par de veces y, cuando alzó la vista, descubrió que el príncipe Reyes Navarre estaba de pie a su lado. Soltó el cuchillo con un sobresalto y se encogió cuando chocó con el plato.

–Señorita Nichols, ¿encuentra la comida satisfactoria? –el príncipe miraba su plato casi intacto.

Jasmine, consciente de que era el centro de muchas miradas, no sabía si permanecer sentada o levantarse y hacer una reverencia. Optó por permanecer sentada.

–Sí, mucho. Gracias.

–Espero no interrumpir –él lanzó una mirada a Josh que era cortés e incisiva al mismo tiempo.

–No, solo somos dos paisanos que se encuentran en la misma mesa –Josh soltó una carcajada.

–¡Qué suerte! –comentó el príncipe Reyes.

Jasmine le vio hacer un gesto y de pronto los invitados se levantaron y empezaron a mezclarse. La joven se puso también en pie, temblorosa. Se enganchó el borde del tacón en la silla y se tambaleó.

El príncipe Reyes la agarró por el brazo. Ella dio un respingo al notar el chispazo eléctrico que recorría su piel. Cuando se enderezó, él soltó la mano y la miró fijamente.

Ambos guardaban silencio. Jasmine no conseguía encontrar palabras que aliviaran la repentina tensión. El calor bañó su cuerpo y el vestido le resultó de pronto asfixiante.

Josh carraspeó de nuevo, los miró un momento y se puso en pie.

–Tengo que buscar a un conocido mío. Por favor, disculpe, Alteza –hizo una inclinación de cabeza y se escabulló.

Y Jasmine quedó una vez más atrapada por un par de ojos grises cautivadores.

–¿Ha venido aquí con él? –preguntó el príncipe Reyes.

A ella le pareció captar una nota de desaprobación en su voz. Alzó la barbilla.

–No, he venido sola.

Tuvo la impresión de que la desaprobación de él crecía aún más y se esforzó por continuar.

–Me dijeron que Río era seguro y, hasta el momento, no ha ocurrido nada que me haga pensar otra cosa.

A él le brillaron los ojos.

–El peligro puede tener muchas formas, señorita Nichols. A veces inesperadas. Le aconsejo que se muestre cautelosa.

–Gracias por el consejo, Alteza –no añadió que no lo necesitaba. No pensaba quedarse el tiempo suficiente para correr más peligro del que corría aquella noche. En cuanto terminara su odiosa tarea, se dirigiría al aeropuerto–. Pero no es necesario.

Él siguió mirándola de aquel modo inquietante suyo y un escalofrío recorrió la piel de ella. Entendió de pronto la enormidad de su tarea.

De nuevo la invadió el impulso de salir corriendo y tuvo que hacer un gran esfuerzo de voluntad para mantenerse firme y sostenerle la mirada.

Aquel hombre poseía el único medio que existía de salvar a su padrastro. En lugar de rechazar la preocupación de él, debería aprovecharla para salvar a su familia.

El príncipe Reyes le tendió la mano.

–Muy bien. No voy a ofenderla sugiriendo que uno de mis guardaespaldas la acompañe a su hotel. Ha sido un placer conocerla, señorita Nichols –se volvió y los guardaespaldas tomaron posiciones detrás de él. Uno de ellos llevaba el maletín que contenía el tratado.

Se iba a marchar y se llevaba consigo la única posibilidad de salvar a su padrastro.

Jasmine tomó su bolso y carraspeó.

–La verdad es que tiene razón. Una ciudad desconocida no es un buen lugar para que una mujer ande sola de noche. Le agradecería mucho su ayuda.

Notó las miradas escandalizadas de algunos invitados, pero no hizo caso. Dejar marchar al príncipe era impensable. Había viajado miles de kilómetros para evitar que su padrastro fuera a la cárcel. Solo necesitaba diez minutos. Menos, si era muy rápida. Tenía que hacerse con aquel tratado, aunque implicara seguir a un depredador hasta su guarida.

Él se volvió. La miró durante lo que a Jasmine le pareció una eternidad.

–Pediré a mi chófer que la deje en su hotel –hizo una seña a un hombre que había cerca.

Jasmine no podía fallar. Sencillamente, no podía. Quizá Stephen pudiera sobrevivir a la cárcel, pero su madre no lo conseguiría.

–O puedo ir con usted y evitar que su chófer haga dos viajes –musitó.

Él alzó una mano para detener a un guardaespaldas que se acercaba. La miró en silencio. Un silencio cargado de señales que hacían que la sangre de ella palpitara pesadamente entre sus muslos. Podía oír todos los sonidos, oler todos los aromas que transportaba la brisa de la tarde, sentir cada murmullo del aire en su piel caliente. Sus pezones se endurecieron y sus mejillas se acaloraron ante aquella prueba palpable de su interés por él.

Se esforzó por no reaccionar. Nunca había usado artimañas femeninas para llamar la atención de un hombre. Le disgustaba tener que hacerlo en aquel momento, lo que no impidió que una parte de ella lanzara un grito de triunfo cuando los ojos de él se posaron un momento en sus senos.

–¿Quiere venir conmigo ahora? –la voz de él se había alterado. Entrecerró los ojos con un recelo frío que contenía una advertencia.

Jasmine no podía permitirse dar marcha atrás. Tenía demasiado que perder.

–Sí. Lléveme con usted. Mi hotel no está lejos de aquí. Incluso le invitaré a una copa como agradecimiento –ella misma se admiró de su osadía. Temerosa de que su súplica pudiera parecer ofensiva, se apresuró a añadir–: Si no le importa.

La mirada de él se oscureció con un brillo depredador que hizo que Jasmine tragara saliva con inquietud.

–Quizá debería importarle a usted, señorita Nichols. Algunas personas le aconsejarían no hacer lo que está pidiendo.

Ella se pasó la lengua por el labio inferior con lentitud deliberada. Los ojos de él se oscurecieron de deseo y Jasmine sintió calor en la piel.

–Tal vez, pero algo me dice que puedo confiar en usted –repuso, consciente de que se metía en aguas peligrosas. El flirteo y los juegos sexuales nunca habían sido su fuerte. Un único intento en la universidad había terminado en un desastre humillante.

El príncipe Reyes dio otro paso hacia ella. Sus ojos, que contenían todavía el rastro de tristeza que había divisado antes ella, mostraban también ahora una buena dosis de amargura.

–Está jugando un juego peligroso, Jasmine –murmuró él.

–Solo pido que me lleve al hotel –repuso ella.

–Tal vez. O quizá sea algo más. Algo para lo que ninguno de los dos estamos preparados –su voz sonaba baja, solo para los oídos de ella. Su mirada se deslizaba por el rostro de ella como una caricia.

–Estaré fuera de su presencia en menos de media hora. En serio. No

tiene nada que temer de mí –repuso ella.

Él apretó la mandíbula.

–Tengo mucho que temer de usted –de nuevo había amargura en su voz, esa vez más acusada–. La maldición de una mujer hermosa ha sido la perdición de mis ancestros.

Jasmine forzó una carcajada. ¿Hermosa ella? Pero si él podía mostrarse halagador, ella también.

–Pues demuestre que no es cierto. Lléveme a mi hotel y márchese. Así quedará libre de esa... maldición.

Él ladeó un poco la cabeza como si sopesara su petición. Cerró la mano alrededor de la muñeca de ella y la atrajo hacia sí.

–Si alejarse resolviera problemas de siglos de antigüedad, mi reino no sería un desastre.

–Yo no quería decir...

Él la acercó más hacia sí. Jasmine estaba demasiado embrujada por aquel hombre enigmático para registrar las miradas de curiosidad de los invitados. Y a él no parecía preocuparle mucho que tuvieran espectadores.

Frunció el ceño.

–Usted me intriga, Jasmine Nichols –dijo.

–¿Y eso es malo?

Él retrocedió un paso y pareció tomar una decisión.

–No estoy seguro, pero deseo averiguarlo. Vamos.

Reyes Navarre respiró hondo.

¿Qué narices estaba haciendo? No actuaba así desde Anaïs. Su época de aventuras de una noche había terminado cinco años y medio atrás, cuando había conocido de primera mano lo falsas que podían ser las mujeres. Su propia madre le había inculcado bien esa lección en las semanas previas a su muerte.

Reyes había visto desintegrarse su familia de la noche a la mañana. Había visto cómo se extinguía lentamente la voluntad de vivir en la mirada de su padre. Sentía remordimientos y amargura a partes iguales. Remordimientos por no haberle dado a su padre, el rey Carlos, un heredero al trono antes de su muerte. Amargura porque su padre lo había condenado por no haber aprendido de errores pasados y no sabía que la mujer que Reyes había creído que sería su reina había resultado ser tan artera y desleal como su propia madre.

Aquel golpe doble le había hecho considerar que la abstinencia era la mejor opción.

Pero esa noche...

Miró a la mujer cuyo delicado olor impregnaba todos los rincones de la limusina. No había dicho nada desde que salieron del banquete,

pero Reyes la había sorprendido mirándolo más de una vez.

Intentó pensar qué era lo que le intrigaba de aquella mujer. Quizá estar fuera de Santo Sierra por primera vez en más de un año. Quizá era saber que, después de meses de duras negociaciones, Méndez había consentido en firmar por fin el tratado comercial.

O tal vez era que necesitaba permitirse sentir algo aparte de amargura y recriminaciones... conocer un momento de olvido de las presiones de su destino.

Fuera lo que fuera, no le impidió pulsar el interfono que lo conectaba con el chófer.

–Llévenos al barco –dijo.

Jasmine se volvió hacia él.

–¿No me lleva a mi hotel? –su voz denotaba inquietud, pero no pánico.

Reyes le dedicó una sonrisa tensa.

–Creo que me debe una copa. He elegido tomarla antes de llevarla al hotel, no después.

–¿Por si me echo atrás? Usted no confía mucho en la gente, ¿verdad?

Él sintió una opresión en el pecho, pero se negó a reconocerla.

–No, no mucho.

Ella apartó la vista.

–¿Vamos de verdad a su barco? –preguntó.

–Sí –contestó él.

Recordó que a ella no le gustaban los barcos. ¿Por eso había decidido llevarla allí en lugar de a la suite real que ocupaba en el hotel Four Seasons? ¿O quizá lo hacía por razones egoístas, porque, por algún motivo, concentrarse en ella aquietaba un poco sus tumultuosos sentimientos?

La había observado durante la cena y la observó de nuevo entonces por el rabillo del ojo, esperando una reacción. Pero ella mantenía las manos cruzadas en el regazo y la mirada fija en el barco grande al que se acercaban.

Durante el último año, Reyes se había olvidado de las mujeres para concentrarse en conseguir el tratado comercial con Valderra, y sus esfuerzos se habían visto recompensados. Al día siguiente se completaría la firma del tratado Santo-Valderra. Las concesiones habían sido fuertes. Méndez había pedido cosas como el banquete extravagante y excesivo de esa noche para celebrar su cumpleaños. Pero las concesiones que había hecho Santo Sierra se amortizarían con el tiempo. Y, lo más importante, habían retirado el bloqueo comercial.

A Reyes le quedaba todavía la batalla de conseguir que los miembros de su Consejo aceptaran los cambios por llegar. Y estaba también el tema de su padre.

Apartó de su mente aquellos pensamientos y el dolor que producían y se recordó que su padre estaba vivo.

Y por una noche, él, Reyes, centraría su atención en asuntos más placenteros.

Jasmine, sentada en silencio a su lado, representaba un rayo de luz en la oscuridad que amenazaba con tragarlo. Sus propósitos de celibato habían empezado a resquebrajarse desde el momento en que la había visto en la terraza. Durante el banquete no había podido apartar la vista de ella y, sin embargo, había estado dispuesto a alejarse. Una experiencia amarga y la pesada carga del deber le habían enseñado a sopesar con cautela sus decisiones.

Las aventuras de una noche no eran lo suyo.

Entonces, ¿qué narices estaba haciendo?

–¿Vamos a salir? –preguntó ella.

–Dentro de un momento –repuso él.

Miró las luces de su yate. Había atracado intencionadamente en un muelle distinto que el príncipe Méndez porque había querido evitar la atención de la prensa. Al contrario que Méndez, Reyes prefería el silencio y la soledad. Su madre había creado ya caos suficiente en su vida cuando vivía.

¿Por qué, pues, llevaba a una desconocida a su barco?

Miró a Jasmine.

Ella le devolvió la mirada y Reyes sintió una oleada de calor fluir por sus venas. Ella sonrió con nerviosismo y se envolvió mejor en su chal, en un gesto protector que hizo fruncir el ceño a Reyes. En el interior del coche no hacía frío, así que solo podía haber una razón para aquel gesto.

–No es tarde para cambiar de idea –comentó.

Ella abrió mucho los ojos. Vaciló un segundo, pero lo miró con resolución.

–No. Un trato es un trato. Aunque no estoy segura de cómo puedo invitarle a una copa si estamos en su barco.

Reyes hizo una seña a su guardaespaldas, quien abrió la puerta. El príncipe le pasó el maletín con el tratado y tendió la mano a Jasmine.

–Continuaremos la conversación a bordo.

Ella tomó su mano y salió del coche. Dieron dos pasos y ella se detuvo.

–Espere. No puedo hacer esto.

Reyes, decepcionado, le soltó la mano. El mundo no había cambiado desde su última aventura. Las mujeres seguían engañando, practicando juegos sexuales con la esperanza de que, haciéndose las difíciles, resultarían más atractivas para el sexo opuesto. La amargura que había intentado ocultar lo invadió de nuevo.

–Ahórrese las excusas, señorita Nichols. Me decepciona que las

mujeres piensen que crear intriga es algo bueno, pero no estoy dispuesto a seguirle el juego –hizo una seña a su chófer, quien dio un paso al frente–. La llevarán a su hotel. Disfrute de su estancia en Río.

Se volvió, deseando alejarse de ella, de la tentación de su cuerpo voluptuoso y del aroma seductor que insistía en perdurar en el aire a su alrededor.

–En realidad, no es eso lo que quiero –la voz de ella sonaba herida y algo confusa–. No quería decir que había cambiado de idea sobre la copa.

Él se volvió.

–¿Y qué es lo que quería decir, Jasmine?

–No me gustan los barcos, pero pensé que podía hacer una excepción solo por esta vez –movió la cabeza–. Pero no voy a subir a bordo con estos zapatos –se señaló los pies.

Reyes frunció el ceño, confuso.

–¿Qué?

–Leí en alguna parte que los tacones de aguja y los barcos no son una buena combinación –se encogió de hombros–. Por supuesto, no sé qué tipo de suelos tiene su barco, pero no quiero estropearlos.

Reyes soltó una carcajada. Algo que hacía tiempo que no le ocurría.

–¿Los suelos? ¿No quiere estropear los suelos de mi barco? –preguntó con incredulidad.

–No, no quiero. Además, tengo los pies destrozados. Así que, si no le importa... –le tendió una mano–. Solo será un minuto.

Reyes le tomó la mano. Tocó el borde rugoso de una cicatriz y miró la línea delgada que le cruzaba la palma. Ella alzó una pierna con gracia y se quitó un zapato. Luego repitió la operación con el otro pie.

Reyes le miró los pies. Eran pequeños, pero perfectos, con uñas rosadas. Aquello lo excitó aún más.

–Buena idea –murmuró con voz ronca.

Ella asintió.

–Creo que debo advertirle de que, la última vez que estuve en un barco, acabé cayendo por la borda. Espero que me rescate si eso vuelve a ocurrir.

Él sonrió.

–Como puede ver, es un barco bastante grande. Hay que esforzarse mucho para caer por la borda accidentalmente. Pero le aseguro que, si ocurriera eso, acudiría en su rescate.

–En ese caso, no tengo de qué preocuparme –ella sonrió.

Reyes la imitó. Se sentía más ligero que en mucho tiempo. Le tomó los zapatos y la siguió escaleras arriba hasta la cubierta y por el salón abierto. La vio mirar a su alrededor. Abrió mucho los ojos con una admiración un poco infantil al ver los paneles de madera pulida, los adornos dorados y los accesorios con monogramas del color azul de

Santo Sierra.

–¡Vaya! –se volvió y vio que él la observaba. Un leve sonrojo cubrió sus mejillas. Se acercó al largo sofá y se sentó en el borde–. Perdón. Disculpe mi entusiasmo.

–Una reacción sincera es mejor que la indiferencia artificial –él se acercó y dejó los zapatos de ella a su lado.

–¿En serio? ¿Quién puede mostrarse indiferente aquí? –ella señaló a su alrededor con la mano.

–¿Personas con motivos ulteriores que prefieren ocultar? –la última mujer que subió al barco había sido Anaïs. Se había hecho la difícil hasta que Reyes había amenazado con apartarse. Pero, por supuesto, ella había guardado también otros ases en la manga–. En mi experiencia, la gente es raramente lo que parece en el primer sonrojo.

–Oh, claro –Jasmine lo miró a los ojos un momento, apartó rápidamente la vista y dio la impresión de que no sabía qué decir. Se lamió la comisura de los labios.

El corazón de Reyes latió un poco más fuerte. La piel de ella, cremosa con un leve tono bronceado, brillaba con las luces suaves de la cubierta. Los dedos de él ansiaban tocar y acariciar, pero se contuvo.

Habría tiempo para eso más tarde. Sabía que aquello sería solo una aventura de una noche, pero no quería apresurarla.

La mañana llegaría pronto, se firmaría el tratado y regresaría al lado del lecho de su padre a continuar su vigilia.

Pero por el momento...

–Vamos a tomar esa copa, ¿no?

Jasmine tragó saliva con alivio. Por un momento había tenido la impresión de que el príncipe quería devorarla allí mismo.

Y aunque en parte se había excitado con eso, también se había acobardado un poco.

–Sí, gracias –asintió.

Lo observó dirigirse a una barra de bar amplia y reluciente. Se acercó un empleado, pero él lo despidió con un gesto. Sacó una botella de vino de un armario y la descorchó con pericia. Dio la vuelta a la barra, le tendió una copa e indicó una hilera de sofás bajos y lujosos.

–¿Por qué brindamos? –preguntó, cuando se hubo sentado a su lado.

–¿Por los avances que ha conseguido con el tratado? –preguntó ella.

Él sonrió con orgullo.

–Gracias.

–¿Ha logrado lo que se proponía?

–Ha sido una batalla dura y difícil –confesó él en contra de su costumbre, pues normalmente se mostraba reservado–, pero ya casi ha

terminado. Mañana a estas horas habrá un tratado importante entre nuestros dos reinos y eso es algo que mi pueblo necesitaba hace tiempo.

A Jasmine empezaron a temblarle las manos y dejó la copa sobre una mesita baja.

–Debería seguir en el museo celebrándolo –comentó–. ¿Por qué se ha retirado tan pronto?

–No me gustan las multitudes –declaró él.

–A mí tampoco –confesó ella.

Él tomó un sorbo de vino.

–¿Y qué la trae sola por Río? –preguntó–. El carnaval fue el mes pasado.

Ella se esforzó por no mostrarse tensa. Se preguntó por un momento si podría leer en ella la verdad de su presencia allí.

Carraspeó, se encogió de hombros y optó por la verdad a medias que había practicado en su cabeza.

–Hacía años que no tenía vacaciones. Surgió un hueco inesperado en mi agenda y decidí aprovecharlo.

Él achicó los ojos.

–¿Y consiguió sin problemas una invitación a la fiesta de cumpleaños del príncipe de Valderra? –preguntó con incredulidad.

–No, claro que no. Mi viaje no es solo de vacaciones. La firma para la que trabajo lleva un tiempo siguiendo las negociaciones entre Santo y Valderra. Uno de mis clientes me ofreció una invitación y pensé que sería una buena experiencia para aprender más al respecto.

–¿Y lo ha hecho?

Jasmine negó con la cabeza.

–Solo sé lo que ha salido en la prensa, que es bastante interesante. Es increíble lo que ha conseguido...

Él apretó la mandíbula y dejó la copa de vino en la mesa con brusquedad.

–¿Y quiere información de primera mano? ¿Por eso está aquí?

Capítulo 3

JASMINE tragó saliva.

–Me interesa, sí. Pero no estoy aquí por eso.

La mirada de él se posó en sus labios. Ella sintió un calor intenso en el vientre. Luchó por respirar mientras la mirada fiera de él recorría su rostro e impregnaba el aire con una lujuria espesa.

Él tendió la mano, tomó un rizo de ella entre los dedos y lo acarició despacio.

–¿Por qué estás aquí, Jasmine? ¿Por qué no has exigido que te lleváramos a tu hotel?

–Ya lo he dicho. Me interesa el tratado –aquello era verdad–. Por lo que he podido descubrir de él...

Él frunció el ceño.

–¿Qué es lo que has podido descubrir? ¿Eres una espía?

–No –se apresuró a contestar ella–. La firma para la que trabajo lidia con estos temas a menudo, en una escala mucho menor, claro, y me preguntaba si sería verdad lo que he oído.

–¿Qué has oído?

–Que el tratado favorece mucho a Valderra... –ella se interrumpió al ver la expresión sombría que cubría el rostro de él.

¿Qué estaba haciendo?

No le sorprendería que él la echara del barco por cotilla.

–Antes de que yo me encargara de las negociaciones, se hicieron concesiones que no tengo más remedio que cumplir –él no parecía contento, solo resignado.

Ella asintió. Los dedos de él rozaron su mejilla. Solo tenía que volver un poco la cara y sentiría más una caricia que anhelaban todos sus sentidos.

Él se acercó más. La miró a los ojos.

–¿Por qué tengo la sensación de que me ocultas algo? –preguntó con suavidad–. Dime por qué estoy combatiendo mis instintos cuando debería seguirlos.

Jasmine tembló interiormente de miedo... y anticipación.

–Podría decirle que no es el único que siente eso. Hay algo en usted. Algo abrumador que me hace...

–¿Qué te hace?

Ella movió la cabeza, se puso de pie y se acercó a la barandilla. Miró el agua oscura con lágrimas de frustración en los ojos.

No podía hacerlo.

Había avanzado demasiado alejándose de un pasado destructivo y caótico. Seguir con el plan de Joaquín, ceder a las exigencias de aquel bandido, implicaría regresar a aquel túnel oscuro.

Pero no hacerlo conllevaría la destrucción de Stephen. Y de su madre.

Tragó el sollozo que amagaba con escapar de sus labios.

Y se sobresaltó cuando los labios de él le rozaron la parte posterior del cuello. Fue un roce suave, que apartó su desesperación y la iluminó como una hoguera en una noche de verano. Aquel contacto le hacía cobrar vida.

Él la alzó en vilo rodeándole los hombros con un brazo y la cintura con el otro y le besó la piel delicada debajo de la oreja.

La volvió en sus brazos y la besó.

Jasmine había sido besada otras veces. Pero no de aquel modo. Nunca así. Un cosquilleo fiero empezó en los dedos de los pies y se extendió por su cuerpo como fuego salvaje, pinchando sus terminaciones nerviosas. Él murmuró algo, pero sus palabras quedaron aplastadas entre los labios de ambos.

Una voz interior advirtió a Jasmine en contra de lo que estaba haciendo. Intentó escucharla y apartarse. Percibió vagamente que él se movía hacia una puerta abierta.

–Un momento –dijo.

Él siguió andando con los labios pegados a la piel increíblemente sensible debajo de la oreja de ella. Jasmine se estremeció.

–Ah... –se dio cuenta de que no sabía cómo dirigirse a él. ¿Qué dictaba la etiqueta cuando una besaba a un príncipe heredero sudamericano?–. Alteza... espere...

La risa de él la hizo ruborizarse.

–Cuando estamos a solas, puedes llamarme Reyes. Después de todo, no puedes llamarme Alteza si estoy dentro de ti –le murmuró al oído–. Aunque eso presenta posibilidades interesantes...

El respingo escandalizado de ella arrancó otra carcajada al príncipe.

–Por favor, Reyes, bájame.

Él obedeció y le tomó las manos.

–¿Qué ocurre, Jasmine?

Por un momento absurdo, ella quiso confesar su culpa, pero se contuvo a tiempo.

–No he... Es decir, esto no es algo que haga normalmente –musitó.

Él le alzó las manos y le besó los nudillos. La miró con frialdad.

–Comprendo. ¿Aquí es donde estableces tus reglas? ¿Donde te dejo poner un precio porque estoy demasiado cegado por la lujuria para pensar con claridad? –preguntó con cinismo.

Ella pensó que la vida había golpeado con fuerza a aquel hombre.

La profundidad de su tristeza, de su recelo y de su cinismo no era algo que hubiera adquirido por casualidad. Ella lo sabía bien. La vida podía ser muy cruel. Especialmente si había que lidiar con hombres como Joaquín.

«Pero ellos solo ganan si tú les dejas».

La adolescente rebelde cuyas travesuras la habían llevado a un centro de detención juvenil amenazaba con imponerse. Se recordó lo que había en juego allí y tragó saliva.

–¿Tanto cuesta creer que esté nerviosa y un poco abrumada?

Él entrecerró los ojos y la observó.

–¿Y no quieres nada de mí? –preguntó.

Ella tuvo que esforzarse mucho para no bajar la vista.

–Sinceramente, me gustaría ver el tratado. Pero no me acostaré contigo por eso –se dio cuenta de lo que decía y se ruborizó–. Es decir, aquí no ocurrirá nada que yo no acepte.

–Entendido –repuso él–. Pero recuerda también esto. Pase lo que pase entre nosotros, no se prolongará más allá de esta noche. No es posible –declaró imperiosamente. Le soltó las manos y la tomó por los hombros–. Pero te deseo y prometo que esto, si decides seguir adelante, será una experiencia placentera para ti.

Su voz sonaba espesa. Bajó la cabeza y la besó en los labios.

Jasmine tragó saliva. «Márchate ahora mismo».

Se apartó con un gemido.

–No puedo. Sé que probablemente pensarás que estoy jugando contigo pero te prometo que no. No tengo la costumbre de meterme en la cama con un hombre al que acabo de conocer. Espero que lo comprendas.

Con la decisión ya tomada, retrocedió otro paso y tomó su bolso. No podía seguir adelante con aquello. Encontraría otro modo de salvar a su padrastro. Pero no aquel.

No le importaba para qué necesitara Joaquín la copia del tratado. El hombre que había ante ella, que había combatido los demonios que lo acosaban para conseguirle aquel tratado a su reino, no merecía lo que ella había planeado.

Miró a Reyes y le gustó la decepción que mostraba su rostro. Retrocedió otro paso para no sucumbir a la tentación de abrazarlo.

Estaba en un país exótico, en presencia de un hombre carismático que parecía prender fuego a su alma. Sabía que, si cedía, la experiencia con él sería algo único y la acompañaría para siempre.

Él la observó un momento y acabó por asentir.

–Muy bien. Llamaré a mi chófer.

–Muchas gracias.

Jasmine lo observó acercarse al interfono que había en la barra. Él se volvió a mirarla antes de pulsar el botón negro.

–No me sorprenden todos los días, pero tú has conseguido hacerlo –dijo.

–Ah… Gracias. ¿Pero por qué estás tan sorprendido?

Reyes sonrió.

–Tú me deseas, pero te marchas. Aunque no sepa por qué, admiro el principio que hay detrás de tu decisión. Quizá merezcas un premio después de todo –retrocedió y le tendió la mano–. Si todavía quieres ver el tratado, te lo mostraré.

Jasmine quería negarse. Quería pedir otro premio, uno relacionado con tener la boca de él sobre la suya. Pero esa oportunidad había pasado. Había rechazado al príncipe Reyes y un hombre como él no se colocaría dos veces en la posición de ser desdeñado.

Pero tampoco podía resistir la oportunidad de ver un pedazo de historia de Santo y Valderra.

Él la guio por unas escaleras hasta el corazón del yate. Jasmine captó vagamente imágenes de madera y cromo. Parecía haber mucho oro. En las arañas de cristal, en los marcos de los cuadros, en picaportes… Pero estaba demasiado enfrascada en la magnificencia de Reyes Navarre y en su presencia magnética para fijarse mucho en la decoración.

Volvió a su ser cuando entraron en el estudio. Era un espacio masculino, con muebles antiguos. En una de las paredes se alineaban libros caros sobre diplomacia, economía y cultura. Un cuadro renacentista adornaba la pared de detrás del escritorio.

Él se acercó allí. Bajó una palanca situada al lado del cuadro y este se movió y mostró una caja fuerte. Reyes introdujo una clave y colocó su pulgar en un escáner digital.

Jasmine contuvo el aliento cuando lo vio sacar una carpeta de cuero. Él se acercó a ella, que, envuelta en el calor que emanaba del cuerpo de él, se esforzó por concentrarse en el tratado.

Cuando consiguió comprender las condiciones, frunció el ceño.

–¿Por qué has accedido a esto?

–Las condiciones no están abiertas a discusión. Tengo que aprovechar lo que pueda de esta situación.

Ella lo miró perpleja. Leyó las últimas páginas. Notó que en los tres últimos años habían añadido varias condiciones preliminares cada año. Las primeras las había firmado su padre. El príncipe Méndez había jugado con astucia, incrementando sus demandas cada año que pasaba.

Cuando llegó a la última página, Reyes colocó una mano sobre la suya.

–Las condiciones restantes son confidenciales.

El efecto de su mano hizo que a ella se le acelerara el pulso.

–¿Y qué? ¿No te fías de mí? –bromeó, con la esperanza de aligerar

la tensión que llenaba la estancia.

Él la miró a los ojos.

–No me resulta fácil confiar en nadie, pero esta noche he confiado en ti más que en nadie en mucho tiempo.

Ella respiró hondo.

–¿Por qué?

Reyes se encogió de hombros.

–Quizá esté aprendiendo a confiar de nuevo en mi instinto. O quizá sea porque eres la única que no disfrutó antes con las payasadas de Méndez.

Jasmine se alegró de su decisión de no haber cedido a las amenazas de Joaquín. Parpadeó para reprimir las lágrimas y sonrió.

–No tienes ni idea de lo mucho que significa eso para mí.

Él se adelantó un paso.

–Todavía te deseo –dijo–. Mucho.

Jasmine decidió mandar al diablo la cautela y, antes de registrar la enormidad del salto que estaba dando, contestó:

–Tómame.

La sensación de tela lujosa bajo la espalda le dio la primera pista de que habían salido del estudio. La igualmente lujosa sensación de él cuando se situó encima de ella lo confirmó.

Aplastada por su delicioso peso, no podía confundir la excitación de él palpitando contra su cuerpo. La invadió una sensación caliente, que se instaló en su bajo vientre cuando él profundizó el beso al tiempo que le bajaba las manos por los costados, creando un sendero de calor dondequiera que la tocaba. Encontró la cremallera de su vestido y la bajó.

Cuando le puso los dedos en la piel, Jasmine dio un respingo.

Él alzó la cabeza.

–Tu piel es muy suave y sedosa –murmuró con voz ronca.

–Gracias –respondió ella. Se encogió, nerviosa de pronto. La primera vez que había hecho aquello había terminado muy mal. La segunda había sido aún peor. ¿Y si la tercera no tenía suerte?

Dejó de pensar cuando él le agarró la cadera. Como quería experimentar todavía más su calor, alzó la cabeza y recorrió la boca de él con su lengua.

Reyes lanzó un respingo.

–Espero que me perdones –murmuró, plantando besitos en la cara de ella.

–¿Por qué? –consiguió preguntar ella.

Él se colocó mejor contra ella.

–Llevo tiempo sin hacer esto. Me gustaría ir despacio.

Jasmine se sonrojó.

–Oh. Sí, bueno, yo también llevo tiempo.

Él la miró con una expresión que casi parecía de alivio. Jasmine le acarició la mejilla y Reyes pasó su boca por la muñeca de ella y la bajó por su brazo hasta lamerle la curva del codo.

Jasmine lanzó un gemido y él, incitado por su respuesta, se bajó de la cama y empezó a desnudarse. Ella lo miró cautivada. Cuando vio su torso desnudo, se le hizo la boca agua. Sus dedos ansiaban tocar y explorar. Se agarró a la colcha y se mantuvo inmóvil, adorando su belleza con los ojos.

Reyes terminó de desnudarse con impaciencia y se quedó ante ella gloriosamente desnudo. Era un hombre espectacular. Se acercó más a la cama y ella miró fascinada cómo se movían sus músculos bien delineados bajo la piel.

Él se reclinó a su lado.

–Te quiero desnuda.

Poniendo en práctica sus palabras, le apartó el pelo, deslizó una mano bajo el tirante fino del vestido y lo bajó por el hombro.

Miró sus pechos como si quisiera recordarlos para siempre. Tiró del sujetador y desnudó un pezón. Bajó la cabeza y se lo metió en la boca. Lo acarició y atormentó. Sus dedos se detuvieron un momento en la cicatriz del hombro de ella, un recuerdo de su turbio pasado.

Jasmine contuvo el aliento esperando una pregunta. Él siguió acariciándola y, cuando volvió su atención al otro pecho, ella gimió de placer y alivio.

Sintió confusamente que le quitaba el vestido. Las bragas y el sujetador siguieron el mismo camino, descargados por manos ansiosas que acariciaban su piel con maestría.

Entre sus piernas se acumulaba humedad, algo que los dedos exploratorios de Reyes no pasaron por alto cuando posó una mano posesiva en su núcleo femenino.

Alzó la cabeza desde el pezón y la miró con fiereza.

–Creo que no iré despacio después de todo. Tengo que poseerte ahora.

Los siguientes segundos resultaron borrosos. Jasmine apenas registró el sonido del paquetito del preservativo. Él la abrazó casi enseguida, se colocó entre sus muslos y la miró a los ojos.

La penetró con rapidez, con fuerza, y estableció en el acto un ritmo ardiente que la dejó incapaz de pensar.

Su apareamiento fue furioso. Embriagador de un modo que ella jamás había soñado que pudiera ser el sexo. Gritó cuando alcanzó el primer clímax. Él paró sus gritos con besos, casi avaricioso en la posesión de su boca, y aflojó luego el ritmo solo lo suficiente para frenar los espasmos de ella.

Entonces se puso de rodillas, la colocó delante de él y la penetró desde atrás. Mientras la embestía una y otra vez, sujetándola por la

cintura con un brazo, pronunciaba palabras guturales e indescifrables en español. A Jasmine se le cerró la garganta por la emoción y el corazón le latió con fuerza. Sus ojos se llenaron de lágrimas por aquella magia que no había ido a buscar pero que había encontrado milagrosamente.

Alzó un brazo detrás de sí, aferró el cuello de él, volvió la cabeza y lo besó en los labios. Siguieron así, con sus cuerpos húmedos de sudor balanceándose adelante y atrás hasta que él se tensó y en su pecho resonó un gemido duro, seguido por convulsiones que desencadenaron el segundo orgasmo de ella.

Siguió abrazándola cuando ambos cayeron jadeantes sobre la cama. Le apartó el pelo húmedo de la cara y la besó con gentileza en la sien.

–Cuando llegué esta noche al museo, no pensaba en absoluto que la noche acabaría así –comentó.

–Yo tampoco –murmuró ella.

–Has estado maravillosa –susurró él.

Jasmine sonrió contenta.

–Tú tampoco lo has hecho mal.

Él se echó a reír. Se apartó de ella y se levantó.

–Ven –dijo–. Tengo una necesidad repentina de ver tu cuerpo mojado.

Tiró de ella hasta el cuarto de baño. Abrió varios grifos de la ducha, probó el agua con las manos y se volvió hacia ella.

Le dio un beso en la unión del cuello y el hombro y le sujetó el pelo encima de la cabeza con movimientos rápidos y eficientes.

La agarró por los hombros, entró con ella en el cubículo neblinoso y procedió a estrujar hasta la última gota de placer de su cuerpo.

Después, envuelta ya en una toalla esponjosa, Jasmine observó de nuevo el cuerpo masculino de él.

–Me alegro de haberte conocido esta noche –dijo.

Sus ojos se encontraron y ambos sostuvieron la mirada.

–Yo siento lo mismo –repuso él.

Los dos apartaron la vista a la vez.

Volvieron a la cama y esa vez hicieron el amor despacio, con languidez, en una unión sin prisas que provocó emoción en el pecho de ella y lágrimas en sus ojos. Inmediatamente después, Reyes se quedó dormido.

A Jasmine la despertó el zumbido de su teléfono móvil dentro de su bolso. La llamada solo podía ser de Inglaterra. Y como era improbable que su jefe la molestara estando de vacaciones, solo podían ser sus padres... o Joaquín.

Reyes yacía boca abajo con la cabeza mirando al otro lado. Ella bajó

de la cama y tomó el teléfono.

–Hola.

–¡Jasmine! –la voz de su madre sonaba frenética–. ¿Dónde estás? Se lo han llevado. Oh, Dios mío, le han roto el brazo y luego se lo han llevado.

La joven salió de puntillas y recorrió el pasillo hasta el estudio de Reyes.

–Mamá, respira hondo y dime lo que ha pasado.

–Unos hombres han entrado en casa y se han llevado a Stephen.

–¿Qué? ¿Cuándo?

–Hace una hora. No han dicho adónde iban, pero le han pegado, Jasmine. ¿Y si... y si lo matan? –la voz de su madre se quebró en un sollozo estrangulado.

Jasmine apretó el teléfono con fuerza para parar el temblor de su mano.

–Estoy segura de que no lo harán –dijo–. ¿Han dicho algo?

–Han dejado un número de teléfono y me han dicho que te lo dé a ti para que llames. Jasmine, no sé lo que haré si le ocurre algo a Stephen. ¡Oh, Dios mío!

Jasmine respiró hondo.

–Tranquilízate –musitó–. Mándame un mensaje con el número. Yo arreglaré esto, te lo prometo.

La despedida llorosa de su madre le partió el corazón. Empezaba a marcar el número que le envió su madre cuando su teléfono vibró con otro mensaje entrante: *Una hora. Hilton Río. Habitación 419. Un sencillo intercambio. Buena suerte.*

Jasmine volvió al dormitorio con pasos pesados. Reyes seguía durmiendo. Ella se estremeció.

No tenía elección.

Había estado dispuesta a renunciar a su despreciable misión aunque eso implicara revelar los delitos de su padrastro a las autoridades y su posible encarcelación.

Pero, si hacía eso, jamás podría vivir consigo misma.

En cuanto a Reyes...

Se mordió el labio inferior y apartó la vista del hombre que yacía en la cama. Se vistió en silencio y volvió al estudio. Reyes no había vuelto a guardar el tratado en la caja fuerte. Jasmine se acercó al escritorio, abrió la carpeta y tomó los pesados papeles. Las palabras de Joaquín resonaron en su cabeza.

«Yo solo soy un ciudadano preocupado de Santo Sierra que quiere estar seguro de que los actos de mi príncipe son altruistas, señorita Nichols. Nada más».

Jasmine apretó los dientes. No tenía dudas de que el príncipe Reyes se preocupaba por su gente, los motivos de Joaquín eran más

sospechosos. Pasara lo que pasara, no perdería de vista aquellos documentos.

Respiró hondo, metió el tratado en la carpeta, salió al pasillo y fue a la cubierta a recuperar sus zapatos. Con ellos agarrados contra el pecho, se dirigió hacia las escaleras que llevaban a la rampa de desembarco.

Un guardaespaldas apareció a su lado, grande y amenazador. Jasmine se enderezó y alzó la barbilla, avergonzada y agradecida porque sus antiguas mañas acudieran en su ayuda.

«Nunca muestres miedo».

–¿Puedo conseguir un taxi, por favor? –preguntó, rezando para que el hombre supiera suficiente inglés para entenderla.

Él tardó unos segundos en contestar. Al fin asintió y señaló la salida.

A pesar de lo avanzado de la hora, en la calle al lado del muelle había gente y coches, pues la vida nocturna de Río seguía animada después del Carnaval. Dos guardaespaldas más vigilaban la rampa de desembarco e intercambiaron unas palabras con el que la escoltaba a ella, quien dijo algo que hizo reír a los otros. Jasmine procuró permanecer tranquila y regular su respiración.

Veinte minutos después, entraba en el vestíbulo del Hilton de Río. La recepcionista de noche le indicó los ascensores sin ningún problema.

Cuando llegó a la habitación, un empleado grueso de Joaquín le abrió la puerta. Ella entró. Joaquín, un hombre bajito, se levantó de un sofá de color crema.

–¿Qué ha hecho con mi padrastro? –preguntó ella.

Joaquín sonrió.

–Nada, señorita Nichols. Está disfrutando de la hospitalidad de mi casa de Londres hasta que concluyamos nuestro negocio.

–Le han roto el brazo.

–Ah, eso ha sido muy desafortunado. Mis hombres solo querían asegurarse de que todo el mundo entendía lo que había que hacer. Pero él se ha puesto algo nervioso.

Jasmine lo miró con rabia.

–¿Y por eso le han roto el brazo? Es usted un canalla.

–Yo tendría cuidado con los insultos. Ha estado usted algo más de cinco horas en el yate del príncipe. Y no creo que haya ido allí contra su voluntad.

–¿Me ha vigilado?

–Tengo mucho interés en este asunto. Es imperativo que entienda eso –miró el bolso de ella.

–Usted no es simplemente un ciudadano de Santo Sierra preocupado, ¿verdad? –preguntó Jasmine.

Joaquín se encogió de hombros.

–No. Yo vivo en Valderra.
Jasmine lo miró sorprendida. ¿Dónde se había metido?
–¿Por qué hace esto? –susurró–. ¿Trabaja para el príncipe Méndez?
–Basta de preguntas. El documento, por favor –dijo él con frialdad.
–No –Jasmine miró la puerta–. No se lo daré.
Se giró y se encontró con el pesado cuerpo del guardaespaldas. Este entrecerró los ojos, le quitó el bolso y sacó el tratado.
Jasmine se había visto envuelta en peleas suficientes para saber en cuáles tenía posibilidades y cuáles eran desesperadas.
Joaquín leyó los papeles con ojos brillantes y enrolló el documento.
–Gracias, señorita Nichols. Creo que esto concluye nuestro negocio.
Empezó a volverse. Ella, enferma de autodesprecio, se adelantó unos pasos.
–Espere. Por favor, dígame que devolverá el tratado al príncipe Reyes antes de mañana.
–Usted no necesita preocuparse por eso –respondió Joaquín–. Me aseguraré de que llegue a las manos indicadas.
Las manos de ella se llenaron de sudor.
–Pero, si no se devuelve el documento esta noche, el príncipe sabrá que lo he robado yo.
–¿Y qué importa eso? Es altamente improbable que el príncipe y usted se vuelvan a ver, ¿no? Además, a juzgar por el pasado, yo pensaba que no le importaría mucho algo tan trivial como su reputación –se burló él.
–Ya no soy esa persona. He cambiado de vida.
–Eso lo dice usted. Pero el que es delincuente una vez, lo es siempre. No le ha costado mucho volver a hacerlo.
Ella alzó la cabeza.
–Yo no tengo que probarle nada a usted –la ansiedad le quemaba en el estómago–. ¿Qué hay de Stephen?
–Estará en casa a la hora del desayuno. Adiós, señorita Nichols.
Joaquín salió de la habitación.
–¿Taxi? –preguntó el guardaespaldas con gesto burlón.
–No, gracias. Ya lo buscaré yo.
Volvió a su hotel cuando los primeros rayos de sol cruzaban el cielo. Sacó la maleta del armario y guardó sus pertenencias. Se desnudó y entró en la ducha esforzándose por no pensar ni sentir, pero las lágrimas rodaban por sus mejillas mientras frotaba desesperadamente su piel.
Esa noche había caído muy bajo. Había mentido y había robado.
Había regresado a su antiguo ser.

Capítulo 4

Un mes después

Abril había puesto fin al frío y la lluvia incesantes que habían envuelto Londres y la mayor parte del país durante meses.

Jasmine salió de la estación de metro de Temple y tropezó con un grupo de turistas. Echó a andar hacia el edificio donde estaba su oficina. Aunque procuraba no pensar, no podía evitar el dolor interior que la acompañaba constantemente.

Había sido una ingenua al imaginar que podría escapar ilesa. Reyes Navarre sabría ya lo que era y la despreciaría por ello. Y Jasmine podía sentir su decepción a pesar de los miles de kilómetros que los separaban.

«He confiado más en ti esta noche que en ninguna otra persona en mucho tiempo».

Jasmine lanzó un gemido. Movió la cabeza y respiró hondo. Se acercaba al edificio de su oficina.

Su jefe llevaba varios días mirándola con preocupación. Esa semana había olvidado dos veces que le tocaba a ella llevar el café y los bollos.

El día anterior había tenido náuseas. Y estas no habían terminado.

Estaba bien estar ausente del mundo cuando se hallaba a solas. De hecho, era algo que deseaba para no pensar. Pero no podía permitir que eso afectara a su trabajo.

Un cuerpo chocó contra ella. Se agarró donde pudo para no caer, pero era demasiado tarde. Se deslizó de lado, arrastrando con ella la mitad del contenido del quiosco de prensa al que se había aferrado.

–¡Por el amor de Dios, señorita, mire lo que ha hecho!

Jasmine miró con rabia la espalda del hombre que había chocado con ella, se incorporó y empezó a recoger las revistas.

–Lo siento mucho –murmuró.

–Tardaré siglos en colocar los periódicos –gruñó el dueño del quiosco.

–No se preocupe, le pagaré por... –a Jasmine se le secaron las palabras en la garganta.

El chispazo eléctrico que atravesó su cuerpo la dejó sin aliento. Su corazón se aceleró y envió un torrente de sangre rugiendo por sus venas, así que no oyó las voces de preocupación que la rodeaban, pues

tenía la vista fija en la foto de la primera página.

Era Reyes.

Le temblaron los dedos. El huraño príncipe Reyes estaba en la primera página de un periódico inglés. La razón apareció ante sus ojos un momento después, en el titular de la noticia.

El tratado de comercio Santo-Valderra corre peligro. La economía se ve amenazada.

Un gemido de angustia atravesó la garganta de Jasmine.

–Señorita, ¿se encuentra bien? –preguntó el dueño del quiosco.

Ella, temblando, sacó el monedero y pagó el periódico. Murmuró al vendedor que se quedara el cambio para compensar por los daños que había causado.

Corrió entre la multitud apretando el periódico y, una vez en su despacho, lo abrió con manos temblorosas.

Las conversaciones entre Santo y Valderra se habían interrumpido porque el príncipe Reyes Navarre no había podido aportar su parte del tratado. El príncipe Méndez de Valderra había aceptado continuar con las conversaciones pero había impuesto más exigencias y, cuando estas no habían sido aceptadas, se había retirado de la mesa de negociaciones. Ahora la economía de ambos reinos estaba en punto muerto.

Jasmine se levantó de su mesa y apenas consiguió llegar al baño a tiempo de vaciar el pobre contenido de su estómago.

Todo aquello era culpa suya.

Temblorosa, regresó a su escritorio, leyó de nuevo el artículo y levantó el teléfono. Su jefe había salido la noche anterior de viaje al extranjero. Le envió un correo electrónico breve para decirle que se tomaba el día libre y buscó la embajada de Santo Sierra en Londres. Anotó la dirección y salió de la oficina.

Cuando la dejó un taxi en la puerta de la embajada en Kensington, temblaba todavía por dentro. Se acercó a la recepcionista sin tener todavía ningún plan claro. Solo sabía que tenía que hacer algo.

–¿Qué desea?

Jasmine carraspeó.

–¿Puedo ver al embajador, por favor?

–¿Tiene una cita?

–No, pero... es importante –musitó Jasmine.

La recepcionista movió la cabeza.

–Puede dejarme su nombre y el motivo de su visita y le organizaré una cita.

Jasmine reprimió una mueca.

–Me llamo Jasmine Nichols y se trata del tratado Santo-Valderra.

La otra mujer entrecerró los ojos con recelo.

–¿Qué del tratado?

–Acabo de leer en la prensa que se ha interrumpido y quería ofrecer mi ayuda.

La recepcionista la miró en silencio. Sonó el teléfono y contestó. La conversación, en un español rápido, resultó incomprensible para Jasmine, que prestó atención cuando oyó que la mujer daba un respingo y decía:

–Sí, Alteza –abrió mucho los ojos y colgó el auricular–. Por favor, tome asiento, señorita Nichols. Alguien estará con usted en un momento.

–Oh, gracias –dijo Jasmine–. Sé que está ocupado, pero se lo agradezco mucho –echó a andar hacia unos sillones cercanos, pero se detuvo al sentir náuseas–. ¿Puedo usar el baño? –preguntó alarmada.

La recepcionista señaló un pasillo.

–Es aquella puerta.

Jasmine corrió allí y cerró tras de sí. Después de cinco minutos vomitando, se lavó la cara y las manos y salió del baño.

Y se encontró cara a cara con el príncipe Reyes Navarre.

El golpeteo que se había iniciado en la cabeza de Reyes al oír que Jasmine Nichols estaba en su embajada había disminuido hasta convertirse en un palpitar apagado.

Por un momento, su rabia había sido absoluta. La audacia de aquella mujer era monumental. Al darse cuenta de que el embajador estaba a punto de despedirla, había intervenido. No había explicado sus motivos a los presentes en la sala de conferencias. No era necesario.

Vio con satisfacción que ella palidecía y abría mucho los ojos.

–¡Reye... Príncipe Navarre!

–Tiene que llamar Alteza al príncipe –dijo el embajador, situado al lado de Reyes.

Jasmine parpadeó. Reyes se fijó por primera vez en su rostro demacrado. Apretó la mandíbula cuando vio que ella bajaba las pestañas en un gesto falso de disculpa.

–Perdón, Alteza. No esperaba verle aquí –se mordió el labio inferior y Reyes aplastó en ciernes los recuerdos de la noche pasada con ella.

Se volvió hacia uno de sus guardaespaldas.

–Tengo que tratar un asunto confidencial con la señorita Nichols. Bájela al sótano. No puede hablar con nadie ni salir de aquí hasta que yo lo diga.

–¿Qué? No puede hacer eso –ella palideció aún más.

Reyes sonrió.

–Está en suelo de Santo Sierra. Puedo hacer lo que quiera con usted.

–Pero he venido a ayudar. Por favor, Reyes... Alteza –su miedo

parecía muy real.

Reyes se alejó. No volvería a dejarse engañar por segunda vez.

Había fallado a su pueblo por culpa de aquella mujer. Cuando había descubierto el robo, había esperado que fuera una alucinación. Le había costado mucho creer que había bajado la guardia de aquel modo.

En el tiempo transcurrido desde entonces, podía haber contratado un equipo de investigadores que la buscaran y la llevaran ante los tribunales, pero eso no habría servido para otro propósito que darle una satisfacción personal. Y la venganza personal no era lo primero en su lista. Lo primero eran las conversaciones con Valderra.

Por supuesto, Méndez había aprovechado la oportunidad para meter aún más las manos en los cofres de Santo Sierra. Su avaricia amenazaba con desestabilizar la economía y las acciones de Jasmine Nichols habían acelerado el proceso.

Reyes respiró hondo para concentrarse a través de la rabia y la amargura que lo devoraban. No había tiempo para recriminaciones. Tenía que dejar a un lado sus sentimientos por el bien de su padre y de su pueblo.

Primero salvaría la economía y después lidiaría con Jasmine Nichols.

Jasmine apartó la bandeja de té y sándwiches. No se sentía capaz de tomar nada. Respiró hondo, cruzó las manos en el regazo y rezó en silencio para pedir fuerzas.

La habitación en la que estaba era bastante cómoda. En una esquina había sofás suntuosos alrededor de una mesa baja de café. Una mesa de conferencias ocupaba gran parte del espacio y en el otro extremo de la pared había una gran pantalla de televisión y una cámara.

La luz roja parpadeó, indicándole que estaba siendo observada. Hacía dos horas que la habían llevado allí. Por suerte, sus náuseas habían terminado, pero su ansiedad no había hecho sino aumentar.

Como no podía permanecer sentada, paseaba por la estancia retorciéndose las manos. Había sido una tonta al pensar que ella, una mediadora de una firma pequeña, podría ayudar a rectificar la situación que había provocado.

Por lo que sabía, Reyes quizá se había ido ya. El periódico decía que estaba de gira por varios países europeos para buscar apoyo económico para Santo Sierra. Si la había dejado allí, probablemente la procesarían por traición y acabaría en una cárcel de Santo Sierra.

Se acercó a la cámara.

–¿Puedo hablar con Su Alteza, por favor? No llevará mucho tiempo, lo prometo. Solo necesito cinco minutos. Por favor.

La luz parpadeó y ella se giró, sintiéndose como una tonta, y paseó un poco más. Pasaron dos horas más.

Estaba a punto de subirse por las paredes cuando la puerta se abrió por fin. Corrió hacia allí, pero se detuvo cuando entró otro guardaespaldas con una bandeja, en la que había varios platos con tapas, arroz aromático y una jarra de zumo de granada.

–Su comida –dijo el hombre, con un fuerte acento extranjero.

Jasmine tenía hambre, pero se obligó a negar con la cabeza.

–No, no comeré hasta que hable con Su Alteza.

El guardaespaldas volvió a salir y cerró con llave. Pasó media hora más antes de que la puerta se abriera de nuevo.

Reyes apareció en el umbral.

–Quería verme –dijo. Entró en la habitación y la puerta se cerró tras él.

Ahora que lo tenía allí, Jasmine no sabía cómo empezar. Asintió, esforzándose por ocultar la culpa que la corroía por dentro.

–Sí, creo que puedo ayudar con su… situación.

–¿Ayudar? –él frunció el ceño–. ¿No cree que ya ha hecho bastante?

–Por favor. Estoy intentando arreglar las cosas como pueda. Por favor, dime lo que puedo hacer y lo haré, Reyes.

Él le lanzó una mirada helada.

–Tiene que tratarme de Alteza. El privilegio de tutearme lo tuvo solo durante un día y abusó de él con la mayor atrocidad imaginable. Y señorita Nichols…

–¿Sí?

–Sugiero que coma. No disfrutará mucho más tiempo del lujo de una comida de tres platos.

Capítulo 5

POR qué dice eso? –preguntó Jasmine.

–Porque su situación es precaria. Cuando cuente su crimen al embajador y a los miembros del Consejo, su destino quedará sellado.

–Pero no lo ha hecho todavía. Y antes ha dicho que nuestros asuntos eran personales.

–Solo quería decir que tengo asuntos más importantes que atender –él apretó los labios en una sonrisa sombría–. Recibirá su merecido. Mi intención era lidiar con usted en una fecha futura. No creía que fuera tan tonta como para cruzarse conmigo todavía, pero quizá la vea sufrir mucho tiempo –miró la bandeja de comida fría y apretó la mandíbula–. Le traerán otra. Coma.

Se dirigió a la puerta.

–Espere, por favor.

–¿Qué?

–¿Quiere comer conmigo? Mientras comemos, puedo contarle por qué he venido aquí. Por favor.

Él negó con la cabeza.

–Es usted muy audaz, de eso no hay duda. Pero rechazo su oferta, señorita Nichols. ¿Algo más?

Ella cerró los ojos un momento.

–Por favor, dígame lo que puedo hacer para arreglar esto. Haré lo que sea.

Él enarcó una ceja.

–No creo ni una palabra que venga de usted, así que ahórrese el esfuerzo.

Jasmine se lamió el labio inferior.

–No puede dejarme aquí eternamente.

–¿No?

–Bueno, supongo que sí. Pero, por favor, no lo haga –Jasmine volvía a tener náuseas y creía que no podría soportar estar encerrada allí ni un minuto más.

Él sonrió con fiereza.

–No tema, querida, nos ocuparemos de sus pecados a su debido tiempo.

Salió y ella paseó con desesperación una hora más por la estancia hasta que el agotamiento le paralizó las piernas.

Se quitó los zapatos y se tumbó en el sofá. En el sótano no había

ventanas y no había mando a distancia para la televisión. No sabía cuánto tiempo había pasado porque le habían quitado el bolso y el teléfono. La segunda bandeja que Reyes había ordenado llevarle se había enfriado también, al coincidir su llegada con otro episodio de náuseas.

Eso, combinado con el agotamiento, la convenció de que había pillado algún tipo de virus.

Se desperezó e intentó cubrirse lo más posible las piernas con la falda. Cerró los ojos y se sumió en la oscuridad.

–Jasmine, despierta.

–Umm –ella intentó cubrirse con la manta que le habían echado por encima, pero se lo impidió una mano que le sacudía los hombros.

–Despierta.

Ella gimió y abrió los ojos.

–¿Qué?

Vio a un hombre, probablemente un doctor, a juzgar por el estetoscopio que le colgaba del cuello. Se encogió y alzó una mano cuando él le puso una luz en los ojos.

Un dolor agudo le subió por el brazo.

–¡Ay!

–No te muevas. Tienes una aguja intravenosa en el brazo.

La voz profunda de Reyes era inconfundible. Dijo algo en español y, un momento después, tenía un vaso de agua en la mano y acercaba una pajita a los labios de ella. Alguien le puso una almohada blanda debajo de la cabeza.

–Reyes... ¿Qué...?

–No intentes hablar –repuso él.

Habló con el doctor en español y este asintió repetidamente y dio unos golpecitos a Jasmine en el hombro.

–¿Qué dice? ¿Qué me ha pasado? ¿Por qué tengo una aguja en el brazo?

Reyes la miró de hito en hito.

–Te quedaste dormida, pero no respondías cuando intenté despertarte.

El doctor dijo algo en español.

–¿Estás tomando alguna medicina? –preguntó Reyes.

Jasmine negó con la cabeza. Se fijó por primera vez en lo que la rodeaba.

–¿Dónde estoy?

–En mi suite, en el ala de invitados de la residencia del embajador.

El doctor volvió a hablar con Reyes y, unos minutos después, se despidió con una inclinación de cabeza y salió de la habitación.

Jasmine miró la barra al lado de su cama, de la que colgaba una bolsa con suero.

–Me gustaría saber qué es lo que pasa, si no es mucha molestia.

Reyes apretó los labios.

–Estás deshidratada y algo desnutrida. El suero te ayudará. Y he pedido que te traigan más comida. ¿Cuánto hace que no comes?

–No lo sé. Desde ayer por la tarde. No tengo mucho apetito últimamente.

Sus ojos se encontraron con los de él. Ambos sostuvieron la mirada. Reyes dio una orden en español. Entró un guardaespaldas, la miró y asintió.

–¿Qué pasa ahora? –preguntó ella.

Reyes no contestó. Se volvió y entró en una habitación adyacente.

–Su Alteza quiere que vaya a su casa y le traiga algunas cosas antes de marcharnos –explicó el guardaespaldas en un inglés imperfecto.

Jasmine se quedó diez segundos paralizada por la sorpresa.

–¿Marcharnos? Yo no voy a ninguna parte.

–Usted tiene que hacer el equipaje, señorita. Nos vamos mañana.

Reyes volvió a entrar en el cuarto. Despidió al guardaespaldas con un gesto y esperó a que se cerrara la puerta antes de hablar con ella.

–Esto no es una petición, es una orden. Yo me marcho por la mañana y tú vendrás conmigo.

Jasmine sintió la boca seca.

–Tengo una vida, un trabajo... –musitó con desesperación.

–Mañana te despedirás.

Ella lo miró suplicante.

–Por favor, no hagas eso, Reyes.

Él achicó los ojos.

–Despídete o tendré el placer de informar a tus superiores de cómo eres en realidad. Después de entregarte a las autoridades, claro.

Ella suspiró.

–Eres una ladrona, Jasmine Nichols –dijo él entre dientes–. No solo me robaste a mí, le robaste a mi pueblo. Nos hiciste perder años de negociaciones.

Jasmine lo miró avergonzada.

–Lo siento. Lo que pasó no tenía que haber pasado. No debí llevarme el tratado –no pudo evitar el sollozo que subió por su garganta. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Para ocultarlas, le dio la espalda a él y se metió un puño en la boca.

Pero él la oyó.

–Lágrimas –comentó–. ¡Qué original! –exclamó con desprecio–. Ahórrame este histrionismo. Yo sé que no tienes corazón.

Ella volvió la cabeza entonces. Reyes estaba al lado de la ventana con las manos en los bolsillos. Jasmine sabía que merecía sus

acusaciones, pero tenía que hacerle ver que no era tan mala.

–Sé que lo que hice estuvo mal. Y tengo corazón o no estaría aquí intentando arreglarlo.

Una sonrisa cruel entreabrió los labios de él.

–Pues lo siento por ti, porque vas a pagar por tu traición. Y cuando acabe contigo, sentirás que te han arrancado del pecho ese corazón que afirmas poseer.

Reyes la vio abrir mucho los ojos. Los mismos ojos que lo habían mirado con adoración la noche de su yate. Los ojos en los que se había sumergido cuando la había penetrado.

Ojos engañosos y falsos que habían vuelto su lujuria contra él. Todavía le molestaba saber que no lo había visto venir, que había sido engañado por segunda vez en su vida.

Engañado por una mujer que había afirmado ser una cosa y había resultado ser otra.

Y esa vez las consecuencias amenazaban con ser peores.

Anaïs había arruinado una vida, destrozado una familia. Las acciones de Jasmine ponían en peligro a miles de personas y él tenía intención de hacerle pagar por sus pecados. Las lágrimas de ella solo servían para fortalecer su resolución. Las había visto muchas veces antes. En Anaïs y en su madre.

Apretó los dientes.

–¿Quién te contrató para robar el tratado? ¿Fue Méndez?

–No. No me contrató nadie.

–¿Fue un robo oportunista? ¿Se presentó el momento y lo aprovechaste? ¿Pero por qué? ¿Con qué fin? ¿Chantaje?

Vio que ella se encogía y sintió cierta satisfacción. Al menos demostraba que no era tan insensible como pensaba. O quizá no le gustaba que le señalaran sus defectos.

Ella alzó una mano.

–No... Sí, fue chantaje, pero tú no comprendes...

Llamaron a la puerta y entró un empleado con una bandeja. Reyes la tomó y se acercó a la cama. Esperó a que Jasmine se sentara contra las almohadas y se la puso en el regazo.

–Te la meteré a la fuerza de ser necesario, pero tú comerás esto, ¿entendido? –no quería ver su palidez ni recordar la ansiedad que había sentido cuando no había podido despertarla.

Ella miró la bandeja.

–Parece que he recuperado el apetito.

Reyes se apartó.

–Están recogiendo cosas en tu casa. Mi avión saldrá mañana por la mañana. Espero que estés preparada.

Se dirigió a la puerta para no verse tentado a hacer alguna tontería como quedarse a verla comer.

Capítulo 6

DE VERDAD no hay otro modo de que pueda arreglar lo que hice?

Reyes tomó la bandeja vacía y se la dio a un empleado próximo.

–No. Tú te vienes conmigo.

Ella apretó los dientes con miedo.

–¿Vamos a Santo Sierra?

–Sí. La justicia allí es más rápida. Pero, si prefieres quedarte encerrada en el sótano de aquí y pasar ahí los meses que la burocracia inglesa tardará en llevarte a juicio y extraditarte, tienes hasta mañana para decidirlo. En ese caso, te abandonaré a merced del embajador.

Ella palideció.

–Estoy segura de que he sufrido cosas peores, pero creo de verdad que no es necesario llegar a eso.

Su respuesta sorprendió a Reyes, pero no lo dio a entender. La miró con curiosidad. ¿A cuántos hombres más había engañado con su cuerpo para robarles?

Sintió rabia.

–Mencionaste a tu familia –comentó–. ¿Saben que eres una ladrona?

Ella frunció los labios.

–¿Estarán dispuestos a perder todo lo que tienen para compensar al pueblo de Santo Sierra?

Jasmine respiró hondo.

–Esto no tiene nada que ver con mi familia.

–En eso te equivocas. Tú perjudicaste a mi pueblo, mi familia. Es justo que tu familia y tú nos compenséis por ello.

–No. Por favor...

–Bastaría una llamada de teléfono para reunirnos a todos. Santo Sierra tiene un tratado de extradición con el Reino Unido.

–No. No es necesario llegar a eso.

–¿O prefieres que deje a tu familia al margen?

Ella suspiró derrotada.

–Si así dejas en paz a mi familia, iré contigo adonde quieras.

Reyes se volvió y salió de la estancia.

La puesta de sol teñía las colinas de rojo y naranja cuando el coche recorría la carretera que llevaba a la finca española de Reyes. Hacía bastante rato que Jasmine había dejado de intentar memorizar su

paradero. Solo sabía que estaban en algún lugar del norte de España.

Horas antes habían dejado atrás las playas turísticas de Barcelona. Ahora veían pocas casas y pasaban algún pueblo de vez en cuando.

Reyes estaba sentado a su lado, pero podía haber estado a miles de kilómetros. No se había quitado las gafas de sol ni había dejado de hablar por el móvil en todo el camino. Por lo poco que ella había podido entender, planeaba encuentros con ministros del gobierno y con su gente en España.

–¿Adónde vamos exactamente? –preguntó ella, aprovechando un momento en el que él terminó una llamada.

–A mi finca de Zaragoza –repuso él.

–¿Y cuánto tiempo estaremos allí?

–El que sea necesario.

–Mi familia estará preocupada si no les digo cuánto tiempo pasaré fuera –comentó ella.

Su madre se había mostrado confusa cuando había llamado para decirle que se iba de vacaciones y no sabía cuándo regresaría. Stephen había sido aún más difícil de convencer. Jasmine lo había esquivado desde su regreso de Río, pero sabía que su padrastro sospechaba que ella tenía algo que ver con el hecho de que él hubiera quedado de pronto libre de deudas y de la posibilidad de ir a la cárcel.

–Y tú siempre procuras mantener la apariencia de que eres una buena hija, ¿verdad? –preguntó Reyes con desprecio–. Parece que has conseguido engañarlos todos estos años.

Jasmine se mordió los labios para no replicar. Su madre se preocupaba cuando no tenía noticias suyas, debido a su pasado.

Él se quitó las gafas de sol y las guardó en el bolsillo de la camisa.

–Tu padre, Stephen Nichols, trabaja para el Gobierno británico, ¿verdad?

Ella lo miró sobresaltada.

–Es mi padrastro, pero... ¿qué tiene que ver eso?

–Solo intento hacerme una idea. ¿Y a qué se dedica tu madre?

Jasmine se lamió los labios secos.

–También es funcionaria.

–O sea que, a todos los efectos, ambos son ciudadanos honrados, ¿no?

Ella intentó que no se notara lo mucho que la perturbaba esa conversación.

–Si vas a llegar a alguna parte con esto, ve al grano, por favor –dijo.

–Solo me pregunto cómo te alejaste tú tanto del camino recto.

Jasmine apartó la vista.

–Tú no sabes nada de mí.

El rostro de él se endureció.

–Sé que conseguiste destruir el tratado comercial de mi país. ¿No

crees que es suficiente?

–Lo siento –murmuró ella–. Pero, técnicamente, Méndez es también responsable.

–Y puesto que todo apunta a que tú trabajas para él, ¿la conclusión no es la misma?

Ella volvió a mirarlo.

–No. Te equivocas. Yo no trabajo para Méndez.

–¿En serio? Trabajas como mediadora, ¿no?

Jasmine asintió.

–¿Y los tres últimos años te has especializado en acuerdos comerciales entre empresas latinoamericanas?

Ella frunció el ceño.

–¿Cómo sabes todo eso?

–Cuando nos conocimos, me dijiste que habías seguido con interés las conversaciones del tratado –continuó él.

Jasmine no conseguía entender su razonamiento.

–¿Y tú crees que con lo de interés me refería a sabotearlo? ¿Con qué objetivo?

–Económico. ¿Cuál si no?

–Investiga mis finanzas, si quieres. Te sorprenderá ver que no soy tan rica como crees.

–Eres demasiado inteligente para tener a la vista los frutos de tus traiciones. ¿Crees que tampoco encontraré pruebas si amplío mi red un poco más… digamos a tus padres?

Jasmine palideció. Lo último que quería era que Reyes empezara a hurgar en los asuntos de Stephen. Si lo hacía, podría salir a la luz el tema del juego y de su relación con personas como Joaquín Esteban.

Su padrastro había sufrido a manos de los hombres de Joaquín. El episodio le había producido una angina de pecho que lo había llevado una semana al hospital. Esa experiencia lo había despertado lo suficiente para empezar terapia para abandonar el juego. No necesitaba que Reyes devolviera el caso a su vida.

–Te veo alterada –comentó Reyes, mirándola a los ojos–. ¿Quiénes fueron los beneficiarios si no fueron tus padres? ¿Tu amante?

–¿Qué importa eso? –Jasmine se encogió de hombros–. Fui yo la que lo hizo, ¿no?

Reyes se puso tenso a su lado. Ella apretó las manos en el regazo. «Fui yo». No era la primera vez que pronunciaba esas palabras. Pero en otro tiempo había confiado en que sería la última.

Cerró los ojos con fuerza, respiró hondo, volvió a abrirlos e intentó suplicar.

–Fui yo y estoy dispuesta a pagar las consecuencias. Solo dime lo que tengo que hacer –porque cuanto antes pagara por ello, antes podría dejar todo eso atrás.

Capítulo 7

REYES se sentía cautivado por la confesión de ella. No conseguía apartar la vista del candor franco de su rostro. Por primera vez en su vida, se encontró sin habla.

«Fui yo».

La miró y ella le devolvió la mirada sin parpadear. En contra de su voluntad, Reyes sintió que se le calentaba la sangre y se le aceleraba el corazón. Respiró hondo. Jasmine se lo había puesto fácil. Ya no tenía que molestarse en interrogarla. Había admitido su culpa y tenía su confesión. El castigo esperaría hasta que él hubiera lidiado con asuntos más importantes.

–Gracias –murmuró, antes de apartar la vista.

–¿Por qué? –preguntó ella.

–Por ahorrarme el tiempo y la energía de interrogarte. ¿A quién le diste el tratado?

Ella negó con la cabeza.

–Eso no puedo decírtelo.

–Te equivocas. Cuando llegue el momento, me darás el nombre. Todas las personas responsables de este caos se enfrentarán a la justicia.

Ella tragó saliva y apartó la vista.

El coche entró en la última recta que llevaba a su propiedad. San Estrela era el lugar de nacimiento de su madre y donde se había casado con su padre. Reyes había tenido un par de vacaciones felices allí de niño... hasta que todo se había estropeado. No crearía recuerdos felices llevando allí a su prisionera, pero no tenía elección.

No podía volver aún a Santo Sierra. Necesitaba conseguir ayuda económica para volver a las conversaciones con Valderra. Además, en ese momento ni siquiera sabía en quiénes de los suyos podía confiar.

Se le encogió el estómago al pensar en su padre, pero apartó el pensamiento de su mente. Si quería lograr lo que deseaba, tenía que olvidar la pena, olvidarse de arreglar las cosas con el padre al que había perdido tanto tiempo atrás. Paradójicamente, había sido su caída con Jasmine Nichols lo que le había hecho ver a su padre bajo una luz diferente. No juzgarlo tan duramente por sus errores.

Pronto regresaría al lado de su lecho e intentaría compensarlo. Confiaba en que no fuera demasiado tarde.

Bajó del coche y tendió la mano automáticamente. Jasmine la

aceptó y bajó a su vez. Reyes le soltó la mano, sin querer reconocer la sensación que le producía el contacto. Subió las escaleras cuando el mayordomo, Armando, abría ya la puerta. El hombre mostraba la misma expresión ansiosa que Reyes había visto en muchas caras de Santo Sierra y el príncipe sintió una opresión en el pecho por la preocupación constante con la que vivía su pueblo.

Le hirvió la sangre cuando pensó que la causa de todas esas preocupaciones estaba dos pasos detrás de él. Saludó a Armando.

–Esta es la señorita Jasmine Nichols. Será mi invitada mientras dure mi estancia aquí, pero no le está permitido abandonar la casa o la finca bajo ninguna circunstancia. Si intenta marcharse, utiliza todos los medios a tu alcance para impedirlo –ordenó.

–Eso no es necesario –intervino ella–. Sé por qué estoy aquí. Tienes mi palabra de que no escaparé.

–Disculpa si tu palabra no me merece mucha confianza.

Ella respiró con fuerza.

–Supongo que merezco eso –murmuró.

Reyes frunció el ceño al captar el dolor de su voz. Armando ni siquiera parpadeó oyéndolos.

–Le daré la suite Valencia, Alteza.

–No, mejor la suite León, al lado de la mía.

–Muy bien, Alteza.

Reyes echó a andar hacia su estudio, pero casi enseguida oyó tacones detrás de él. Se detuvo.

–¿Quieres algo?

Ella movió la cabeza.

–¿Puedes devolverme el teléfono? Por favor. Tengo que decirles a mis padres dónde estoy. Mi madre llamará a la policía si no lo hago, y no creo que quieras eso.

Reyes sintió una especie de envidia. Él no había tenido a nadie que se preocupara así por él. Su madre había estado demasiado ocupada convirtiendo la vida de su padre en un infierno como para preocuparse de los dos niños que necesitaban su atención. Y su padre había estado demasiado ocupado intentando complacer a una mujer infiel. Por esa razón, el internado había sido un alivio para Reyes y por eso había elegido no atarse a ninguna mujer. Su mantra había sido el sexo por el sexo.

Hasta Anaïs. Hasta la muerte de su madre.

Después de eso, el sexo había dejado de importar. Había dejado de importar todo, excepto el deber.

–Habla con Armando –dijo con amargura–. Te dirá dónde está el teléfono. Pero solo tendrás una llamada. Aprovéchala bien.

Jasmine terminó de hablar con su madre en el maravilloso solario al que la había llevado Armando. Respiró hondo y miró a su alrededor. Fuera, una alfombra de hierba verde se extendía hasta un bosquecillo de cipreses situado en el fondo del valle por el que habían subido. A la derecha había un jardín más cuidado, donde crecían rosas, buganvillas y jacintos más allá de una terraza bañada por el sol.

Se dijo que aquella cárcel no era muy mala, aunque hubiera preferido un carcelero que no hiciera que se le acelerara el pulso.

En el coche se había negado a dar el nombre de Joaquín, en parte por lo que entrañaría para su padrastro, pero también porque tenía miedo de que Reyes se enterara de su pasado, de que la mujer con la que se había acostado había crecido en un barrio de muy mala fama y había estado a punto de ser iniciada en una banda de traficantes de drogas. Que tenía antecedentes juveniles que jamás podría borrar.

En aquel momento la detestaba, sí, pero eso era mejor que su repulsión, que su desprecio.

Aceptaría el castigo que Reyes le impusiera, pero el pasado quedaría en el pasado.

Oyó ruido a sus espaldas y se volvió.

Entró Armando empujando un carrito cargado de comida.

–No conozco los gustos de la señorita, así que he traído distintas cosas.

Jasmine había vuelto a saltarse el desayuno porque no había podido tragar la comida que les había preparado la embajada esa mañana. Últimamente la idea de comer le revolvía el estómago, así que se acercó al carrito con cautela, pero respiró aliviada cuando pudo mirar la selección de tapas sin sentir náuseas.

Dio las gracias a Armando, se sirvió un plato con pan, jamón y ensalada y se sentó en una mesa al lado de la ventana. Devoró la comida en un tiempo récord y volvió a servirse, añadiendo también olivas marinadas en aceite con chili.

Se disponía a comer cuando entró Reyes. Sin decir palabra, se sirvió un plato, se sentó enfrente de ella y despidió a Armando.

–O sea que le has dicho a tu madre que yo era tu novio –musitó.

Jasmine perdió el apetito de golpe.

–¿Cómo sabes eso?

–Controlamos todas las llamadas que entran y salen de aquí. Y además, me fío muy poco de ti.

Ella lo miró a los ojos.

–Si has oído la conversación, sabrás que ha sido mi madre la que ha asumido que eras mi novio, yo no...

–Tú no la has corregido. Te he pillado en una mentira más. Es increíble lo fácilmente que salen de tus labios.

–No podía decirle que estoy prisionera en algún lugar del norte de

España.

Él cortó un trozo de pan, lo mojó en su aceite de oliva y dio un buen mordisco.

–Pues quizá deberías hacerlo. No le vendría mal saber que no tiene la hija perfecta que ella cree.

–Tú no nos conoces ni a mi madre ni a mí, así que no nos juzgues. Además, ¿qué te hace pensar que ella cree que soy perfecta?

–Tiene que creerlo. Se ha tragado todas las mentiras que le has contado sin cuestionar nada.

Jasmine sintió tentaciones de contarle la mayor debilidad de su madre... que se negaba a ver nada malo en la gente. Su naturaleza confiada la había llevado a dejarse robar por muchos hombres, y debido a eso, habían acabado en un lugar donde Jasmine casi había encontrado su ruina.

–A mi madre le resulta fácil aceptar lo que ve –dijo.

Reyes ladeó la cabeza.

–Interesante. ¿Lo sabe y te acepta tal y como eres?

Jasmine tomó una oliva, pero en cuanto la olió, tuvo que dejarla en el plato. Comió un trozo de jamón en su lugar.

–Sí. Le gusta creer que la gente puede cambiar. Y a mí también, por cierto.

Él movió la cabeza.

–No, la gente no cambia. Solo finge cambiar, pero en el fondo sigue siendo la misma.

–Yo no creo eso.

–¿Por qué? ¿Porque tú has cambiado? ¿Has visto una luz mística y te has arrepentido de tus pecados?

Ella tragó saliva.

–Sí.

–Los dos sabemos que eso no es verdad, o no me habrías robado.

–No tuve elección.

Él apretó los dientes.

–Tuviste elección y elegiste el camino equivocado.

Ella asintió.

–Sí, quizá tengas razón.

Reyes la miró con curiosidad.

–¿Y cuántas veces has elegido el camino equivocado en el pasado?

–Mi pasado no es asunto tuyo –respondió ella, que había aprendido el estigma de ser juzgada cuando su novio de la universidad la había tratado como a una paria después de que le contara su pasado–. Me preocupa más el futuro. Si me vas a entregar a las autoridades, cuanto antes mejor.

El rostro de él se endureció.

–No me presiones. Si no me robaste para ti, dime para quién lo

hiciste.

A ella le dio un vuelco el corazón.

–No puedo. Castígame si quieres, pero no metas a nadie más en esto.

–¿Por qué?

–Porque la persona por la que lo hice es importante para mí.

–¿Cómo de importante?

–Él… me salvó. No tenía que hacerlo, pero lo hizo. Lo siento, pero no permitiré que él pague por mis errores.

–¿O sea que esa persona te salvó pero decidió que estaba bien meterte en un camino destructivo para servir a sus intereses?

–No, no fue nada de eso.

Reyes golpeó la mesa con la mano.

–Fue exactamente eso. Me engañaste para robarme, pusiste en peligro la economía de millones de personas solo por el bien de una sola.

–Sí, sé que parece irracional, pero eso fue lo que pasó. Créeme, haré lo que sea para arreglar lo que hice.

Él se relajó en su silla. Su sonrisa no contenía regocijo, solo cinismo.

–Eres muy valiente al admitir tus pecados. Casi resulta admirable.

Ella dejó el tenedor en el plato.

–Deja de jugar conmigo y acabemos con esto de una vez.

La sonrisa de él se hizo más amplia.

–No estás en posición de dictar condiciones. Recuerda que eres mi prisionera. Yo elegiré el momento de tu juicio y las condiciones de tu castigo. Si me presionas, ambas cosas te gustarán todavía menos.

En los siguientes cuatro días, Jasmine apenas vio a Reyes. Lo divisó paseando por la terraza o cuando Armando le llevaba una bandeja a su estudio. Una vez miró por la ventana por la mañana temprano y lo vio nadando con brazadas poderosas. Lo observó, incapaz de apartar la vista de su magnífico cuerpo, hasta que él salió y se secó con una toalla.

Jasmine saltó de la cama y, de inmediato, la invadió la náusea. Corrió al baño y vomitó hasta que le escocieron los ojos.

Después se agarró al lavabo y clavó los dedos en la porcelana fría mientras hacía cálculos de fechas e intentaba no ceder al pánico. Había tenido un periodo dos semanas atrás, aunque había sido más ligero que de costumbre.

Y Reyes había usado preservativos en Río, ¿no?

Seguro que todo era cosa de su imaginación. Estar encerrada en San Estrela la estaba volviendo loca.

Se duchó deprisa, se puso un vestido azul claro sin mangas con un

cinturón marrón oscuro y zapatos de tacón a juego. Se cepilló el pelo, se puso crema de protección solar y salió de su suite.

Cuando llegó a las escaleras, vio a Carmelita, el ama de llaves, que llevaba un montón de toallas hacia las suites de invitados del ala Oeste. Jasmine se detuvo al oír voces masculinas en el vestíbulo.

Reyes apareció, acompañado por cuatro hombres. Todos iban vestidos de traje y todos la miraban.

Hubo un momento de silencio.

Reyes se volvió a los hombres, los llevó a su estudio y cerró la puerta. Jasmine bajó las escaleras y salió a la terraza en la que solía desayunar.

Carmelita le llevó café recién hecho. Jasmine se sirvió una tostada con mermelada. Cuando volvió el ama de llaves a retirar los platos, la curiosidad pudo más que ella.

–¿Quiénes son los hombres que están con Su Alteza? –preguntó.

La mujer pareció incómoda por un momento, pero contestó.

–Uno es el embajador de Santo Sierra en Francia. Otros son de Santo Sierra.

–¿Cuánto tiempo llevan aquí?

–Llegaron anoche ya tarde –Carmelita recogió apresuradamente la mesa y se alejó.

Jasmine salió al jardín y caminó hacia los árboles. En un pasado lejano había deseado ser jardinera. Eso había sido antes de que uno de los amantes de su madre se fugara con sus ahorros y ellas acabaran en una torre de apartamentos donde el único verde que se veía era el de la horrible pintura de las paredes.

Jasmine solo tenía seis años entonces, pero había jurado no permitir nunca que la cegaran los sentimientos como le ocurría a su madre. De hecho, había ahogado todos sus sentimientos… hasta que Stephen la había obligado a afrontarlos. A elegir una vida mejor que la que había contemplado con diecisiete años.

Jasmine pasó los dedos por el tronco de un árbol y se imaginó cuidando plantas todo el año.

Vio un invernadero al extremo de una hilera de setos y se dirigió hacia allí.

Antes de que llegara a abrirlo, oyó pasos a sus espaldas. Armando y dos guardaespaldas la rodearon de pronto. Uno de ellos la tomó por el brazo y tiró de ella hacia la casa.

–¿Qué hace? ¡Suélteme!

El guardaespaldas no contestó. Tampoco la soltó hasta que estuvieron dentro y se abrió la puerta del estudio.

Jasmine miró a Reyes.

–Creía que teníamos un acuerdo –dijo este.

Ella se masajeó el codo.

–Y lo tenemos. No me he fugado, ¿verdad?

–Has salido de la casa sin permiso.

–Para ir al jardín. Me estoy volviendo loca aquí dentro. ¿Y cómo has sabido que había salido de la casa?

–Siempre que se abre una puerta en la casa, salta una alarma en la sala de seguridad. Me han avisado mis hombres –explicó Reyes. Se volvió a su guardaespaldas y murmuró unas palabras.

A Jasmine le dio un vuelco el corazón cuando vio lo que le entregaba el guardaespaldas a Reyes.

–¡No! Si te acercas a mí con eso, yo...

–¿Tú qué? ¿Gritarás? Adelante. Grita todo lo que puedas –él se acercó más. Las esposas brillaban en sus manos.

La mente de ella se llenó de recuerdos malos, y los recuerdos empujaron el miedo por su vientre hasta el pecho. Su respiración se volvió superficial.

–No, Reyes. Por favor, no. No.

Estaba hiperventilando e intentó retroceder. Sus pies no se movieron. La sangre huyó de su cabeza y luchó por respirar. Su cabeza se llenó de niebla. Empezó a tambalearse.

–Si insistes en desobedecerme, esta es tu única... ¿Jasmine?

La voz de él iba y venía. Ella parpadeó e intentó combatir el mareo. Pensó que, o estaba muy enferma o, cerca de ese hombre, se convertía en una sombra patética de sí misma.

Fuera lo que fuera, aquello tenía que acabar.

Capítulo 8

JASMINE!

Reyes la agarró por los brazos y la vio recuperar poco a poco el control. Había palidecido mortalmente al ver las esposas y él había creído por un momento que se iba a desmayar.

Confuso, guardó las esposas en el bolsillo de atrás y despidió a los guardaespaldas. Los temblores de ella habían aumentado y él sorprendió una mirada torturada en sus ojos.

A aquella mujer le había pasado algo.

–Jasmine.

Ella no se movió ni reaccionó. Casi parecía que no lo había oído. Reyes se acercó más y la apretó con más fuerza. La sintió temblar y una emoción no deseada embargó su pecho.

–Cuando me dirija a ti, contestarás –dijo.

La reacción de ella fue inmediata. Se apartó casi con violencia y lo miró con ojos muy abiertos, pero él estaba seguro de que su mente se hallaba en otra parte.

–No. No permitiré que me pongas eso.

–Está bien, está bien –murmuró él, rozándole la mejilla con los dedos.

Cuando se dio cuenta de lo que hacía, apartó la mano, confuso y enojado consigo mismo por ofrecer consuelo cuando debería estar castigando.

–¿Quieres explicarme lo que acaba de pasar? –preguntó.

Jasmine respiró con fuerza.

–No sé de qué me hablas –contestó.

Reyes sintió una mano fría alrededor del cuello. ¿Cuántas veces había oído pronunciar esas palabras a su madre? Cuando le preguntaba por qué aparecía en las revistas fotografiada en brazos de un hombre que no era su padre, cuando le preguntaba por el olor a alcohol en su aliento o la mirada neblinosa de sus ojos, siempre decía lo mismo: «No sé de qué me hablas, Reyes. No seas tan fantasioso, Reyes».

–¿Niegas que te ha alterado ver las esposas? Entonces no te importará que las use.

–No –dijo ella–. No las uses. Prometo que no saldré de la casa.

–Tus promesas no valen nada para mí. Me temo que tendrás que darme algo más que eso.

Ella tragó saliva.
–¿Qué quieres decir?
Reyes señaló la puerta de su estudio.
–Te quedarás donde pueda verte.
Ella bajó la vista.
–Está bien. Iré a buscar un libro para leer.
Por alguna razón, Reyes no pudo reprimir una sonrisa cuando ella apretó los labios y le lanzó una mirada de puro odio. Se giró y dijo:
–Ven.
–¿Quieres que vaya a tu reunión? –preguntó ella.
–Quiero que estés donde pueda vigilarte.
Cuando entró en el estudio, oyó pasos detrás de él. Dos de sus consejeros miraron con la boca abierta a su invitada. El tercero, el más mayor, frunció el ceño cuando Reyes cerró la puerta e indicó a Jasmine una silla colocada en un rincón.
–Alteza –dijo el consejero más viejo–. Lo que estamos tratando es confidencial. No creo que una desconocida...
–La señorita Nichols está aquí como invitada mía. No divulgará nada de lo que digamos en esta habitación –la miró y ella captó su advertencia y asintió.
Reyes se sentó y carraspeó.
–¿Ha dicho que sabe cuántas personas están pensando en apoyar el nuevo tratado? –preguntó a su consejero más viejo.
Costanzo Álvarez asintió.
–En este momento son de siete a nueve, Alteza. Cada día que pasa, hay más miembros de los mayores que empiezan a considerar la idea del tratado original que aceptó firmar su padre.
Reyes alzó la voz.
–Esas condiciones ya no están sobre la mesa. El nuevo tratado creará al menos cinco mil empleos más.
Álvarez movió la cabeza.
–Méndez no firmará el nuevo tratado y Santo Sierra necesita estabilidad económica cuanto antes. Cualquier retraso a la hora de proporcionar esa estabilidad es un retraso que no podemos permitirnos.
El segundo consejero se inclinó hacia delante.
–La estabilidad es lo que calmará las aguas. Creo que los ciudadanos de Santo Sierra tienen miedo de lo que traiga el futuro...
–Vaya al grano –dijo Reyes.
–Si se casara y tuviera pronto un heredero, restauraría la fe de la gente en...
–¿Está sugiriendo en serio que el único modo de complacer a la gente es casarme? Se supone que estoy viajando por Europa en busca de apoyo económico, no de una novia.

–Santo Sierra siempre ha prosperado cuando prosperaba la monarquía. Con la salud de su padre en declive, al pueblo le preocupa su futuro, sí, pero también usted.

Reyes frunció el ceño.

–¿O sea que debo buscar novia, casarme y tener un heredero en lugar de buscar nuestro crecimiento económico?

Álvarez extendió las manos.

–No hay razón para no hacer las dos cosas. Pero sugerimos que lo haga más... visiblemente. Siempre ha sido una persona muy recluida, Alteza. Cuando está en Santo Sierra, casi nunca lo ven. La mayoría de la gente cree que ha pasado las últimas semanas al lado del lecho del rey. Solo el Consejo y unos pocos saben la verdad.

Reyes movió la cabeza.

–Aunque aceptara ese plan y eso calmara a mi pueblo un tiempo, también necesitaríamos firmar otro tratado con Méndez.

Jasmine miraba el documento que había empezado a leer mientras los hombres hablaban. No quería reconocer la incomodidad que se había alojado en su corazón al oír la idea del matrimonio de Reyes. Este se casaría con una princesa, una igual que lo complementaría bien, que tendría a sus hijos y el regalo de despertarse a su lado durante el resto de su vida.

Sintió una opresión en la garganta. Esa vez la bilis que había allí no tenía nada que ver con las náuseas y sí mucho con unos celos ciegos y rabiosos.

Miró el documento y se obligó a leer aquella copia del tratado que había entregado a Joaquín.

Cada uno de los dos reinos había acordado suministrar recursos al otro. Juntos tendrían un poder equivalente al del control del petróleo y el acero del mundo por parte de los Emiratos Árabes Unidos. A pesar de que Santo Sierra era el reino más pequeño, también era el de recursos más ricos. No era de extrañar que Méndez hubiera puesto su mirada avariciosa en él.

Jasmine terminó de leer y cerró la carpeta.

Aquello era lo que ella había destruido.

El acuerdo comercial habría creado miles de trabajos y mejorado muchísimas vidas. Ella había puesto en peligro todas esas vidas para salvar una.

Atrapada entre la culpabilidad y la lealtad, se sintió incapaz de permanecer sentada y se levantó de un salto.

–Déjenme ayudar, por favor.

Cuatro pares de ojos se clavaron en ella. Condena. Amargura. Curiosidad. Desprecio. Expresiones todas ellas que había visto de chica

en distintas miradas. Pero dolía más verlas en los ojos de Reyes.

Carraspeó.

–He ayudado en algunas negociaciones internacionales y...

–Disculpe, señorita... –Costanzo Álvarez la miró de hito en hito.

Ella respiró hondo.

–Jasmine Nichols –repuso.

Él asintió. Miró al consejero más joven, hizo una seña con la cabeza y el otro empezó a escribir algo en la tableta que tenía delante.

–Aquí no se trata de una pelea entre dos casas de modas o un acuerdo de divorcio. Se trata de...

–Sé de qué se trata –replicó ella.

–Pues quizá debería sentarse y...

–Deje que hable –ordenó Reyes.

Jasmine se lamió los labios e intentó concentrarse.

–El tratado anterior favorecía a Valderra, todos lo sabemos. Y sin embargo, Méndez no llegó hasta el final con él.

–No llegó hasta el final porque la única copia de la versión de Santo Sierra, que había sido firmada por el rey y legalizada por todos los miembros del Consejo, desapareció. Todavía no sabemos qué fue de ella.

Jasmine miró a Reyes y leyó en ellos una advertencia. Álvarez siguió hablando.

–Y también porque está impulsado por la codicia, pero en este momento tiene todas las bazas.

Jasmine negó con la cabeza.

–Tiene todas las bazas porque ustedes optan por esconderse en la oscuridad.

–¿Cómo dice? –preguntó con dureza Reyes.

Un escalofrío recorrió la piel de Jasmine, pero perseveró.

–¿Por qué no ven su farol? –preguntó.

–No me jugaré el futuro económico de mi reino a un farol. Si pudiera elegir, le daría una lección. Pero no puedo. Todavía no.

Ella frunció el ceño.

–¿Y cuál es la alternativa?

Se hizo un silencio. Reyes miró a los miembros del Consejo uno por uno.

–A menos que encontremos pronto otra solución o negociemos un nuevo tratado en las próximas semanas, parece que la solución es comprar tiempo buscando una novia.

Capítulo 9

PERO tiene que haber otro modo!

Reyes la miró de hito en hito.

–Señorita Nichols…

Reyes alzó una mano para callar a su segundo consejero.

–Continúe –dijo a Jasmine. Si lo que proponía ella era mejor que la idea de casarse con una desconocida sin rostro para mantener la paz, él se mostraría a favor.

Su único intento por casarse le había dejado cicatrices que nunca olvidaría. Hasta que Isabella, su hermana, había roto su compromiso poco tiempo atrás, Reyes había creído que sus sobrinos heredarían el trono después de él.

–¿Y si pudiéramos probar que él estaba detrás de la desaparición del tratado?

Reyes se puso de pie con tal brusquedad que derribó la silla.

–Señores, déjenme a solas con ella.

Sus hombres miraban a Jasmine con sorpresa y recelo. Se levantaron y salieron.

–¿Qué demonios te crees que estás haciendo? –preguntó Reyes cuando se quedaron a solas.

–Intentar ayudar.

Él se pasó una mano por el pelo.

–¿Colocándote en el punto de mira de un hombre peligroso?

–Pero este es tu Consejo…

–Y algunos de mis hombres son muy conservadores y no les gusta el tipo de cambios que espero poner en práctica cuando suba al trono.

Ella frunció el ceño.

–¿Y crees que si supieran…? –tragó saliva.

–Hasta que sepa en quién puedo confiar y en quién no, no estoy dispuesto a correr riesgos con tu vida –se preguntó por qué se empeñaba tanto en protegerla.

–Reyes… –empezó a decir ella.

–No, no me lleves la contraria. No cambiaré de idea. No puedo tener otra vida destrozada en mi conciencia.

Ambos se quedaron inmóviles. Reyes vio reflejado en el rostro de ella la misma sorpresa que sentía él.

–¿Qué… qué quieres decir? –preguntó ella, perpleja.

Él apartó la pregunta con un movimiento de la mano.

–Eso no importa –respiró hondo para recuperar el equilibrio que parecía perder tan fácilmente con ella–. Voy a decirles que entren. Tú no mencionarás nada de lo que sucedió en Río. ¿Está claro?

Jasmine asintió y él se acercó a la puerta. Regresaron sus hombres y propusieron distintas ideas hasta que él apretó el puño.

–Señores, tenemos que hablar del tema de mi novia.

–En cierto sentido, sus visitas actuales son un buen modo de presentarle cualquier posible novia a la gente, pero... –Álvarez carraspeó– tiene que ser más abierto, Alteza.

–¿Cómo dice?

–Creo que sus visitas futuras deberían ser menos clandestinas. La gente tiene que ver a su príncipe abrazando un poco la vida. Recuérdeles que es de carne y hueso, no un personaje de cuento de hadas encerrado en una torre de marfil.

Reyes se pellizcó el puente de la nariz.

–¿Está diciendo que mi discreción es un defecto?

–Digo que la gente no lo conoce. Usted siguió con el tratado cuando su padre cayó enfermo, pero la realidad es que no se llegó a firmar y la gente no sabe cómo tomarse eso. Usted no quiere aislarse de la gente.

Reyes sintió furia. Miró a Jasmine, cuyo rostro mostraba una mezcla de infelicidad y culpabilidad.

–¿Está diciendo que, haga lo que haga, la gente no estará contenta hasta que me vean prometido y con esperanzas de tener un heredero? –preguntó con desprecio. No le gustaba nada la idea de exponerse a la atención de los medios.

Álvarez conocía su historia personal y lo que sentía respecto a la prensa, pero asintió con nerviosismo.

–Ese sería un modo de dar seguridad a la gente, sí.

–¿Y no hay ninguna posibilidad de ofrecerles una boda real a través de Isabella? –preguntó Reyes–. Quizá todavía podamos rescatar la situación con su exprometido.

Costanzo negó con la cabeza.

–Su prometido declaró que no quería volver a saber nada de Su Alteza cuando ella rompió el compromiso. Tuvimos que pagar una compensación a su familia por la cancelación del compromiso.

A Reyes le hervía la sangre. Miró a Jasmine. En la cara de ella leyó todavía preocupación y culpabilidad. Miró más allá de eso, la boca lujuriosa levemente entreabierta y el pecho que subía y bajaba con sus respiraciones superficiales.

Quería olvidar que ella era la responsable de todo aquello. Olvidar que, cuanto más hablaba con ella, más dudaba de que su carácter fuera tan malo como había pensado al principio. Reyes solo quería olvidar. Y en aquel momento, quería usar el modo más elemental de

olvidar.

Ella.

Su cuerpo palpitaba con un deseo carnal que no podía negar.

¿Qué demonios le ocurría?

Su consejero más joven tomó la palabra.

–Si Su Alteza lo prefiere, podemos buscar una unión temporal. Solo hasta que se estabilice la situación económica del reino. Y creo que la señorita Nichols podría estar bien. Está bien situada para ayudar.

–No nos ha ofrecido ninguna solución a los problemas de Santo Sierra que no hayamos considerado ya.

–No, pero puede ser la persona apropiada para buscar un matrimonio temporal.

–¿Cómo dice? –preguntó ella.

Reyes entrecerró los ojos al oír su tono ultrajado. Su consejero la miró y después miró su tableta.

–Según la información que tengo aquí, usted medió en el matrimonio entre un senador de Estados Unidos y su amante después de arreglar un divorcio discreto de su esposa de treinta años.

Jasmine abrió mucho la boca.

–Eso es confidencial.

–Parece que sus talentos dudosos no tienen fin –murmuró Reyes con frialdad.

Ella se ruborizó.

–Yo no tuve la culpa de que dejara a su esposa ni de que encontrara a la amante, solo ayudé con los acuerdos económicos y procuré que todas las partes quedaran satisfechas.

Miró a los consejeros y se cruzó de brazos.

–Pero lo que ustedes necesitan es un casamentero profesional de élite. Yo no me especializo en eso. Cuando dije que ayudaría, me refería a los problemas económicos del reino.

–Este tema está relacionado con eso –comentó Álvarez.

Reyes quería negarse a todo aquello, pero en el fondo sabía que su pueblo necesitaba una buena dosis de noticias optimistas. Y ya los había privado de una boda real cinco años atrás, cuando había echado a Anaïs de su vida.

Tras la subsiguiente muerte de su madre un año más tarde en el coche de su amante y la enfermedad de su padre poco después, las únicas buenas noticias que había tenido el pueblo de Santo Sierra en los últimos años habían sido la firma del tratado y la boda de Isabella y ninguna de las dos se había materializado. Entretanto, Méndez seguía metiendo sus dedos avariciosos en los asuntos de Santo Sierra. Aquello tenía que acabar.

Pero un matrimonio... Si seguía aquel camino, sería porque ambas partes tuvieran claro su papel y no hubiera espacio para

malentendidos.

Apretó la mandíbula y asintió.

–El matrimonio será permanente, no temporal.

Costanzo sonrió.

–Por supuesto, Alteza. Es una decisión muy sabia. Pondremos todo en marcha...

Reyes alzó una mano.

–No, nos reuniremos de nuevo en tres días.

–Pero Alteza...

–Pida a mi secretario de prensa que amplíe mi viaje a París –miró a Jasmine y notó que había vuelto a palidecer–. La señorita Nichols se encargará de buscarme candidatas apropiadas. Que vuelen a París para entrevistarlas después de mis reuniones de inversiones.

Jasmine respiró hondo y bajó la vista a sus manos, que tenía unidas en el regazo.

Reyes se levantó.

–Tres días, señores.

–Sí, Alteza.

A Jasmine le sorprendió que Reyes se presentara a cenar con ella esa noche, y más todavía que se quedara después de que recogieran los platos en la terraza. Aunque la cena transcurrió casi en silencio, no podía evitar sentir cierta aprensión sobre su destino. Tomó en sus manos el vaso de vino que no había tocado y observó ponerse el sol en el horizonte.

–Secuestraron a mi padrastro –dijo de pronto, no muy segura de por qué había elegido aquel momento para confesar.

Él la miró.

–¿Cómo dices?

–Primero me hicieron chantaje con él y luego lo secuestraron. Tenía... un problema de juego. Lleva casi veinte años luchando con eso. Desfalcó fondos del Gobierno. Mucho dinero. Si lo pillaban, iría mucho tiempo a la cárcel, así que pidió prestado a un tiburón.

–¿Y este empezó a exigir más y más?

Jasmine asintió.

–Dijo que, si no le llevaba el tratado, se vengaría en mi padrastro.

Reyes entrecerró los ojos.

–¿Quién era el prestamista?

–Se llamaba Joaquín Esteban. No sé si es su verdadero nombre o no.

–No temas, lo encontraré. ¿Y secuestró a tu padrastro?

Ella asintió.

–En plena noche y delante de mi madre. Lo golpearon y le rompieron un brazo. Ocurrió cuando yo estaba... contigo, en tu barco.

Él la miró fijamente.

–No recuerdo que recibieras ninguna llamada.

–Tú estabas dormido. Me llamó mi madre. Estaba loca de preocupación. Yo no quería hacerlo, Reyes, créeme, por favor, pero no podía dejarlo en manos de esos hombres.

–¿Y dónde está ese padrastro jugador ahora? ¿Sigue instalado cómodamente en su trabajo para el Gobierno?

–Sí, pero está buscando ayuda.

–¡Qué noble por su parte!

–Él no sabe lo que hice. Sospecha algo pero no quiero que lo sepa. Quedaría destrozado. No todos podemos ser perfectos. Algunos intentamos olvidar hechos desafortunados y buscar una vida mejor.

–Y algunos fracasáis miserablemente.

Ella dejó el vaso de vino en la mesa.

–Tienes derecho a condenarme, yo también lo hago. Pero quería que entendieras por qué hice lo que hice. Obviamente, he perdido el tiempo.

Lo miró. Él la observaba con aquella mirada penetrante que parecía leer en su alma.

–Controla tu indignación. Tendrás que esforzarte mucho más antes de conseguir mi merced. Pero tengo unos minutos libres, así que puedes continuar.

Ella suspiró.

–Lo siento. No era mi intención que nadie sufriera por lo que hice. Si fuera posible que tu corazón...

–¿Mi corazón? –la interrumpió la risa de él–. Mi corazón es el último órgano al que deberías apelar.

–Me temo que no te comprendo.

Él sonrió con la misma tristeza que ella había visto en su primer encuentro en Río.

–Perderías el tiempo intentando apelar a algo que no existe.

Capítulo 10

JASMINE lo miró fijamente para ver si se burlaba de ella. No era así. La respiración de él era entrecortada, como si estuviera atrapado en un recuerdo perturbador. Sin pensar en lo que hacía, ella tendió la mano y le tocó el brazo. Él se encogió y la miró.

–¿Qué haces?

–Pareces un poco... perdido.

Y era obvio que estaba sufriendo. En cuanto a la mención a su inexistente corazón, lo que estaba dispuesto a hacer por su gente probaba otra cosa.

–¿Estabas hablando de tu padrastro? –dijo él.

Ella frunció el ceño.

–No sé si quiero seguir.

–¿Porque no me muestro comprensivo contigo?

–Porque finges que careces de empatía, pero yo sé que no es verdad.

–¿Son tus poderes de deducción los que dicen eso?

Jasmine lo vio alzar su vaso y terminar el vino. Reyes alzó una mano imperiosa y llamó a un guardia.

–¿Qué estás haciendo? –preguntó ella.

–Voy a pedir que te acompañen a tu suite. Nos veremos mañana a mediodía y me presentarás una lista de posibles candidatas.

Jasmine quería negarse, quería decirle que prefería pudrirse en la cárcel antes que ayudarle a encontrar a la siguiente mujer que calentaría su lecho.

¿Pero cómo iba a incumplir su promesa de hacer lo que fuera preciso para enmendar su mala acción?

–Todavía es temprano –dijo, al ver que se acercaba el guardaespaldas–. Podemos seguir hablando. Mi padrastro es perfecto en todos los sentidos excepto en el tema del juego.

Miró a Reyes. Este, después de unos segundos, despidió al guardaespaldas con un movimiento de cabeza. Tomó la botella de vino a medio terminar, frunció el ceño al ver el vaso intacto de ella y rellenó el suyo. Se sentó con las piernas cruzadas, de modo que sus muslos quedaron peligrosamente cerca de la rodilla de ella.

–Es un hombre amable y gentil y quiere mucho a mi madre –prosiguió Jasmine.

–¿Y dónde entra tu padre biológico en todo eso? –preguntó él.

–Se marchó cuando yo todavía llevaba pañales. Y fue el primero en

una larga línea de «padres» que llegaron y se fueron antes de mi adolescencia.

Reyes tomó un sorbo de vino. No dijo nada.

–Sé lo que estás pensando.

–Lo dudo –repuso él.

Jasmine se encogió de hombros.

–Pues lo pienses o no, mi pasado me modeló. Estaba enfadada con el mundo y con una madre que no podía ver lo inútiles que eran los hombres con los que salía. Cuando llegó mi padrastro, yo estaba... en el mal camino.

–¿Cómo de malo?

Jasmine no quería decírselo, pero la mirada firme de Reyes exigía una respuesta.

–A los dieciséis años pasé un tiempo en un centro de detención juvenil –confesó.

–¡Dios mío! –murmuró él.

–Ahora conoces mi secreto más oscuro. Supongo que también me lo echarás en cara.

Él la miró con curiosidad.

–¿Cuánto tiempo pasaste allí?

–Nueve meses.

–¿Por qué?

Ella hizo una mueca.

–Prendí fuego accidentalmente al almacén de un traficante de drogas.

–¿Por eso te alteraste tanto al ver las esposas?

Ella suspiró.

–Aquellos días fueron los más traumáticos de mi vida. Por favor, no me obligues a revivirlos.

Él dejó el vaso sobre la mesa, apoyó los codos en las rodillas y le lanzó una mirada intensa.

–¿Qué pasó cuando te soltaron?

–Mi padrastro. Él nos salvó. Y a pesar de sus defectos, resultó ser el mejor hombre del mundo.

Él la miraba sin juzgarla. En sus ojos solo había curiosidad.

–Pero el juego se convirtió en un problema –comentó.

Jasmine asintió.

–Estuvo casado antes, pero su esposa murió. Su problema se disparó entonces. Lo dejó cuando empezó a salir con mi madre, pero volvió a empezar después de casados. Por mucho que lo intentamos, no pudimos convencerlo de que lo dejara. Eso me entristecía, pero no podía condenarlo. Sigue siendo el mejor padre que he tenido. Y cuando Joaquín le clavó sus garras, no tuve opción. No podía dejar sufrir a Stephen.

–¿Dónde estaba tu madre durante todo eso? –preguntó él con algo parecido a amargura.

Jasmine lo miró.

–Mi madre es lo que un psicólogo llamaría voluntariamente ciega. Yo la quiero mucho, pero no ve lo que tiene delante de sus ojos. O elige ignorarlo y enterrar la cabeza en la arena.

Las desgracias que la actitud de su madre ante la vida les había causado a ambas antes de que Stephen se enamorara de ella habían sido una advertencia clara para Jasmine de que no siguiera el mismo camino. Ahora, de mayor, comprendía mejor a su madre, pero eso no borraba el dolor de sus años de adolescente.

Miró a Reyes y vio comprensión en su mirada, pero su expresión cambió enseguida.

–Comprender el motivo no niega el delito.

Para sorpresa de Jasmine, sus ojos se llenaron de lágrimas. Parpadeó con rapidez y empezó a levantarse.

–No, pero un poco de perdón puede llegar muy lejos.

Él le puso una mano en el muslo.

A Jasmine le golpeó con fuerza el corazón en el pecho.

Reyes cuestionó su cordura, pero la voz que la cuestionaba quedó pronto ahogada por otras emociones más embriagadoras que inundaba su cabeza.

Su mano estaba en la mitad del muslo de ella y sus dedos estrujaban el algodón suave del vestido. Bajó más la mano.

Ella lanzó un respingo. Su piel era suave y lisa, y Reyes quería seguir acariciándola.

La observó luchar consigo misma y adivinó que combatía las mismas emociones que él. La química que los había envuelto la primera vez que se habían visto.

–¿Te disgusta que diga la verdad? –preguntó él.

–Me disgusta la brutalidad al decirla. Y la ausencia total de comprensión.

A Reyes debería haberle agradado saber que había conseguido ocultar sus sentimientos. ¿Pero por qué quería borrar la expresión dolida de la cara de ella?

–Ya te dije que no buscaras sentimientos que no existen.

–Y yo no me creo que no tengas sentimientos.

Él se puso en pie.

–Nunca he conocido a nadie como tú.

Ella lo miró a los ojos.

–Ni yo a nadie como tú, así que esto podría ser divertido.

Reyes sonrió a su pesar. «Divertido». Otra palabra que había

asociado con ella la primera vez. Una palabra que no había permitido en su vida en mucho tiempo.

Ella se acercó y le rodeó la cintura con los brazos. Su osadía lo excitó. Las cosas que había revelado de sí misma en la última hora habían suscitado aún más su curiosidad. Había conocido la adversidad y había salido adelante.

Reyes ladeó la cabeza.

–Yo no hago cosas divertidas.

Jasmine arqueó la espalda, acercándose más. Su boca rozó la de él.

–Pues claro que las haces, pero no te gusta admitirlo.

Él le pasó la mano por el pelo y la besó con fuerza. Con dureza.

Le palpó los pechos y se tragó el respingo de ella cuando le rozó el pezón con el pulgar. Recordó la vista y el sabor de esos pezones y apretó. Ella emitió un sonido receptivo.

Reyes la agarró por la cintura y la apretó contra sí. Las manos de ella subieron de su torso a sus hombros. Todos los nervios de él anhelaban un contacto más íntimo, el contacto por excelencia.

Se acercaba rápidamente al punto en el que no podría negar la necesidad de poseer, de repetir la embriaguez de su encuentro en Río.

Ella abrió más la boca y su lengua acarició la de él. Reyes la exploró con besos hambrientos y profundos que les robaron el aliento a los dos.

Su erección palpitaba... exigía satisfacción.

Aquello era una locura. Cometer dos veces el mismo error era estúpido. Tenía que retirarse.

Pero no podía. Le acarició la barbilla con el pulgar y reclamó otro beso. No se dio cuenta de que la había inclinado hacia atrás hasta que ella apoyó los codos en la mesa para sostenerse.

Reyes alzó la cabeza para respirar. La miró. Estaba extendida ante él como un banquete.

Un banquete tentador y prohibido. Había cedido una vez y el caos resultante habitaba todavía en su vida. Aunque ahora entendiera sus motivaciones y contemplara el perdón en algún momento lejano del futuro, no podía volver a ponerse en el ojo del huracán.

Respiró hondo y retrocedió. Negó a su cuerpo lo que le pedía. Habría sido fácil tomar lo que quería, lo que ansiaba. Pero sabía que tendría un precio que no podía permitirse pagar.

Capítulo 11

A VER si me aclaro. ¿Quieres que pregunte si besa bien, o debo hacer el trabajo completo y preguntarle si también es dinamita en la cama? –Jasmine se cruzó de brazos y tamborileó con los dedos en los codos.

Sabía que su malhumor se debía a las muchas vueltas que había dado esa noche en la cama y a la triple sesión de vómitos de esa mañana. Sabía por qué había dado vueltas en la cama. La aterrorizaba que pudiera estar embarazada. Y no solo por ella misma. Ya había llevado el caos a la vida de Reyes una vez. ¿Qué haría si resultaba que estaba embarazada de él?

Con todo aquello en mente, habría dado su brazo derecho por no tener que llevar a cabo la tarea de buscarle una novia a Reyes.

Este se recostó en su silla y la miró con frialdad.

–Esas cualidades las descubriré por mí mismo mucho antes de la noche de bodas. Después de que tú te ocupes de características más importantes, como la lealtad, la confianza y la fiabilidad.

–Jamás consideraría a nadie que no poseyera esas cualidades. ¿Pero cómo narices voy a saber si besa bien o no?

Él enarcó una ceja.

–Se supone que eres buena en tu trabajo, ¿no?

–Mediando en acuerdos y calmando nervios antes de una fusión internacional, sí. Juzgando si una mujer besa bien basándome en su pedigrí, no tanto.

–¿Vas a admitir tu fracaso antes de empezar? –preguntó él.

Ella apartó la vista.

–No tengo miedo de admitir que no soy la persona indicada para esta tarea. Nos acostamos juntos, Reyes, y a pesar de todo lo que pasó después, para mí no fue una aventura pasajera. No puedo ignorarla... –se detuvo antes de que se hundiera en un agujero del que jamás podría salir.

–¿Estás diciendo que no puedes mantenerte objetiva en esa tarea?

Ella se obligó a mirarlo a los ojos.

–Estoy diciendo que tengo sentimientos. Lo haré si quieres, pero no tiene que gustarme.

Reyes la observó un momento.

–Entendido.

Jasmine miró la corta lista que había creado a las cuatro de la mañana, cuando había aceptado por fin que le sería imposible dormir.

Pronunció los nombres, observando la cara de él para ver su reacción. No hubo ninguna.

–Voy a llamar a sus representantes y organizar un encuentro en París la semana próxima. ¿Quieres enviarles tu avión privado o que viajen en vuelos comerciales?

–Yo no me ocupo de esas cosas. Habla con mi jefe de seguridad para organizar el transporte. Y no vamos a París la semana próxima, nos vamos mañana y después a Santo Sierra a finales de la semana –él acercó más la silla a su escritorio y abrió una carpeta.

–¿Qué? –a ella se le aceleró el pulso–. No puedo encontrar una novia en veinticuatro horas.

–¿Has visto las noticias hoy?

–No. ¿Debería?

Él apretó un momento los puños sobre el escritorio.

–Anoche hubo disturbios en San Domenica.

–¿La capital de Santo Sierra?

Reyes asintió.

–Varias personas resultaron heridas en la plaza principal, entre ellas mujeres y niños. Por suerte, no murió nadie. Mi gente se impacienta y alguien, posiblemente la gente de Méndez, está explotando su ansiedad. Tengo que regresar pronto o las cosas empeorarán.

Su tono de preocupación era inconfundible. Ella aceptó por primera vez que sus consejeros tenían razón. Santo Sierra necesitaba buenas noticias para reforzar la confianza de la gente en su monarquía.

Jasmine respiró hondo.

–Me aseguraré de que las candidatas estén en París cuando lleguemos –se dirigió a la puerta.

–¿Jasmine?

–¿Sí?

–Tacha a Petra Nikolova de tu lista. Salimos un tiempo corto. Sé que toma ciertas sustancias prohibidas. Lo último que necesito es darles una reina drogadicta a mis súbditos. Y también puedes borrar a Sienna Hamilton.

Jasmine sintió un ramalazo de celos que la pilló desprevenida.

–¿Qué le pasa a la señorita Hamilton? –preguntó con voz temblorosa.

Él la miró a los ojos.

–Es infiel por naturaleza. Es discreta, pero prefiero no tener que preguntarme en qué otra cama ha estado mi esposa cuando vuelvo a casa.

Jasmine respiró hondo.

–¿Te das cuenta de que eso me deja con solo tres candidatas?

Él sonrió con tristeza.

–Pues tendrás que procurar que estén a la altura de la misión –dijo.

Jasmine no se movió del sitio.
–¿Algo más? –preguntó él después de un momento.
–Tengo que ir esta mañana a la ciudad.
–¿Por qué?
–Necesito algunas cosas.
Él no dijo nada. Se limitó a mirarla.
Jasmine se sonrojó.
–Cosas de mujeres.
Reyes bajó la vista a sus papeles.
–Te llevaré yo después de comer.

Jasmine entró en el solario y se sentó temblando en la tumbona más próxima. Se cubrió la cara con las manos y lanzó un gemido. ¿Qué le ocurría? ¿Una noche de sexo con Reyes Navarre y no podía soportar la idea de que estuviera con otra mujer? Pero no, sus sentimientos tenían más que ver con la posibilidad de que llevara un hijo suyo en el vientre. Y con la creciente sensación de que no podría soportar que estuviera casado con otra, esperara un hijo suyo o no.
¿Reyes seguiría adelante con la idea de casarse con otra si esperaba un hijo suyo o consideraría otra opción? Ella.
Se estaba volviendo loca. Él jamás la tendría en cuenta para eso. Movió la cabeza y se concentró en los nombres de la lista.
Una duquesa joven, una hija de un magnate de la prensa y una millonaria y filántropa hecha a sí misma.
Sobre el papel, cualquiera de las tres podría ser princesa y seguramente haría lo que fuera preciso por conquistar el interés, si no el corazón, de un hombre como Reyes Navarre.
«Pues muévete».
Cuanto antes acabara con aquello, antes podría volver a su vida y olvidarse de Reyes y de la sensación de sus besos.
Cuando él entró en el solario, Jasmine había conseguido que las tres accedieran con entusiasmo a viajar a París.
–Ha surgido algo. No puedo llevarte a la ciudad. Haz una lista de lo que necesitas y te lo traerá Carmelita.
A Jasmine le dio un vuelco el estómago.
–Preferiría comprarlas yo. Si estás ocupado, puedo esperar hasta que lleguemos a París.
Él frunció el ceño, pero asintió y se retiró.
Jasmine no estaba orgullosa de su cobardía, de conseguirse más tiempo antes de tener que afrontar lo que le reservara el destino. Por eso, cuando sus ojos se llenaron de lágrimas, corrió escaleras arriba a su habitación y las dejó caer.

–Esta noche a las ocho cenarás con la duquesa en el París Ultime. He reservado un comedor privado y, cuando revises el menú, podré dárselo al chef privado que se ocupará de la cena. La duquesa es alérgica al marisco. Oh, y no come hidratos de carbono después de las seis, por lo que pide que no sirvan cesta de pan. Al parecer, no puede resistir la tentación –Jasmine procuraba hablar con tono neutral para que no se notara su dolor.

Reyes la miró cuando la limusina salió del aeropuerto privado en dirección a la capital francesa.

–¿Crees que es buena señal que la mujer que debe llevar esperanza a mi pueblo no pueda resistir una simple cesta de pan?

Jasmine se encogió de hombros.

–Todos tenemos defectos. Si los suyos se limitan a los hidratos de carbono, harás bien en elegirla.

–¿Tú resistes cestas de pan después de las seis? –preguntó él.

–No. El pan es uno de mis vicios –Jasmine carraspeó–. Liliana Simpson comerá contigo mañana y he organizado una cena temprana con Berenice Holden. Cuando tomes una decisión, hablaré con tu secretario de prensa para emitir un comunicado. También he organizado que haya algunos fotógrafos… –vio que él apretaba aún más los dientes–. ¿Qué?

–Una cámara, una fotografía y un fotógrafo –dijo él con voz ácida.

–¿Pero no quieres que el mundo vea que estás vivo y te diviertes? No puedes esconderte eternamente, tienes que mostrarte a la gente, hacerles ver que te preocupas por ellos, que te gusta dirigirlos. Y que no eres un eunuco.

–¿Cómo dices?

Jasmine se encogió de hombros.

–Una fotografía no es suficiente.

–Olvidas que ha habido disturbios en mi reino hace menos de veinticuatro horas. No me pueden ver divirtiéndome en París cuando mi gente está sufriendo. El artículo debe hacer hincapié en que voy de camino a casa, posiblemente acompañado por una novia en potencia. La intención es que olviden los nervios sin que parezca que me he olvidado de ellos, ¿no?

–Sí, por supuesto. ¿Has pensado lo que harás sobre Méndez? –preguntó ella.

Él apretó los labios.

–Cuando se haya llevado a cabo la boda y haya elegido un nuevo Consejo, le haré una oferta ultimátum. Se acabó eso de aceptar sus caprichos.

Jasmine asintió.

–¿Puedo hacerte una pregunta?

Reyes la miró.

–Adelante.

–¿Por qué no hay fotos públicas tuyas desde que murió tu madre?

La mirada de él se volvió fría.

–Porque no busco publicidad. No como… –se detuvo y soltó aire con fuerza.

–¿Como tu madre? Sé que era una mimada de la prensa.

–Más bien una fulana –repuso él sin misericordia.

Jasmine se encogió.

–Lo siento.

–¿Por qué? Por fin tenemos algo en común. Madres que habrían estado mejor sin tener hijos.

–Yo no diría tanto. Después de todo, si hubiera pasado eso, ni tú ni yo estaríamos aquí.

–Y nuestra noche en Río no habría pasado –murmuró él–. ¿Te arrepientes de eso?

Jasmine se lamió el labio inferior.

–De la primera parte, no. Fue la noche más memorable de mi vida.

Los ojos de él se oscurecieron.

–¿Y de la segunda parte?

–De la segunda parte, muchísimo. Haría lo que fuera por borrarla.

Él no dijo nada, pero asintió después de unos segundos. Y ella se atrevió a confiar en que la hubiera creído.

Capítulo 12

LA CHAQUETA del esmoquin le resultaba opresora. Y alguien había aumentado la temperatura en el comedor privado. Reyes se pasó un dedo por debajo del cuello de la camisa y jugueteó con la comida en su plato.

–Tendría que volar a Europa al menos dos veces al mes. Tengo citas fijas para trabajos completos en mi spa favorito de Suiza –la duquesa ladeó la cabeza y la melena rubia muy cuidada le cubrió una mejilla–. Eso no será un problema, ¿verdad?

La cesta de pan. De pronto Reyes la necesitaba más de lo que necesitaba respirar.

–Reyes... No te importa que te llame Reyes, ¿verdad? ¿O prefieres Rey? –ella sonrió.

Dientes perfectos. Cabello perfecto. Manicura perfecta.

En su cuerpo no había cicatrices como las que tenía Jasmine en la mano o en el hombro.

Reyes gimió para sí. Visualmente, la duquesa era la antítesis de su madre y de Anaïs, y eso gustaría a su pueblo, que había odiado a la reina Isolde Navarre.

Y sin embargo, él no podía dejar de pensar en la ladrona con un cuerpo que llamaba al suyo como una sirena a un marinero.

Dejó la servilleta sobre la mesa, se levantó y sonrió.

–No tiene que preocuparse de cómo me llamará. Probablemente no volvamos a vernos después de esta noche.

Veinte minutos después entraba en su suite. Eran apenas las nueve y sabía que Jasmine seguiría levantada. Se dijo que la buscaba para contarle lo que pensaba de lo mal que había ido la velada.

Después de todo, tenía derecho a hacerlo.

Encontró vacía la sala de estar, así que se sirvió un coñac y salió a la terraza. La oyó nadar en el agua antes de doblar la esquina que daba a la piscina. Se acercó al borde y miró su figura exuberante bajo el agua.

–Has fracasado –dijo cuando ella sacó la cabeza a la superficie.

Jasmine se volvió hacia él.

–No, he ganado. Veinte largos seguidos es todo un logro para mí.

–Me refería a la duquesa.

Ella frunció el ceño.

–Oh. Por eso vuelves tan pronto. ¿Qué ha pasado? –ella seguía moviendo las piernas con gracia debajo del agua.

–No tiene las cualidades que necesito.
–¿Has hecho la prueba del beso? –preguntó ella.
–No era necesario. Sabía que suspendería.
–¡Vaya! ¿Ahora eres adivino?
–No te vayas por las ramas. Has fracasado.
–Quedan dos candidatas más. Puede que aún tengas suerte.
–Mañana vendrás conmigo –declaró él.
Ella lo miró con ojos muy abiertos y heridos.
–Preferiría no hacerlo. Yo no me voy a casar con ellas.
Reyes respiró hondo. Se pasó una mano por el pelo y la miró de hito en hito.
–Te... necesito.
Ella lo miró sorprendida.
–No es verdad. Yo ya he hecho mi parte. Te toca a ti hacer la tuya.
Él se pasó una mano por el pelo con frustración.
–He tenido una llamada cuando volvía. Mi padre ha estado hoy mejor que nunca en los seis últimos meses. Y yo me lo he perdido porque estoy asistiendo a cenas y vetando a novias en potencia para que mi pueblo tenga fe en mí. Y tú no has hecho bien tu trabajo.
Ella había palidecido oyéndolo y sus ojos se llenaron de lágrimas cuando él terminó de hablar.
Reyes se sintió mal por haberla disgustado. Maldijo en silencio cuando a ella le temblaron los labios.
–Reyes, yo nunca quise que te pasara esto –musitó ella–. Estaba protegiendo a la gente a la que quiero y no calculé bien las consecuencias. Pero lo de tu padre es una buena noticia. Tú no estabas allí, pero eso no anula el hecho de que haya mejorado.
Reyes, que estaba a punto de recriminarla por su optimismo no deseado, se detuvo sorprendido cuando ella se acercó y lo besó en la mejilla y se apartó enseguida. La miró.
–¿Por qué has hecho eso?
–Parecía que lo necesitabas. Pronto volverás a casa, no te preocupes –contestó ella.
Se envolvió en una toalla y se secó el pelo con otra. Reyes la miró en trance. Vio otra cicatriz en su rodilla y frunció el ceño.
–¿Eso te pasó en el reformatorio? –preguntó.
Ella siguió su mirada. Negó con la cabeza.
–No. Fue otro producto de mi juventud desperdiciada.
Él apretó los puños.
–Eso no es una respuesta.
Jasmine tragó saliva.
–Me vi en medio de dos bandas durante una guerra de territorio en el barrio donde vivía. Esto me lo hizo el cristal roto de una ventana al caer.

–¿Cómo se rompió el cristal? –inquirió él.

–Con balas.

A Reyes lo embargó una furia fría.

–¿Tu madre te dejó vivir en un lugar tan peligroso?

–No teníamos adónde ir –repuso ella.

Reyes le miró la rodilla, abrumado por el instinto de protección que sentía hacia ella. Le costó mucho resistir el impulso de pasar la mano por la cicatriz. Tanto como evitar preguntarse si tendría más marcas en el cuerpo.

No era asunto suyo. Ella era una presencia transitoria en su vida. Ya ni siquiera le apetecía castigarla por el robo del tratado. Había tenido una vida difícil. Había hecho cosas de las que no se sentía orgullosa, pero las había hecho por lealtad y por supervivencia. Sin embargo tampoco quería dejarla marchar todavía.

Lo que quería era calmar el deseo visceral de tumbarla en la superficie plana más próxima y redescubrir los placeres embriagadores de su cuerpo. La miró a los ojos. Ella le sostuvo un momento la mirada y luego apartó la vista.

–Iba a pedir servicio de habitaciones ¿Quieres tú algo? –su voz era ronca, cálida y sexy.

Reyes apartó la vista de su boca sensual.

–Sí, me muero de hambre. Y no olvides pedir una cesta grande de pan.

Reyes descartó a la segunda candidata a los veinte minutos de conocerla.

–¿Qué le pasaba? –preguntó Jasmine, a pesar del alivio que sentía. Caminaba detrás de él alejándose del restaurante de los Campos Elíseos en el que había quedado a almorzar.

–Tus notas decían que no tenía relación con los negocios mediáticos de su padre y eso no es cierto –él la miró en cuanto subieron al coche–. Por si no lo he dejado claro, detesto los medios de comunicación. Fueron un infierno para mi hermana y para mí cuando éramos pequeños, gracias a su insaciable interés por mi madre y sus infidelidades.

–No sabía eso de tu madre. Lo siento.

Él se aflojó la corbata de rayas azules que llevaba con una camisa blanca inmaculada y un traje gris oscuro.

–Gracias. Quizá debí darte más tiempo para preparar esto.

Jasmine lo miró pensativa.

–¿Tus súbditos sabían lo de tu madre?

–Sí. Consideraban que mi padre era débil por no divorciarse de ella y la odiaban.

Ella guardó silencio un momento, pero había una pregunta que le rondaba por la cabeza.

–En España dijiste que no querías otra vida destruida en tu conciencia. ¿Pasó algo más con tu madre?

Reyes guardó silencio tanto rato, que ella estaba segura de que no contestaría.

–Hace cinco años estuve a punto de prometerme –dijo él al fin.

Jasmine no esperaba oír aquello.

–¿Qué? –preguntó.

Él soltó una risa amarga.

–Conocí a Anaïs Perdot la última vez que estuve en París. Fue en mi primera gira diplomática. Su padre hacía muchos negocios en Santo Sierra y Anaïs y yo nos hicimos íntimos. Sus padres querían que congeniáramos. Supongo que, sobre el papel, éramos la pareja ideal. Ella era joven y divertida. Por un tiempo me hizo olvidar que era hijo de una reina a la que no le importaba revolcar el apellido de la familia por el barro con sus infidelidades. También me ayudó a forjar una relación mejor con el padre al que detestaba por ser débil y no frenar el comportamiento de mi madre –suspiró.

–¿Por un tiempo? –preguntó Jasmine.

–Sus padres pensaron que Anaïs debía vivir un tiempo en Santo Sierra antes de anunciar el compromiso. Y en pocas semanas cayó en las garras de mi madre.

–¿Cómo?

Reyes se encogió de hombros.

–Empezó con almuerzos y salidas de compras. Luego pasaron a fiestas nocturnas de las que no volvía al palacio hasta muy tarde. Después dejó de volver.

Jasmine frunció el ceño.

–Y luego apareció fotografiada haciendo el amor con otro hombre la semana antes del día en el que estaba previsto anunciar el compromiso.

Jasmine se llevó una mano a la boca.

–¡Oh, Dios mío! ¿Y qué hiciste?

Él movió la cabeza.

–Di una gran cantidad de dinero al fotógrafo chantajista para que no publicara las fotos y tuve una gran pelea con mi padre porque se negó a mover un dedo contra mi madre por la parte que había jugado en el comportamiento de Anaïs.

–Lo siento mucho –Jasmine le puso una mano en el brazo y notó su tensión.

–Eso no fue lo peor. El día que le dije a Anaïs que habíamos terminado, fue a ver a mi madre. Esta la convenció de que lo mío era una pataleta y se me pasaría. Y luego se la llevó de juerga una vez

más. De camino a casa del club, atropellaron a alguien y se dieron a la fuga. Anaïs afirmaba que conducía mi madre y esta sostenía lo contrario. El resultado fue que un adolescente quedó paralítico de por vida.

–¿Y tu padre tampoco hizo nada?

Reyes se pellizcó el puente de la nariz.

–Cuando expulsé a Anaïs y su familia de mi vida, ella decidió contar su versión de la historia a la prensa. Mi padre por fin intentó controlar los daños, pero era demasiado tarde. Nos vilipendiaron en la prensa. El comportamiento de mi madre se descontroló aún más. Murió un mes después y ahí empezaron las primeras protestas.

–Y la enfermedad de tu padre complicó los problemas –comentó Jasmine.

La tristeza que había visto la primera noche en Río en la cara de él apareció de nuevo.

–No tuve ocasión de decirle que lamentaba nuestra pelea.

–Estarás en casa en unos días. Podrás decírselo.

Él tardó un momento en hablar.

–¿Comprendes ahora por qué es imperativo encontrar a la candidata idónea?

Jasmine asintió.

Sabía que el matrimonio de él sería de conveniencia, pero también sabía que Reyes pensaba comprometerse de por vida.

Y estaría fuera de su alcance para siempre.

Capítulo 13

CREO que ya hemos comentado todo lo que había que decir. Espero haber probado que soy de fiar y que seré discreta, especialmente en temas relacionados con los medios –Bernice Holden sonrió a Reyes.

–¿Aceptas que este acuerdo sea permanente, o como mínimo, una proposición a largo plazo? –preguntó él.

–Por supuesto. Me gusta pensar que yo aporto mucho, pero soy consciente de que tengo mucho más que ganar si conseguimos que nuestra unión funcione.

Jasmine intentaba mantener la compostura al oír las negociaciones entre Reyes y Berenice. Llevaban una hora debatiendo condiciones. Y siempre que alcanzaban un acuerdo compatible, Jasmine sentía que se le marchitaba el corazón.

–Disculpen –dijo.

Se levantó y se tambaleó. Vio por el rabillo del ojo que Reyes se ponía en pie, pero ella no se detuvo hasta que cerró la puerta del cuarto de baño tras de sí y se dejó caer sobre la tapa cerrada del váter.

«Respira».

Aquello terminaría pronto. Había recibido la prueba de embarazo. No había podido hacérsela porque Reyes la había llamado para interrogarla sobre Berenice antes de su encuentro con ella y después había insistido en que lo acompañara.

«Respira».

En una hora más, lo sabría. Entre otras cosas, no creía que fuera sano vivir en aquel estado de ansiedad perpetuo si estaba embarazada.

Esperó hasta que hubiera sido descortés faltar más tiempo. Volvió a la mesa y aguantó el último plato. Intentó no temblar cada vez que Berenice miraba a Reyes.

Notó vagamente que este se ponía en pie.

–¿Jasmine? ¿Estás bien?

Ella asintió. Miró a su alrededor. Berenice se había marchado y estaban a solas.

–¿Estás lista para marcharnos?

Jasmine se puso en pie y echó a andar a su lado. En el coche guardaron silencio unos minutos, hasta que ella no pudo más.

–¿Crees que esta es la idónea? –preguntó.

Reyes se encogió de hombros.

–Sí, tiene todas las cualidades. Mañana convocaré una reunión del

Consejo en Santo Sierra y les diré que empiecen a planear mi boda.

Estaba embarazada.

Tres palitos así lo confirmaban. Jasmine se tumbó en la cama y se colocó una mano temblorosa sobre el estómago. Había un niño creciendo en su interior. Y no un niño cualquiera. Un bebé de Reyes.

Cerró los ojos y respiró profundamente. Tenía que decírselo, de eso no había duda. Jamás se le ocurriría privar a su hijo de su padre por elección. Pero, por otra parte, aquel no era un niño corriente...

Llevaba en su vientre al futuro heredero del trono de Santo Sierra. Y su padre se iba a casar con otra mujer en unas semanas.

Jasmine se colocó de lado y abrazó una almohada contra su pecho. Le escocían los ojos. Parpadeó con rapidez y maldijo las hormonas que fluían alocadamente por sus venas.

«Piensa».

–¡Jasmine!

Ella abrió los ojos y vio a Reyes, que cruzaba la suite hacia su cama. Se sentó en el lecho. Las pruebas de embarazo estaban a salvo debajo de la almohada.

–¿No has aprendido a llamar a la puerta? –preguntó.

–He llamado varias veces. He entrado porque estaba preocupado. ¿Estás bien?

Jasmine recordó que había estado llorando. Se pasó las manos por las mejillas.

–Sí, sí. Solo un poco cansada. ¿Querías algo?

–Tenías que dar los detalles de la señorita Holden a mi secretario de prensa. No los ha recibido –frunció el ceño–. ¿Seguro que estás bien? Te noto pálida.

–Reyes...

–No me digas que no es nada. A ti te pasa algo. El chef dice que no has tocado el desayuno y anoche apenas cenaste. Si insistes en que no estás enferma, entonces debe de ser otra cosa. ¿Te preocupa lo que te pueda ocurrir cuando lleguemos a Santo Sierra?

–¿Debería preocuparme?

–No apruebo lo que hiciste, pero comprendo los motivos.

Jasmine sintió un nudo en la garganta.

–Gracias.

Hubo una pausa.

–Tengo que escribir a tu secretario –añadió ella–. Si no hay nada más...

Él la miró un instante. Luego se giró y salió de la habitación.

Jasmine permaneció diez minutos mirando al frente. Reyes la había perdonado por lo que había hecho en Río. Lo que implicaba que podía

marcharse cuando terminara la tarea que le había encomendado y le hubiera dicho lo del bebé.

Tenía que irse. Cuanto más tiempo pasaba con él, más anhelaba cosas que no tenía sentido anhelar. En cuanto al bebé, seguro que podrían alcanzar un acuerdo que conviniera a los dos.

¿Por qué, entonces, volvía a llorar al pensar en regresar a Londres sola?

Movió la cabeza y escribió el correo electrónico al secretario de prensa. Cuando terminó, fue al baño, se lavó la cara y se cepilló el pelo.

Llamó a la suite de Reyes y entró con determinación cuando él se lo indicó. Era la primera vez que estaba allí y se detuvo a los pocos pasos.

La estancia estaba decorada en blanco y negro y dominada por una cama gigante con cuatro columnas de hierro forjado.

La alfombra era blanca inmaculada y contrastaba con las cortinas de terciopelo negro. El diseño era atrevido, masculino y rezumaba sofisticación.

–¿Has venido a admirar la decoración? –preguntó Reyes.

Jasmine posó la vista en él y carraspeó.

–Hay algo que tengo que decirte –susurró.

Él se puso tenso. Caminó despacio hasta donde estaba ella.

–No sé cómo decir esto, así que lo diré sin más –declaró ella.

Reyes la miró enarcando una ceja. Ella cerró los ojos un segundo.

–Estoy embarazada.

Era un príncipe heredero. Podía sentir distintas emociones. Valor ante el peligro, orgullo, rabia... incluso sorpresa a veces.

Pero Reyes estaba seguro de que en algún lugar de la constitución de su reino habría una cláusula que establecía que no podía sentir pánico ciego.

Y sin embargo, eso era lo que sentía en aquel momento. Pánico y unos celos imposibles.

«Para», se dijo. «Piensa un momento».

Pero no podía pensar más allá del hecho de que ella se había acostado con otro.

Se volvió bruscamente y echó andar hacia la sala de estar pegada a su dormitorio.

–Ven conmigo.

Ella lo siguió. Él indicó uno de los sofás.

–Siéntate.

Jasmine obedeció. Cruzó los tobillos y unió las manos en su regazo. Un dolor profundo atravesó el pecho de Reyes. Se acercó a la ventana.

–Obviamente, esto cambia las cosas. ¿Quieres que te libere de tus obligaciones? –preguntó.

Como ella no contestaba, se volvió a mirarla. Parecía sorprendida.

–Umm, con el tiempo, sí. Pero no hago nada que pueda poner en peligro la salud del bebé, así que puedo terminar esta tarea –ella se mordió el labio inferior–. Es decir, si tú quieres.

–¿Quién es él? –preguntó Reyes, antes de que las palabras se hubieran formado del todo en su mente.

–¿Quién es quién?

–El padre de tu hijo –¿por qué le quemaban tanto las palabras en la garganta?

Ella abrió mucho los ojos.

–¿El padre? El padre eres tú.

Reyes volvió a sentir pánico. También orgullo. Y sorpresa. Y pánico de nuevo.

Alegría. Orgullo. Furia.

–¿Yo? ¿Me tomas por tonto?

–No, claro que no.

–¿O habías decidido esperar hasta que te perdonara antes de lanzarme esta sorpresa?

–No sé de qué me hablas –contestó ella.

–Sabes muy bien de lo que hablo. ¿Ese era tu plan desde el principio? ¿Entrar en mi embajada en Londres y conspirar para conseguir más de mí?

Ella negó con la cabeza.

–¿Conspirar? Ahora me acusarás de haberte controlado mentalmente para que olvidaras usar un preservativo en la ducha en Río.

Reyes buscó frenéticamente en sus recuerdos.

«La ducha... sin preservativo... ¡Madre de Dios!».

La miró, buscando la verdad.

–¿El niño es mío?

Ella le devolvió la mirada. Sus ojos eran osados y fieros.

–Sí. Ya sé que no tengo mucha credibilidad contigo, pero créeme cuando digo que jamás me rebajaría a un engaño así.

Él asintió, sorprendido todavía. La creía, pero sentía la necesidad de conseguir toda la verdad.

–¿No tomabas la píldora?

–No. No era necesario.

Él dio unos pasos por la estancia.

–¿Cuándo te has enterado?

–He hecho las pruebas hace una hora –contestó Jasmine.

Sacó tres palitos blancos y rosas del bolsillo de los vaqueros y se los tendió.

Reyes los tomó, los examinó, y se los metió al bolsillo. Su presencia allí le hizo aceptar por fin la realidad.

Iba a ser padre. Jasmine no esperaba un hijo de otro hombre, sino suyo.

Alegría. Una extraña sensación de posesión.

–Pediré que te vea un médico. Hay que mejorar ese mal apetito tuyo.

Jasmine se lamió los labios.

–No hay prisa. Puede esperar.

–No, no puede. Nada puede esperar. Ya no.

–¿Qué quieres decir?

–Digo que todo ha cambiado.

Reyes le acarició la mejilla. No sabía por qué no se le había ocurrido antes. Jasmine no era la candidata perfecta, pero era mucho mejor que ninguna otra de las que conocía. No habría falsas declaraciones de amor que complicaran el tema, eran compatibles en la cama...

Y esperaba un hijo suyo.

–Reyes, no entiendo lo que dices.

En ese momento llamaron a la puerta.

–¿Sí?

Entró un ayudante joven.

–Ha llegado el Consejo. Los he colocado en la sala de conferencias, como me pidió.

Reyes asintió.

–Gracias, Antonio. Voy enseguida.

El ayudante se retiró. Reyes no encontraba palabras para lo que quería decir. Al final, se acuclilló delante de Jasmine y le tomó ambas manos en las suyas.

–He tenido tanta responsabilidad en esto como tú. Fracasé en mi deber de protegerte y te pido disculpas. Me dejé llevar, pero te puedo asegurar que no tengo problemas de salud de los que debas preocuparte.

–Ni yo tampoco –musitó ella.

–Me alegro. Espero que también aceptes lo que tiene que pasar ahora.

Jasmine frunció el ceño.

–Creo que no entiendo.

–Anularé la boda de las próximas semanas y me casaré dentro de tres días.

Ella sintió que la sangre abandonaba su cabeza. Menos mal que la sujetaba él, porque, si no, se habría caído.

–Yo... Está bien. Déjalo de mi cuenta. Llamaré a la señorita Holden y organizaré su viaje a Santa Sierra –repuso. Empezaba a sentir todo su cuerpo entumecido y necesitaba sentarse antes de caerse.

Reyes enarcó las cejas.

–¿Por qué la vas a llamar?

–¿Porque te vas a casar con ella?

–No me has entendido. La boda es para ti. Solo pienso casarme contigo.

No era la declaración más romántica que Jasmine había oído en su vida. Pero a pesar de la sorpresa que la invadía, comprendió que en los planes de Reyes para ellos no entraban ni el romanticismo ni el amor.

Capítulo 14

LAS fotos que había visto Jasmine de Santo Sierra no le hacían justicia.

Cuando el avión privado volaba en círculo sobre las majestuosas montañas verdes y las aguas color turquesa antes de aterrizar, apenas podía contener su admiración.

Y ella iba allí para casarse con el príncipe Reyes Navarre. Ella, una delincuente juvenil, se convertiría en princesa en cuarenta y ocho horas.

Y por si eso no fuera ya bastante terrorífico, había comprendido por fin que estaba desarrollando sentimientos por Reyes.

Temerosa de que él leyera eso en su rostro, miró por la ventanilla en dirección a la montaña que ya sabía que se llamaba Montaña Navarre. Allí había nacido la Casa Real de Navarre y desde allí habían gobernado los antepasados de Reyes durante varios siglos. Los aviones tenían prohibido volar encima del palacio, pero la vista aérea que había visto de él la había dejado sin aliento.

Hizo un esfuerzo y miró a su acompañante.

–¿Seguro que no estamos apresurando todo esto? ¿No hay ningún protocolo de bodas reales que tenga que aprender antes?

Él la miró a los ojos.

–Vas a tener un hijo mío. Todo lo demás deja de importar ante esa realidad.

Jasmine recordó cómo le habían sonreído los consejeros al salir de la reunión y añadió un motivo más a los que tenía Reyes para estar contento con todo aquello.

Después de una boda real, un bebé real era la celebración más alegre de cualquier país. Reyes volvía a casa, no solo con su futura esposa, sino también con su futuro heredero, aunque el anuncio formal del embarazo no se haría hasta unas semanas después.

Esos dos eventos, combinados con sus planes económicos para Santo Sierra, seguramente le harían recuperar el cariño de su gente.

Una parte de ella sentía alivio de que sus acciones no hubieran causado un daño permanente en aquel reino. La otra parte, más egoísta, no podía ocultar el dolor de sentirse como un daño colateral.

–Estás preocupada –observó Reyes.

Ella carraspeó.

–Es mi problema. Yo lidiaré con él.

El rostro de él se oscureció.

–Ya no eres una persona sola que lucha contra las masas. Y prefiero no empezar nuestro matrimonio con secretos entre nosotros.

Jasmine negó con la cabeza.

–Créeme, tú no quieres saber lo que hay en mi cabeza ahora mismo. Estoy con las hormonas revolucionadas y quizá me estoy comportando de un modo irracional.

Reyes apretó los labios.

–Quiero oírlo.

–Está bien. Si insistes... Yo estaba delante de ti y no me tuviste en cuenta como novia en potencia en ningún momento. Así que perdona si me siento como un segundo plato.

«¡Oh, Señor! ¿Por qué dije eso?».

Jasmine seguía nerviosa horas después de que hubieran aterrizado y la hubieran dejado en su suite del palacio.

A pesar de la opulencia que la rodeaba y de la rica historia grabada en las paredes, del suelo de baldosas y de los cuadros de antepasados, no podía dejar de pensar en las palabras que había pronunciado minutos antes de que aterrizara el avión.

¡Qué patética había sonado!

La sorpresa en la cara de Reyes la había convencido de que se había pasado de la raya. No tenía nada de raro que él se hubiera retirado apresuradamente en cuanto llegaron al palacio.

Jasmine se levantó de un sillón situado junto a la ventana de su amplio dormitorio y entró en el cuarto de baño.

La bañera de mármol había sido llenada con agua perfumada y una de las empleadas del palacio había dejado allí toallas esponjosas.

Se había quedado sin habla al abrir un vestidor lleno de ropa y accesorios de diseño. Y más todavía cuando la empleada le había dicho que los habían llevado para ella.

Se quitó la bata de seda y se sumergió en la bañera. Esa noche tenía que cenar con Reyes y su hermana y quería pasar el examen de su cuñada.

Miró por la ventana del baño y contuvo el aliento. Como no había nada que entorpeciera la vista desde la cima de la montaña, podía ver varios kilómetros de reino.

San Domenica, la vibrante capital, se extendía bajo ella. Iglesias blancas se alternaban con arquitectura moderna, parques verdes y edificios históricos.

En el camino desde el aeropuerto, había visto la expresión de orgullo y preocupación en los ojos de Reyes. También habían pasado por la plaza principal y él se había puesto tenso al ver a una mujer que

lloraba al lado de una estatua rota.

Jasmine había sufrido por él. Reyes no había dicho nada y se había retirado en el momento en el que habían entrado en el palacio.

Y ella se había quedado a solas con sus sentimientos confusos. Se puso un vestido largo de color verde esmeralda con corpiño bordado con piedras de colores, zapatos de tacón sin talón y se hizo un moño en el pelo.

Fernanda, la empleada que le habían adjudicado, la llevó hasta el comedor y se retiró con una sonrisa.

Jasmine estaba ocupada admirando la estancia de techos altos y frescos mediterráneos antiguos cuando oyó voces fuera.

Se acercó a la puerta y siguió el sonido por un largo pasillo. Al doblar una esquina, sorprendió a Reyes y a una mujer alta y delgada en mitad de una discusión acalorada en español.

Él hablaba con furia y la mujer, guapísima, respondía alzando la voz y gesticulando mucho.

Jasmine pensó en retirarse, pero los dos se volvieron al notar su presencia. Reyes pareció quedarse un momento inmóvil al verla. La miró de arriba abajo y respiró hondo.

–Hola –murmuró Jasmine.

Reyes apretó los labios.

–Isabella, te presento a Jasmine Nichols, mi futura esposa. Jasmine, esta es mi hermana, la princesa Isabella. Te acompañará a la terraza para tomar algo allí. Yo me reuniré con vosotras enseguida.

Se alejó sin esperar respuesta.

Isabella lo miró alejarse con expresión dolida y enfadada. Estaba espectacular con un vestido de color crema con bordados dorados y negros. La tela de satén realzaba su figura esbelta y combinaba bien con su piel dorada sin mácula.

Miró a Jasmine y movió la cabeza con frustración.

–Al parecer, hice mal en suspender mi boda con un hombre al que no amaba.

–El deber es muy importante para Reyes –repuso Jasmine, diplomática.

Isabella alzó las manos al cielo con desesperación.

–Después de los ejemplos que hemos tenido, él debería saber que el matrimonio es ya bastante duro sin necesidad de meterse en eso con el corazón frío. Le he dicho que, si tengo que esperar mil años para encontrar a un hombre que me haga feliz, lo haré.

Jasmine soltó una carcajada.

–Seguro que no se lo ha tomado muy bien.

Isabella sonrió.

–Nada bien –lanzó un suspiro exasperado–. O puede que su reacción se debiera a otra cosa.

–No comprendo –repuso Jasmine.

–Pronto descubrirás lo difícil que es mantener un secreto aquí. Tú no eres la mujer que la oficina de prensa iba a anunciar como novia de mi hermano hace dos días. Me pregunto si es posible que lo que le perturba no tenga nada que ver conmigo y sí mucho contigo.

Jasmine se lamió los labios, incómoda por aquella conversación cuando aún no sabía cuál sería su papel en aquel matrimonio de conveniencia.

–¿Podemos dejar el tema, por favor?

Isabella se agarró de su brazo.

–Por supuesto. Vamos a tomar unos cócteles antes de la cena. Si a Reyes se le pasa la pataleta, se reunirá con nosotras. Si no, él se lo pierde.

Jasmine la acompañó hasta una habitación con puertas amplias que daban a una terraza grande. Luces suaves iluminaban el espacio, adornado con macetas de ficus. En el centro había una barra de bar enorme y detrás dos sirvientes.

Uno se adelantó con una bandeja que contenía una variedad de bebidas de colores alegres. Isabella señaló una verde con hielo.

–Prueba esa. Está hecha de guayaba y una fruta de aquí llamada *santosanda*.

–No es alcohólica, ¿verdad?

Isabella negó con la cabeza.

–No contiene alcohol.

Jasmine tomó un sorbo. Distintas texturas explotaron en su lengua. Dominaba un sabor agridulce que le provocó un escalofrío delicioso por la columna.

–¡Vaya!

Isabella sonrió y tomó un vaso que contenía una bebida de color melocotón. Caminó por la terraza y contempló el horizonte.

–Por si tienes dudas, me alegra mucho tu matrimonio con mi hermano. El Consejo tiene razón. Necesitamos buenas noticias. Yo seguí a mi corazón al no casarme con Alessandro, pero últimamente me pregunto si no seguí el camino egoísta.

Jasmine negó con la cabeza.

–Os habríais hecho daño mutuamente.

–¿Lo dices por experiencia?

A Jasmine le caía bien la princesa. Tenía un rostro abierto y sincero en consonancia con su actitud franca y directa.

–Vi a mi madre entregarse a hombres que no merecían su amor.

La princesa apretó los labios.

–Mi madre tuvo todo el amor que podía darle un hombre a una mujer y salió una y otra vez a buscar más en los lugares equivocados. Mi padre jamás ha superado saber que no era bastante para ella.

–Un amor donde solo ama uno es tan difícil de mantener como la falta de amor –a Jasmine le dio un vuelco el corazón al decir eso. Tomó otro sorbo del cóctel y vio que se había terminado. Un sirviente le acercó otro en el acto–. ¿Cómo está tu padre?

Isabella miró con tristeza el ala sur del palacio.

–Resistiendo. Casi me gustaría que dejara de luchar. Quiero que encuentre paz...

–¡Isabella!

Ambas se sobresaltaron. Reyes estaba detrás de ellas con expresión turbulenta.

–Lo siento, hermano, pero sabes que tengo razón.

Reyes apretó los puños.

–Si eso es lo que le vas a contar a Jasmine, quizá deberías cenar sola.

La princesa abrió mucho los ojos. Tragó saliva.

–Muy bien. Creo que lo haré –dijo. Y se alejó antes de que Jasmine pudiera intervenir.

Esta miró a Reyes.

–Disgustar a las mujeres parece ser tu especialidad. ¿Seguro que no quieres mudarte a un monasterio lejano y pasar allí el resto de tu vida?

La expresión de él se suavizó un poco. La miró de arriba abajo y detuvo la mirada en la copa de ella.

–El silencio seguramente podría soportarlo, la castidad, no. ¿Cuántos de esos has tomado?

–Este es el segundo. Me lo ha recomendado Isabella. Esa fruta de aquí... la *santosanda*, está deliciosa.

–Cierto, ¿pero te ha dicho que, una vez fermentada, es un poderoso afrodisíaco?

Capítulo 15

REYES vio que parecía sorprendida y un sonrojo cubría sus mejillas. Miró la copa y después a él.

–No, no me lo ha dicho –parpadeó y se pasó la lengua por el labio inferior.

¿Acaso no notaba los efectos en sí misma? Llevaba unos minutos acariciando el borde de la copa con languidez y sus pezones se habían endurecido claramente debajo del vestido.

Reyes tragó saliva.

–Creo que ya has tomado bastante –le quitó la copa semivacía y se la dio a un camarero. Tomó dos vasos de agua y le pasó uno a ella.

–Gracias.

–De nada.

Reyes dio unos pasos por la terraza. Jasmine le hacía sentir cosas. Le hacía sentir deseo o, mejor dicho, necesidad. Y la idea de que su hijo crecía en el vientre de ella lo llenaba de emociones poderosas cada vez que se le pasaba por la cabeza.

En ocasiones se sorprendía queriendo seguir el ejemplo de Jasmine. Ella había encontrado el modo de salir del erial que era no tener a nadie en quien confiar y se había permitido volver a tener fe en la humanidad. A pesar de la horrorosa experiencia del reformatorio y de una madre que no hacía muy bien ese trabajo, Jasmine había regresado al camino que Reyes luchaba por encontrar.

No podía negarlo. Ella le impulsaba a ser un hombre mejor. ¿Criar juntos a su hijo lo convertiría también en un buen padre?

Tragó el miedo que sentía y la miró.

Ella lo observaba a su vez.

–Me siento rara –dijo.

Reyes se echó a reír, algo poco frecuente en él.

–Necesitas aire fresco. Falta una hora para la cena. Ven, te mostraré todo esto.

Ella se miró los pies.

–No creo que estos zapatos estén muy bien para caminar por la tierra. Ya me hacen daño.

–Solo iremos al pie de esas escaleras –había carritos de golf en distintos puntos del palacio para facilitar el movimiento por el terreno.

La llevó hasta uno de ellos y esperó a que estuviera sentada. No le

sorprendió que se quitara los zapatos y suspirara aliviada. Condujo el carrito hacia el punto más al norte de la propiedad. A su lado, Jasmine lanzó exclamaciones al ver la fuente elaborada que había construido su abuelo para que chapotearan sus hijos, el enorme lago que contenía cisnes blancos majestuosos moviéndose serenamente en la luz del ocaso y las ruinas de un anfiteatro asentado en un acantilado.

Jasmine señaló las luces que alumbraban este último.

–¿Todavía lo usáis?

Él asintió.

–Isabella organiza todos los años un concierto de Navidad para niños.

Jasmine se echó a reír.

–Eso es muy bonito –comentó–. Reñirla como antes, no.

Él detuvo el carrito en la hierba y la ayudó a salir. Ella empezó a ponerse los zapatos.

–Déjalos, no los necesitas.

Jasmine los dejó caer con una sonrisa. Se sujetó el vestido para que no rozara la hierba y salió.

–Isabella y yo tenemos una relación temperamental –dijo él–. Ahora ya se habrá calmado.

Jasmine frunció el ceño.

–¿Pero no te disculparás con ella?

–Sí. Me disculparé por la mañana, cuando esté seguro de que no me arrancará la cabeza.

Ella se echó a reír.

Él se detuvo en seco.

–Deberías reír más –dijo–. Es un sonido fascinante.

Ella se ruborizó. Él le tendió la mano.

Jasmine vaciló. Bajó la vista y señaló el vestido.

–No quiero soltarlo por si se mancha con la hierba.

Reyes respiró con fuerza.

–Es solo un vestido. Te compraré cien más. Suéltalo.

Ella hizo una mueca.

–Sí, mandón –soltó el vestido y le dio la mano. Una mano cálida, firme, casi confiada.

Un sencillo gesto y, sin embargo, él no podía dejar de pensar en eso mientras subían la pequeña colina.

–¿Adónde vamos? –preguntó Jasmine sin aliento.

Él se dio cuenta de que caminaba muy deprisa y aflojó el paso.

–Ahí arriba –señaló con el dedo.

Ella miró el monumento de piedra plantado en el suelo.

–¿Qué es eso?

–Tienes que acercarte más para verlo.

Jasmine lo siguió colina arriba. Intentó soltar su mano, pero él la

retuvo. Ella le sonrió, se acercó a la piedra y pasó la otra mano por las marcas antiguas de la superficie rugosa.

Reyes le señaló una hendidura en la tierra.

–¡Oh, Dios mío! –susurró ella, asomándose al hueco quemado–. ¿Cómo es de profundo?

Él se colocó detrás, le soltó la mano y le rodeó la cintura con los brazos.

–Nadie lo sabe. Todos los gobernantes de Santo Sierra han prohibido siempre explorarlo.

–¿Pero cómo llegó aquí? –preguntó ella.

Él bajó la cabeza y le rozó la parte superior de la oreja con los labios.

–Según la leyenda, el primer príncipe heredero de Santo Sierra se escapó con la prometida del príncipe de Valderra el día antes de la boda. El príncipe de Valderra, despechado, salió en su persecución y los alcanzó en este punto. Lucharon a muerte y ambos perdieron la vida. El día después de su entierro, los súbditos encontraron esta hendidura al despertar. Los dos reinos han estado separados desde entonces.

Ella dobló los brazos encima de los de él y apoyó la cabeza en su hombro. Empezó a balancearse.

–Eso es trágico, pero seguro que una buena mediadora podría resolverlo.

Él se echó a reír. Se sorprendió moviéndose con ella al ritmo de su música interior.

–¿Crees que tú puedes tener éxito donde han fracasado tantos otros?

–La mediación es dividir cosas hasta el nivel más básico y establecer qué es lo que más necesita cada una de las partes. Una vez que eso está claro, la mayoría de la gente aceptará sus deseos interiores en lugar de lo que dicta la avaricia –la voz de ella era suave como un murmullo.

Reyes miró su rostro dulce, su nariz perfecta y su boca esplendorosa. Algo se movió dentro de él. Y esa vez no era su libido, aunque esta estuviera despierta y presta a entrar en acción.

Su deseo interior incluía besarla y hacerla suya. Para siempre.

–¿Cuáles son tus deseos interiores, Jasmine? –preguntó.

–La paz mundial. O a falta de eso, que un carruaje mágico me baje de esta colina para no tener que andar –ella soltó una risita y él sonrió.

Corría el peligro de caer más en su red. Quizá aquella excursión no había sido una buena idea.

O quizá debería seguir el ejemplo de su hermana y obedecer a su corazón y no a su cabeza. Jasmine y él habían llegado a aquel acuerdo de un modo poco convencional, pero el destino les había regalado una

compatibilidad que sería estúpido ignorar.

Al día siguiente votarían para elegir un nuevo Consejo y a continuación sería nombrado Príncipe Regente. La oficina de prensa del palacio había anunciado ya su inminente boda. Los médicos de su padre le habían asegurado que la salud del rey no empeoraba de momento y Reyes lo había visto mejor en su visita de ese día.

Por el momento disfrutaría de una velada libre de culpa y ansiedad con la mujer que sería suya en menos de cuarenta y ocho horas.

La mujer que llevaba a su hijo en el vientre.

Se inclinó y la acunó en sus brazos. Ella rio de nuevo y le echó los brazos al cuello. Su nariz rozó la mandíbula de él, que sintió una presión en el vientre.

Sí, unas cuantas horas libres de preocupaciones eran justo lo que necesitaba.

–No tenemos un carruaje, pero se me ha ocurrido algo que quizá te agrade –él caminó a la cima de la colina, giró noventa grados y le dio un golpecito con la barbilla.

–Ahí –le murmuró al oído.

Jasmine miró lo que le señalaba y lanzó un grito de sorpresa.

–Parece una tarta de bodas gigante –susurró.

–Porque la diseñaron como un regalo de bodas para una novia. Pero es una casita de verano.

–Es perfecta –comentó ella.

Si creyera en cuentos de hadas, aquella sería la casa de sus sueños. Pero como no creía, sabía que aquello no sería más que un breve interludio para ellos dos.

Reyes subió las escaleras de aquella estructura cuadrada y las puertas de madera se abrieron hacia atrás. Jasmine miró el interior.

Pasaron la sala de estar, amueblada con divanes y sofás llenos de cojines. Reyes la guio hasta el baño y la sentó en un pedestal al lado de un gran lavabo de porcelana.

Retrocedió y abrió el grifo de una bañera enorme.

–Ah... ¿alguno de los dos se va a bañar? –preguntó ella.

He pensado que quizá quieras lavarte los pies, ya que has caminado en la hierba.

–Oh. Supongo que es una buena idea, con estas alfombras de pared a pared.

Jasmine empezó a bajarse de su asiento, pero él la sujetó con una mano en la cintura y se inclinó para añadir sales de baño al agua templada.

A esa distancia, su olor inundaba los sentidos de ella. Cuando él respiraba, su cuerpo se movía contra el de ella.

Cuando el agua llenó la cuarta parte de la bañera, él la miró.

–Súbete el vestido.

Ella tiró de la prenda en las caderas. Él la tomó en brazos y la sentó en el borde de la bañera. Jasmine dio un respingo cuando él se arrodilló a su lado.

Reyes agarró una toallita, la mojó en el agua perfumada y empezó a lavarle los pies.

Ella se sobresaltó. Él le tomó un brazo y se lo pasó por los hombros.

–Agárrate a mí si crees que resbalas.

Jasmine se agarró. Pasó los dedos por los mechones de pelo de la nuca de él. Sus dedos rozaron la piel de Reyes, que emitió un gemido.

–Tienes unos pies perfectos –murmuró él.

–Gracias –repuso ella con voz temblorosa.

Él alzó la cabeza y la miró con deseo.

–Piernas perfectas –le tomó los tobillos y subió las manos por las pantorrillas.

Jasmine olvidó respirar. Se agarró con fuerza a la nuca de él, pues era su única estabilidad en un mundo que se descontrolaba rápidamente.

–Unos muslos perfectos.

–Reyes...

Él le miró los labios y la besó.

Ella se entregó al beso, le echó ambos brazos al cuello cuando la levantó de la bañera y la sacó del baño. Volvieron a la sala de estar y la depositó delante de la chimenea.

Se tumbó a su lado y profundizó el beso mientras le acariciaba la pierna y el muslo antes de posar la mano sobre el trasero.

–Eres perfecta –susurró él cuando apartó la cabeza para respirar.

Pero ella no quería respirar. No quería que ninguna duda, por mínima que fuera, manchara aquel momento increíble.

–Bésame, Reyes. Por favor.

Él obedeció. Le bajó la cremallera con manos firmes y le quitó el vestido.

–Ahora puedo besarte como es debido. En todas partes.

Devoró los labios de ella, su garganta y la parte superior de sus pechos.

Los gemidos de ella aumentaron de volumen cuando Reyes succionó uno de los pezones. Jasmine arqueó la espalda y clavó los dedos en el pelo de él para mantenerlo allí, dándole placer, torturándola. Un grito agudo brotó de sus labios cuando sus dientes mordisquearon la piel de ella justo encima de las braguitas. Ella se incorporó sobre los codos y lo miró para ver lo que le hacía.

–Reyes...

Él alzó la vista.

–¿Quieres esto, querida? –preguntó con voz espesa.
–Más que nada en el mundo –susurró ella.

Capítulo 16

REYES reanudó la exploración del cuerpo de ella. Vio con satisfacción que Jasmine arqueaba la espalda y ronroneaba. Y se volvía cada vez más exigente.

Él se desnudó sin prisa. Le quitó las braguitas y se colocó entre sus piernas.

–Sí. Por favor... Ahora –dijo ella con voz ronca.

Reyes la penetró con un rugido gutural. La humedad y el calor de ella llenaron su cuerpo de sensaciones. Jasmine lo abrazó por las caderas con abandono.

Él inició un ritmo apasionado que ella siguió con entusiasmo. No tardó en seguirla al orgasmo y gritó de placer cuando se vació dentro de ella.

La observó mientras recuperaban la respiración. El rostro de ella brillaba con el rubor de después del sexo. Reyes nunca había visto a una mujer tan hermosa. Su miembro viril se movió. Ella abrió lentamente los ojos.

Él sonrió y le besó la mejilla acalorada.

–Tú tienes ese efecto en mí.

Salió del interior de ella y la abrazó. Casi inevitablemente, deslizó la mano por el estómago plano de ella. La miró a los ojos y Jasmine le sostuvo la mirada. La mano de Reyes tocó una cicatriz.

–Dime cómo te hiciste esto –pidió.

Ella lo miró un momento, indecisa.

–¿Nunca has oído decir que hay personas que nacen malas?

Reyes frunció el ceño.

–Durante mucho tiempo pensé que yo era una de ellas –continuó Jasmine–. Ya sabes cómo afrontaba mi madre nuestra situación. Yo me rebelaba siempre que podía. Creo que quería que mi madre se fijara en mí. Se portaba como si yo no existiera y yo empecé a faltar a clase y a ir con la gente equivocada.

–¿Y qué pasó?

–Que... perdí el control durante mucho tiempo.

–Tú querías llamar la atención.

–Eso no es excusa. Era una mocosa con una madre a la que le daba igual vivir que morir y reaccioné mal.

–Pero ese no es el final de tu historia.

–No –ella se estremeció en sus brazos–. ¿Recuerdas la guerra de

territorio que te comenté?
–Sí.
–El territorio por el que luchaban era yo. Ocurrió unos meses después de que saliera del reformatorio. Las dos bandas me querían con ellos. Yo pensé seriamente entrar en una, pero sabía que eso sería enterrar mi dolor con destrucción, así que rehusé y todo se descontroló.
Él alzó la cabeza y la miró.
–¿Y cómo saliste de eso?
–Hice que me volvieran a detener. Pensé que la comisaría era un lugar más seguro que la calle. Allí conocí a Stephen. Entonces era diputado y había ido de visita a la comisaría y yo... –ella hizo una mueca.
–¿Tú qué?
Jasmine se sonrojó.
–Le puse la zancadilla cuando pasó a mi lado.
Reyes no pudo reprimir una sonrisa.
–Seguro que eso le hizo fijarse en ti.
–Sí. Podía haberme acusado de agresión, pero en vez de eso, me sacó de allí y me invitó a un café. Hablamos durante horas. Me llevó a casa y conoció a mi madre. Luego empezó a visitarnos todas las semanas. Unos meses después, empecé a hablar con las bandas. Conseguí que hicieran una tregua y hasta hice que los jefes me prometieran que no reclutarían niños para vender drogas.
–¿Y allí empezó tu pasión por la mediación?
–Sí. Seguí estudiando, saqué buenas notas y conseguí mi primer empleo a los veintiún años. Stephen se casó con mi madre y adivina el resto de la historia –ella lo miró a los ojos–. Hasta Río, claro. Siento muchísimo eso.
Él le puso un dedo debajo de la barbilla y le alzó la cara.
–Ya lo sé. Te perdono. Intentabas proteger a tu familia del único modo que sabías.
–Pero acabé empeorando la situación para tu pueblo y para ti.
–Ahora estás aquí, ayudando a arreglarla. Eso me importa. Con un Consejo nuevo, Méndez no podrá seguir con sus juegos. Tal vez, al final, lo ocurrido tenga un punto positivo. A partir de ahora, consideraremos Río como otra lección de la que aprenderemos los dos. ¿De acuerdo?
–De acuerdo –repuso ella, trémula.
Reyes tomó sus pantalones y sacó su teléfono móvil. Habló con el chef y colgó.
–¿La cena vendrá a nosotros? –preguntó ella con una sonrisa.
–Sí. Ventajas de ser un príncipe. Tú tendrás el mismo poder cuando seas mi princesa.

Por el rostro de ella cruzó una sombra. Reyes reprimió el impulso de preguntarle a qué se debía. Algo lo detuvo.

–¿Qué haremos después de cenar? –preguntó ella.

–Te bañaré y tú me dejarás explorar tus demás cicatrices.

Jasmine despertó en mitad de la noche. En la casita de verano había chimenea, pero no la habían encendido y hacía frío. Se estremeció. Bajó la vista y entendió por qué. El edredón estaba en el suelo y lo único que la abrigaba eran el muslo y el brazo de Reyes.

Bajó con cuidado de la cama, tiró de la sábana, se envolvió con ella y fue al cuarto de baño.

Cuando volvió, Reyes roncaba suavemente. Un mechón de pelo le caía sobre la frente. Ella anhelaba apartarlo, pero se contuvo.

Esa noche había sido feliz cuando hacían el amor. En algún momento de la noche, había admitido por fin que se había enamorado del príncipe heredero de Santo Sierra.

Quería a un hombre al que le habían roto el corazón, no solo una mujer, sino dos. Y aunque la traición de Anaïs había sido corta en el tiempo, la de su madre había durado años.

Jasmine se acercó a la ventana y miró las luces de San Domenica. Para bien o para mal, aquel era ahora su hogar y pensaba hacer todo lo que pudiera por que fuera para bien.

Iba a pasar de delincuente a princesa. ¿Era una egoísta al pedir todavía más?

Sí. Pero ella lo quería todo.

Sus ojos se llenaron de lágrimas sin que pudiera evitarlo.

–Estás llorando. Dime por qué.

Jasmine se volvió.

Reyes estaba a pocos pies de distancia vestido solo con boxers. La miraba con intensidad.

–No estaba llorando. Yo nunca lloro. Las lágrimas son para los débiles.

Él entrecerró los ojos.

–¿Quién te dijo eso?

–El jefe de una banda hace años –ella movió la cabeza–. Lo siento. Ese viaje por los recuerdos ha despertado cosas que preferiría olvidar.

Él se acercó más. Le puso las manos en las mejillas.

–¿Y eso es lo que te ha despertado?

Jasmine vaciló.

–¿Estás seguro de estar tomando la decisión correcta, Reyes? No para tu pueblo, sino para ti.

–¿A qué viene eso ahora?

–Sé que hacemos esto por el bebé y por tu gente. Pero nosotros

también estaremos en este matrimonio.

Él apretó la mandíbula.

–¿Qué es lo que intentas decir?

–Que tienes que estar seguro antes de dar un paso que no podremos desandar.

Él se pasó una mano por el pelo.

–¿Qué pasa aquí? ¿Por qué lloras? ¿Tienes dudas con todo esto?

Ella se secó las mejillas y buscó las palabras adecuadas.

–Sí –dijo–. Y creo que, en el fondo, tú también.

Reyes la miró fijamente largo rato. Negó con la cabeza.

–Yo no tengo el lujo de ser caprichoso con esta situación. Es la que es.

A Jasmine le dio un vuelco el corazón.

–¿Y el amor qué, Reyes? Imagino que sí tienes una opinión sobre si quieres amor en tu vida o no.

Él movió una mano en el aire.

–Mi padre se casó por amor y mira cómo acabó.

–¿Estás diciendo que, si te enamoraras y fueras correspondido, eso no sería suficiente para ti?

–Digo que el amor nunca es igual, diga lo que diga la gente. Siempre hay uno que quiere más y ese es el que más tiene que perder –unas sombras cubrieron sus ojos.

Los hermosos ojos de ella se nublaron.

–¿De verdad crees eso?

Reyes le agarró los brazos.

–No creo en cuento de hadas. Y mi realidad habla por sí misma.

Jasmine suspiró.

–¿Cómo está tu padre?

–Todo lo bien que se puede esperar teniendo en cuenta que sus órganos probablemente se rendirán en cuestión de días.

Su padre había tenido un buen día. Reyes había ido a verlo después de la reunión del Consejo. Habían hablado una hora completa, durante la cual Reyes había pedido perdón a su padre por haber sido tan duro con él.

Su padre se había limitado a sonreír y decir:

–Por fin amas –y se había quedado dormido.

–¿Puede hablar? –preguntó Jasmine.

–Un poco, cuando la medicación no lo tiene dormido.

–¿Me haces un favor? –preguntó ella–. La próxima vez que lo veas, pregúntale si volvería a hacerlo. Si volvería a querer a tu madre con amor incondicional.

A Reyes se le encogió el estómago.

–No necesito preguntarlo. Sé que lo haría.

–¿Y crees que eso es estúpido? ¿Esos breves momentos de felicidad

frente al dolor y la traición?

–Jasmine...

–No tienes ni idea de la cantidad de veces que deseé que mi madre me dijera que me quería o que recordara mi cumpleaños. ¿Las cosas entre tus padres siempre fueron malas?

Reyes pensó en los cumpleaños, las vacaciones para esquiar, las reuniones familiares. Su madre había hecho un esfuerzo en aquellas raras ocasiones. Entonces era cuando había visto más feliz a su padre. Pero, como siempre, los momentos felices eran fugaces y los dolorosos perduraban más.

–No –respondió–. Pero era una vida sin confianza ni respeto. Y para mí, eso no es vida. ¿No estás de acuerdo?

Ella hundió los hombros y Reyes sintió pánico interior.

–Da igual lo que yo crea, ¿no? –preguntó Jasmine–. Tú ya has tomado una decisión. Tenemos que planear una boda y esperar al bebé.

Se quedaba. El pánico de Reyes debería haber disminuido, pero en realidad aumentó.

–Podemos hacer que funcione –dijo.

El abatimiento de ella fue todavía más palpable.

–Reyes...

Él la tomó por los hombros.

–Haremos que funcione. Es una orden.

Ella alzó la barbilla.

–Sé que eres el príncipe heredero y que posiblemente pronto serás rey, pero estoy muy harta de que me des órdenes como si yo fuera una subordinada.

Se acercó a la sala de estar y recogió su vestido. Reyes la observó intentar ponérselo sin soltar la sábana y sonrió a su pesar.

–¿Te parece gracioso? –preguntó ella.

–Si sigues saltando así, te vas a caer y romper un hueso.

Ella se subió el vestido, soltó la sábana y tropezó. Él se adelantó y la tomó en sus brazos. Ya no sonreía.

–Suéltame. He terminado de ponerme el vestido.

Él sintió una opresión en el pecho.

–¿Y adónde piensas ir a las tres de la mañana?

–Vuelvo al palacio, por supuesto.

–No. Si estás disgustada, lo hablaremos ahora.

Jasmine lo miró con aire de derrota.

–Solo nos vamos a casar por el niño. Creo que deberíamos centrarnos en eso y no engañarnos pensando que esto pueda ser algo más, ¿de acuerdo?

«Algo más». Una parte de él quería eso. Pero no podía lanzarse al abismo a ciegas. Se jugaba demasiado.

–Jasmine, yo no puedo darte lo que…

Ella alzó una mano y movió la cabeza.

–Lo sé. No soy lo que querías. No hace falta que lo digas más claro –ella se volvió–. Ahora quiero volver al palacio, por favor.

Reyes se vistió y la llevó en el carrito sin poder evitar la sensación de que había perdido la batalla más importante de su vida.

Capítulo 17

SE CASARON dos días más tarde en la catedral más grande de Santo Sierra. Las campanas tocaron a mediodía y soltaron palomas blancas para conmemorar ese evento histórico. Jasmine no sabía cómo se las habían arreglado los empleados del palacio para reunir y acomodar a realeza internacional y líderes mundiales en tan corto espacio de tiempo, pero lo habían conseguido.

Stephen y su madre habían llegado aquella mañana en el avión privado de Reyes y Jasmine agradecía su presencia. Eran dos caras familiares entre una multitud de desconocidos.

Su madre iba en el segundo coche con Isabella y Jasmine se dirigía a la catedral en el asiento trasero de un Rolls-Royce Phantom. Stephen iba a su lado.

Cuando llegaron a su destino, había una docena de pajes de diez años alineados a cada lado de la alfombra azul que llevaba hasta el altar y cada uno sostenía una espada con empuñadura enjoyada que representaba las doce generaciones de ancestros de Reyes que habían gobernado Santo Sierra.

Jasmine se aferró con fuerza al brazo de Stephen de camino hacia el altar. Intentó sonreír al mar de rostros que la miraban con curiosidad.

La boda sorpresa y los informes no confirmados de un posible embarazo habían vuelto loca a la prensa mundial. La falta de desmentidos por parte de la oficina de prensa del palacio se había tomado como una confirmación.

–Ya falta poco, querida –murmuró Stephen.

Reyes la esperaba en el altar. Vestía un uniforme militar con banda y espada y estaba deslumbrante.

Las mariposas se multiplicaron en el estómago de ella.

Desde la noche de la casita de verano, se habían visto muy poco. En su último encuentro, él le había dado un anillo de compromiso que había pertenecido a su abuela. Un diamante enorme, flanqueado por dos más pequeños incrustados en un aro de platino. Le había preguntado si le gustaba y se había alejado antes de que ella tuviera tiempo de asentir. Jasmine no había podido apartar de su mente la idea de que él nunca la querría por mucho que ella se esforzara.

Cuando llegaron al altar, su padrastro la miró con ojos húmedos.

–Estoy muy orgulloso de ti, querida. Eres la hija que siempre he deseado y espero que me perdones por no haber sido siempre el padre

que podría haber sido.

Jasmine se emocionó y parpadeó para reprimir las lágrimas.

–No hay nada que perdonar –susurró a su vez.

Miró a Reyes y el corazón le dio un vuelco. No había nada en su comportamiento que demostrara que se alegraba de estar allí. Se encogió cuando llegó un rumor apagado de fuera, donde la multitud veía la ceremonia en pantallas gigantes.

Jasmine se colocó a su lado y él le apretó la mano. Ella lo miró, pero él tenía la vista clavada al frente y su perfil no mostraba ningún rastro de ternura.

Intercambiaron sus votos en inglés y en español. El resto de la ceremonia se celebró también en los dos idiomas.

Cuando el sacerdote dijo a Reyes que besara a la novia, sus labios apenas rozaron un instante los de ella.

Jasmine sonrió en todo momento, aunque sentía el corazón roto en pedazos. Se había enamorado de un hombre que sospechaba que no la correspondería nunca.

Los vítores de los miles de súbditos que llenaban las calles la sacaron de su estado confuso. Apretó el brazo de Reyes cuando él la ayudó a subir a un carruaje.

–Sonríe, querida. Cualquiera diría que estás en un funeral y no en tu boda.

Ella sonrió y saludó a la multitud agitando una mano.

–No te he visto en los dos últimos días –murmuró.

Reyes alzó la mano a la multitud.

–Y tampoco me verás en las próximas semanas. Voy a estar muy ocupado. Supongo que habrás visto a Méndez entre los invitados.

–Sí.

–Ayer lancé la salva de apertura. Está desesperado por reanudar las conversaciones.

Ella siguió saludando con la mano y lo miró por el rabillo del ojo.

–¿El nuevo Consejo te apoyará? –preguntó.

–Sí, es gente de confianza. No pienso parar hasta que se firme otro tratado.

El banquete fue muy parecido a la boda. Excepto que, en lugar de homilías de varios sacerdotes, Jasmine tuvo que oír varios discursos de personalidades internacionales.

Se hicieron también numerosos brindis en honor del rey ausente, al que ella había conocido por primera vez esa mañana.

Era un hombre muy parecido a su hijo en estatura, pero con una expresión de derrota en los ojos que le hacía parecer más pequeño. Les había dado su bendición con voz entrecortada.

Jasmine sonrió durante todo el banquete y siguió sonriendo hasta que ya no pudo más. Habían terminado las formalidades y algunos invitados estaban entrando en la sesión de baile de la velada.

Ella se puso en pie.

–Me voy a la cama.

Reyes se levantó a su vez.

–Te acompaño.

Cuando llegaron a la puerta del dormitorio, él se llevó una mano de ella a la boca y la besó.

–He pedido a dos sirvientas que te ayuden con el vestido. Que duermas bien, querida.

Capítulo 18

Un mes después…

Jasmine estaba agotada. Le dolían los pies y una jaqueca palpitaba detrás de su oreja izquierda. En el coche que la llevaba de vuelta al palacio intentó relajarse y se masajeó la nuca.

Las cuatro horas que había planeado enseñar mediación en el colegio municipal de Santo Sierra se habían extendido a seis. No porque sus alumnos quisieran aprender todo lo que pudieran sobre mediación, sino porque les fascinaba saber cómo era ser reina.

Jasmine había sido princesa muy poco tiempo. La muerte del rey había llevado a Reyes al trono y a ella al papel de reina.

Aparte de eso, no había cambiado nada. Todo el mundo creía que había conquistado al soltero más codiciado del mundo y que el suyo había sido un amor de cuento de hadas. No sabían que hacía dos semanas que no veía a su esposo y que no había compartido su lecho desde la noche que habían pasado en la casa que parecía una tarta de boda.

Reyes había pasado días al lado del lecho de su padre con Isabella. Jasmine se había reñido por sentirse dejada de lado.

Después de la muerte del rey, habían tenido que lidiar con el protocolo arduo de la coronación. Reyes había aceptado sus deberes de rey con seriedad y orgullo, pero el resultado había sido una distancia aún mayor entre ellos, pues Reyes se había dedicado en cuerpo y alma a asegurar los vínculos económicos por los que tanto había luchado.

Jasmine entendía los deberes que exigía ser rey, pero no podía evitar pensar que su esposo los usaba como la excusa perfecta para mantenerse apartado de ella.

Dos semanas atrás se había despertado una noche y lo había encontrado en la cama con ella, con la mano extendida sobre el vientre de ella. Jasmine había puesto una mano sobre la de él, reprimiendo las lágrimas, y se había vuelto a dormir con la esperanza de que quizá hubieran avanzado algo.

Dos horas después se había despertado sola.

La limusina entró en el camino de piedra que llevaba al palacio. Ella pulsó el interfono conectado con el conductor.

–¿Me puede llevar a la otra casa, por favor?

El chófer la miró.

–Pero Majestad, hoy es jueves, no viernes.

–Lo sé. Lléveme allí de todos modos.

–Sí, Majestad.

Jasmine había empezado a pasar la noche en la casita todos los viernes. Por ella se hubiera mudado permanentemente allí, pero como necesitaba una escolta armada en todo momento, no podía decidirse a obligar a sus guardaespaldas a patrullar en el frío y había limitado sus visitas a una vez por semana. Pero ese día no se sentía capaz de soportar la soledad de su suite en el palacio. Reyes se había marchado a intentar cerrar el nuevo tratado e Isabella había partido esa mañana para Milán para preparar su guardarropa de otoño e invierno.

Cuando entró en la casita, cerró la puerta, preparó un bol de palomitas y una botella de agua, se colocó delante del televisor y activó la partida de ajedrez que había empezado la semana anterior.

Estaba a punto de dar jaque mate cuando la puerta se abrió con brusquedad. A Jasmine le dio un vuelco el corazón.

–¡Reyes!

–¿Sabes cuánto tiempo lleva buscándote el personal del palacio? –preguntó él.

Ella se incorporó con piernas temblorosas.

–Pero Raúl sabe dónde estoy. Le he dicho… –ella se interrumpió e hizo una mueca.

–¿Qué le has dicho?

–Le dije que no se molestara en decirle al personal del palacio dónde estaba porque los llamaría yo, pero lo he olvidado.

Él cerró la puerta de una patada y se pasó ambas manos por el pelo.

–Raúl encontró problemas en un neumático después de dejarte y fue directamente al garaje sin pasar por el palacio. El personal lleva cuatro horas buscándote.

–Lo siento, yo solo quería estar un rato a solas.

Él bajó las manos y miró a su alrededor.

–Me han dicho que pasas mucho tiempo aquí.

Jasmine se encogió de hombros. Se apoyó en el brazo del sofá.

–¿Cuándo has vuelto? –preguntó.

–Esta tarde.

Sus miradas se encontraron durante un minuto completo antes de que ella consiguiera apartar la vista.

–¿Qué tal tu viaje?

Reyes hizo una mueca.

–No quiero hablar de mi viaje. ¿Por qué no has dormido en nuestra cama?

Ella no pudo reprimir una risa amarga.

–No es nuestra cama. Duermo en ella sola incluso cuando estamos

bajo el mismo techo. Siento haber preocupado al personal, pero ahora que sabes dónde estoy, puedes volver a... dondequiera que estuvieras.

Él pareció sorprendido por su estallido. Jasmine sintió deseos de reír de nuevo, pero no se fiaba de que su risa no acabara en sollozo. Se dejó caer en el sofá y siguió con su partida.

Unos minutos después, él se sentó a su lado. Jasmine no se atrevió a mirarlo porque temía que, si lo hacía, le suplicaría que se quedara, le suplicaría que la quisiera. Y aunque no le daba miedo suplicar, la aterrorizaba el rechazo.

¿Era su imaginación o él se había acercado más?

–Jasmine, tenemos que hablar.

A ella le temblaron las manos.

–Pues habla.

–Te propongo un trato –dijo él.

–Adelante.

–Deja de jugar con la máquina y juega conmigo. Por cada partida que gane, me escucharás tres minutos.

A Jasmine le latió con fuerza el corazón. Empezó a girar la cabeza, pero se contuvo y miró de nuevo la pantalla.

–De acuerdo.

Él ganó la primera partida en menos de cinco minutos.

–¿Qué has...?

Reyes la besó en los labios. Fue un beso concienzudo y hambriento, incandescente. Jasmine respondió al beso, desesperada ya por el placer que solo él podía darle. Reyes le quitó el mando a distancia y lo dejó caer al suelo sin apartar la boca de la de ella.

Se apartó con respiración jadeante.

–Me quedan dos minutos. ¿Por qué no duermes en nuestra cama, corazón mío?

–Porque... porque tú no estás en ella. Sin ti resulta fría y solitaria y no puedo soportarlo.

Él volvió a besarla. Cuando terminaron los tres minutos, la soltó, tomó el mando a distancia y se lo entregó.

Ganó también la siguiente partida. Volvió a besarla y la miró largamente a los ojos.

–Si te digo que te he echado de menos todos los días que he estado separado de ti, ¿me creerás? –preguntó con voz profunda.

–No.

La mano de él tembló en el pelo de ella.

–Me merezco eso. Sé que me he portado mal, que no he enfocado esto del modo correcto...

–Se acabó el tiempo –ella le pasó el mando.

Había preguntas que quería hacer, así que se esforzó por ganar la tercera vez. Cuando lo logró, soltó el mando.

–Tú planeabas sexo con las otras candidatas, pero a mí, tu esposa...

–Mi reina –gruñó él.

–Tu reina... me has dejado dormir sola en nuestro lecho matrimonial. ¿Por qué? ¿Tan desagradable soy?

Él cerró los ojos un segundo.

–No eres nada desagradable, querida. Yo tenía miedo.

Jasmine lo miró atónita.

–¿Miedo de qué?

–La última vez que estuvimos juntos en esta casa, intentaste escabullirte de este matrimonio. Tenía miedo de que cambiaras de idea en lo de quedarte conmigo. No era preciso que nos casáramos en tres días. Apresuré la boda porque no quería dejarte marchar. No podía olvidar que te habías despertado en plena noche decidida a dejarme. Había aprovechado ya el embarazo para casarme contigo...

Ella dio un respingo.

–¿Tú querías casarte conmigo antes de saber que estaba embarazada?

–Rechacé buenas candidatas porque no eran tú. No quería admitirlo ni ante mí mismo, pero no me imaginaba casado con ninguna de ellas. El embarazo me pareció una opción para conservarte a mi lado y aproveché la coyuntura.

Los ojos de ella se llenaron de lágrimas. Reyes las secó con los dedos.

–Yo pensaba que solo estabas conmigo por el bebé.

Reyes le miró un momento el vientre.

–Adoro a ese niño, pero me aterrorizaba que tú te despertaras en mitad de la noche y pidieras ser libre.

A Jasmine le tembló la boca. Apretó los labios.

–¿Y la noche que viniste a mí?

–Fui a decirte que habían detenido a Joaquín Esteban.

Ella dio un respingo.

–¿Qué?

–Méndez lo entregó como parte de nuestro acuerdo. Si de mí depende, Esteban no volverá a salir de la cárcel.

Jasmine parpadeó para reprimir las lágrimas.

–¿Y por qué no me lo dijiste?

–Te vi tan hermosa que no pude salir. Pensaba dejarte una nota y marcharme antes de que te dieras cuenta de que había ido allí. Dejarte me costó mucho. Y como no quería volver a pasar por eso, me mantuve apartado con la excusa de mis deberes.

Un temblor profundo sacudió el cuerpo de ella.

–¡Oh, Reyes! –hizo la pregunta que le quemaba en el corazón–: ¿Por qué has venido ahora?

–Porque estar lejos de ti me está matando. Necesito estar contigo.

Con nuestro bebé. Amándote a ti y protegiéndoos a los dos.

–¿Queriéndome a mí?

Él cerró los ojos.

–Te quiero –respiró con fuerza–. Me conquistaste aquella primera noche en Río. Más tarde me amparé en lo que me habían hecho mi madre y Anaïs para poder odiarte por lo que habías hecho. Y cuando comprendí tus motivos, tenía mucho miedo de dejarte entrar en mi corazón. Pero entraste de todos modos. Admiro tu valentía y tu inteligencia. Mi pueblo te quiere ya, aunque haga solo unas semanas que has entrado en sus vidas.

Jasmine sonrió.

–Amo Santo Sierra. He amado tu país y a su gente desde que bajé del avión. Y adoro a su rey. Cuando no me está rompiendo el corazón por alejarse de mí semanas enteras.

Él la besó en los labios.

–Tu rey ha vuelto. No volverá a irse de tu lado –extendió una mano en el vientre de ella–. No te dejará nunca más. Nunca.

Apagó la pantalla con un movimiento del dedo y, cuando se sacó la camisa por la cabeza, Jasmine casi no pudo reprimir lágrimas de alegría.

–Reyes...

–Estoy aquí, querida.

La alzó en vilo y la llevó al dormitorio.

–¿Has traído guardaespaldas contigo? –preguntó ella.

–Sí, es el protocolo. Pero saben que no deben molestarnos aunque grites de placer.

La miró a los ojos e inhaló profundamente para captar su aroma. Jasmine observó fascinada cómo se expandía el pecho de él al respirar.

–No sé qué tienes, pero me cautivas –murmuró Reyes–. Yo diría incluso que estoy obsesionado por ti.

–Pues sigue así y no tendremos ningún problema.

–Te quiero, mi reina.

–Te quiero, Reyes.

A él se le humedecieron los ojos. Carraspeó.

–Hemos terminado de hablar.

Su beso fue firme, posesivo. Y fue correspondido con efusividad.

Jasmine lo acarició, exploró su cuerpo y estuvo a punto de llorar de alegría por el placer que le proporcionaba tocarlo. Y dondequiera que tocaba, la piel de él parecía reaccionar, calentarse como si todas sus terminaciones nerviosas estuvieran en sintonía con ella.

Ese pensamiento sirvió para aumentar el placer de ella.

Reyes se apartó un segundo para quitarle la camisa. Ella le ayudó con dedos temblorosos y a continuación se arqueó y él buscó el

sujetador.

Reyes lanzó un gruñido.

–Me encanta ese sonido –murmuró Jasmine.

–Solo gruño por ti, amor mío. Siempre y para siempre.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

